

NADIE ESCAPA A SU  
JUSTICIA

El

tribunal

negro

ANTONIO OROZCO GUERRERO

**EL TRIBUNAL  
NEGRO**

**ANTONIO OROZCO GUERRERO**

**EL TRIBUNAL  
NEGRO**

© Todos los derechos reservados

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, copiar o distribuir ninguna parte de esta obra, por ningún medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. Con ello, estás respaldando a los escritores y permitiendo que puedan continuar publicando sus libros para todos los lectores.

Título: *El Tribunal Negro*

© El autor: Antonio Orozco Guerrero

Diseño de la portada: Trabajobbie

Maquetación: el autor

1ª Edición: enero de 2018

El 15 de julio de 1834 expidió [la reina gobernadora doña María Cristina] el siguiente decreto por el cual quedó expresamente abolido el tribunal de la Inquisición, cuyo ejercicio hasta entonces podía mirarse solamente como suspenso: *Art. 1. Se declara suprimido definitivamente el tribunal de la Inquisición.*

[...]

Sin embargo de esto, continuaron todavía algunos preladados eclesiásticos en el abuso de dejar conocer a las juntas de fe de los delitos que antes conocía la extinguida Inquisición, por lo que se sirvió S. M. decretar el 1 de julio de 1835 lo siguiente: *Art. 1. Que cesen inmediatamente las juntas llamadas de fe o tribunales especiales que puedan existir en cualquiera diócesis en que se hubiesen establecido.*

Joaquín del Castillo y Mayone, en *El tribunal de la Inquisición, llamado de fe o del Santo Oficio. Su origen, prosperidad y justa abolición*, Imprenta de Ramón Martín Idar, Barcelona, 1835.

## ÍNDICE

UNA INSURRECCIÓN LIBERAL

TODOS LOS FRAILES A LA CALLE

PENITENCIADO

SOSPECHOSO

RELAPSO

LA FAMILIA DE RECHI

EL HERMANO ROQUE

UN DESAGRADABLE DESCUBRIMIENTO

EL JUEZ

EL SECRETO

UN TESTIGO INESPERADO

EL ASESINO

LA VERDAD

EPÍLOGO

## UNA INSURRECCIÓN LIBERAL

Poco después del estallido liberal del verano de 1835, Melitón Rechi, jefe de policía de Cádiz, y su ayudante, el agente Cándido Molina, achacarían los crímenes del Tribunal Negro a la reacción de algún fraile de la ciudad contra las represalias sufridas.

Tenían fundadas razones para llegar a esa conclusión. ¿A quién sino a un religioso, profundamente irritado con la situación política y ávido de venganza por el maltrato sufrido, se le iba a ocurrir resucitar la Santa Inquisición de manera ilegal y ponerse a matar herejes?

Más tarde, descubrirían que las cosas no eran tan sencillas.

\* \* \*

Desde el balcón principal de la casa Aduana, sede del Gobierno de Cádiz, el mariscal de campo Rafael de Hore y Díaz agitaba los brazos de arriba abajo, con las palmas de las manos extendidas, tratando de calmar los ánimos de una multitud que gritaba cada vez más enardecida. Con una sonrisa benévola y amplios movimientos verticales de cabeza, trataba de hacer ver a los que gritaban, cada vez con más fuerza e insistencia, «viva la Constitución» que les comprendía perfectamente y que compartía su fervor liberal, lo cual estaba muy lejos de ser cierto.

Hore siempre supo adaptarse a las circunstancias políticas de cada momento. Teniente en 1791, en diciembre de 1808 ya era coronel. La rendición de Badajoz ante los franceses hizo que fuera arrestado en la Isla de

León en 1811. Se le acusaba de cobardía; dos años después, el consejo de guerra que lo juzgó en Cádiz determinó su puesta en libertad.

El conocido en España como «trienio liberal», entre 1820 y 1823, no comenzó bien para el ya por entonces brigadier. Varios oficiales bajo su mando solicitaron en septiembre de 1820 su separación del servicio «por déspota y arbitrario». Se le abrió expediente, pero resultó, una vez más, declarado inocente. En mayo de 1822 fue nombrado gobernador de Ciudad Real y en 1823, siendo gobernador de Santoña, fue hecho prisionero por los franceses que invadieron España para liberar al rey don Fernando Séptimo y llevado a Francia.

En 1824, cuando el movimiento liberal auspiciado por Rafael de Riego ya había sido desbaratado y este había sido llevado al patíbulo, Hore pidió regresar a España, presumiendo de que siempre había combatido contra Riego y su liberalismo exaltado.

Tras el fallecimiento del rey don Fernando, en septiembre de 1833, su capacidad de adaptación lo llevó a convertirse en uno de los militares partidarios de sostener a la reina viuda regente —un «crístico»— y dispuesto a luchar por la causa de la reina niña doña Isabel en contra del infante don Carlos María Isidro, hermano de don Fernando y absolutista donde los haya. Nada más iniciarse la primera guerra carlista, en noviembre de 1833, siendo ya mariscal de campo y gobernador de Castellón, Hore asaltó Morella y expulsó de allí a los cabecillas carlistas.

Y ahora estaba allí, en aquel balcón de Cádiz, como gobernador de la provincia, «aguantando el chaparrón» y un poco hastiado del excesivo calor y humedad que había traído el mes de julio. «Desde la muerte de don Fernando ya nada es lo mismo». Ese era el pensamiento pertinaz que se había instalado en la cabeza del gobernador.

Y era cierto. El Gabinete de Cea Bermúdez, surgido a raíz del fallecimiento del rey, duró poco, pues su reformismo administrativo no satisfacía a los más conservadores y su conservadurismo político repugnaba a los más liberales. Menos de cuatro meses después de la llegada de Cea al poder, en enero de 1834, Martínez de la Rosa, un tibio liberal por entonces, se hizo cargo del Gabinete. Los liberales radicales, imprescindibles para sostener a la regente ante la guerra con los carlistas, no podían sentirse satisfechos, después de los años pasados en el exilio, con el «Estatuto Real»



que urdió Martínez de la Rosa, una carta otorgada muy alejada de la Constitución de 1812. El cierre de los conventos en los que se habían estado produciendo fugas de religiosos a las filas carlistas no fue suficiente para apaciguar el odio de los radicales hacia el clero regular, que se había distinguido en las denuncias contra liberales encubiertos durante los últimos años de vida del rey don Fernando.

Y todo lo anterior terminó por llevar, en junio de 1835, al conde de Toreno, un liberal exaltado, al poder en España. Aun así, los más radicales seguían sintiéndose insatisfechos. Querían una Constitución y la querían ya. Y deseaban fervientemente que se tomaran medidas drásticas contra el clero regular, acusado en su totalidad de apoyar al bando carlista. Una acusación excesiva que hizo pagar a muchos justos por pecadores. El conde de Toreno trató de calmar los ánimos de sus correligionarios políticos decretando el día 4 de julio la expulsión de los jesuitas de sus conventos —aunque sin obligarlos a salir de España— y el 21 la expulsión de los monjes y religiosos de las casas en las que habitaran menos de doce profesos. La medida, en vez de llamar a la paz de sus compañeros radicales, los llevó a considerar al conde de Toreno como un traidor. No aceptaban nada que no fuese la expulsión general de todos los religiosos y monjes de sus conventos y la incautación de todos sus bienes por parte del Estado.

Cuatro días después del tibio decreto de expulsión de religiosos, el gobernador de Cádiz estaba presenciando el primer conato de insurrección contra el nuevo Gobierno. Detrás de Hore, fuera del balcón, se encontraba su ayudante de campo, el comandante Ortega.

—¡Manuel!

—¿Sí, mi general?

—Cámbiate de paisano, corre para el cuartel de San Roque y le dices al coronel Osorio que le llevas mi orden de enviar a los mandos y tropa de su regimiento que considere necesario para dispersar a esta chusma. Infórmale del número aproximado y dile que luego monte patrullas por la ciudad.

—¿Y sobre los medios a utilizar, mi general?

—El coronel Osorio sabe lo que debe hacer y cómo hacerlo. Así que eso va de su cuenta.

—¡A la orden, mi general!

Una hora después, el coronel Francisco Osorio se encontraba en el despacho del gobernador, esperando que el batallón del comandante Méndez resolviese la cuestión. Osorio era, antes que nada, un militar con muchos años de oficio y poco dado a entrometerse en asuntos de política. En cierto modo, la antítesis de Hore.

—Bueno, Paco, cuéntame cómo has organizado el cotarro.

—Mi general, he dado órdenes al comandante Méndez, jefe del segundo batallón, para que disperse al personal de ahí fuera. Por otro lado, el comandante ha enviado una Compañía al ayuntamiento, porque nos hemos enterado de que ha sido tomado por algunos radicales. Una vez expulsados los de allí y dispersados los de aquí, se organizarán patrullas durante todo el día hasta que se dé por pacificada la ciudad.

—Me parece muy bien. Y, respecto a los medios a utilizar y a los procedimientos, ¿qué me dices?

—Mi general, en mi opinión, es preferible usar la mínima fuerza posible. Con el precedente del 10 de marzo de 1820, creo que ya tiene Cádiz suficientes «mártires por la libertad». Ya sabe a qué me refiero... Por eso he ordenado al comandante que se prodiguen los disparos al aire, los empujones y las carreras, e incluso, si me apura, los culatazos que sean necesarios, pero que se evite hacer víctimas por disparos.

—Bien hecho, Paco. Lo del año veinte fue un despropósito. Una cosa es reprimir a unos exaltados constitucionalistas, como los de ahora, y otra emborrachar a la tropa con aguardiente y mandarla a perseguir ciudadanos por las calles de la ciudad para cazarlos como a conejos. Además, ahora no sabemos cómo vendrán las cartas en los próximos días. Y si vienen mal dadas y la situación política se radicaliza, siempre nos vendrá bien tener algún as guardado en el bolsillo. Tampoco es cosa de caer en manos de esos energúmenos y que nos hagan pagar por algún exceso innecesario.

—Mi general, tal vez sería conveniente declarar el Estado de Excepción para que nadie salga de sus casas hasta que la situación se regularice.

—No lo considero necesario por el momento.

Mientras tanto, en la calle, entre no pocos gritos de «viva la

Constitución», «abajo Toreno», «muerte a los frailes carlistas», «abajo los conventos» y «viva la libertad», entre otros, el comandante Méndez apostaba a sus hombres en las calles laterales de la casa Aduana. A su orden, empezaron los disparos al aire y las carreras. En pocos minutos y sin ninguna resistencia, la plaza quedó despejada. Poco después, un sargento comunicaba al comandante que la Compañía del capitán Gómez había desalojado a los radicales que habían ocupado el edificio del ayuntamiento y esperaba órdenes. En menos de una hora se habían formado patrullas para recorrer la ciudad y garantizar el orden.

—Mi general, el comandante Méndez pide permiso para dar novedades.  
—Era el ayudante de campo el que hablaba—. ¿Le digo que pase?

—Sí, que pase.

—Con permiso, mi general.

—Pasa, pasa. A ver, Méndez... ¿Cómo va la cosa?

—Todo bajo control, mi general. En el ayuntamiento se estaba formando una junta provisional que pretendía sustituir a la corporación municipal y proclamar la Constitución de 1820. Le hemos requisado un borrador de un documento donde se ordenaba la expulsión de todos los religiosos de la ciudad de sus conventos y la confiscación de todos sus bienes y edificios.

—¡Vaya! Pues parece que la cosa pretendía llegar más lejos de lo que me había supuesto...

—Mi general —intervino Osorio—, en mi opinión, en esta ocasión no se trata de jornaleros y artesanos cabreados por la falta de salarios o arrastrados por el hambre. Esto está dirigido por comerciantes que llevan años pidiendo el puerto franco y quieren menos impuestos y más libertad de comercio para la ciudad. No me extraña lo de echar a los religiosos. Esto no es cosa de aquí, es un plan general de los liberales más radicales, que llevan presionando al respecto desde que falleció el rey y volvieron del exilio.

—No me cabe la menor duda de que estás en lo cierto, Paco. Quieren suprimir o dejar en la mínima expresión los privilegios del clero. Martínez de la Rosa, suspendió en marzo del año pasado la mayor parte de las prebendas, canonjías y beneficios con la excusa de enjugar la deuda pública. Y ese

mismo mes ordenó la supresión de los conventos en los que se constatasen fugas reiteradas al bando carlista.

—Mi general, aquí en el sur no ocurre con mucha frecuencia; sin embargo, parece más que probado que en Castilla y en el norte son muchos los religiosos que se pasan al bando carlista, no teniendo el menor inconveniente en tomar las armas contra nosotros.

—Paco, el problema es que el infante don Carlos está dispuesto a restaurar la Inquisición y a devolver intactos todos los privilegios de los que ha disfrutado la Iglesia durante tanto tiempo. Con esas expectativas, los frailes se echan en sus brazos sin pensárselo dos veces.

—No entiendo tanta beligerancia del clero regular contra doña Cristina y la reina niña. La Iglesia no ha perdido más que eso. Me refiero a la Inquisición.

—Bueno..., también el año pasado se prohibió que entraran nuevos novicios en los conventos. Eso es casi declarar a extinguir al clero regular. Hace unos días se expulsó a todos los jesuitas de sus conventos y el conde de Toreno acaba de decretar supresión de todos los conventos con menos de doce profesos. Estoy convencido de que los radicales quieren una supresión general de regulares y ese es el motivo de la revuelta de hoy. Seguro que los exaltados se están movilizandando por todo el país.

—También me parece excesivo que los radicales tengan esa inquina contra los monjes y frailes solo porque haya una cantidad de ellos que se haya pasado al bando carlista.

—Y a mí, Paco. Pero hay otros motivos. Ten en cuenta que muchos radicales fueron desterrados por denuncias del clero. Además hay otras cuestiones, menos confesables y más importantes. Se trata de desamortizar los bienes que tiene el clero regular en su poder. Su incautación sería una fuente de ingresos enorme para el Estado. Y no pocos se beneficiarían de las ventas de todo aquello que no se considerase como bien de utilidad pública.

—Ya... No obstante, no me entra en la cabeza que eso sea motivo suficiente para que ocurran hechos como los de hace ahora justo un año en Madrid, donde muchos jesuitas y otros monjes fueron asesinados de manera indiscriminada y arrastrados como animales por las calles. Es demasiado odio.

—Paco, la plebe es manejable. En Madrid se utilizó una excusa tan insostenible como que los jesuitas habían envenenado las fuentes públicas y esta había sido la causa de las muertes de numerosas personas. En realidad, se trataba de la epidemia de cólera que llevaba más de dos años causando muertes en muchas partes de España. He leído en la prensa de entonces que fueron asesinados diecisiete jesuitas del Colegio Imperial de San Isidro, siete dominicos del convento de Santo Tomás, cuarenta y tres franciscanos de San Francisco el Grande y once mercedarios del convento de San José. La epidemia de cólera fue providencial para los que, desde atrás, organizaron la masacre.

—¡Lamentable!

—Sí, muy lamentable. Estos liberales exaltados lo mismo mandan a la gente a matar curas que ordenan arrastrar a un gobernador por las calles. Por eso te decía que siempre hay que tener guardadas algunas cartas.

Mientras tanto, el comandante Méndez permanecía de pie oyendo en silencio la conversación y preguntándose qué se le había perdido a él allí, cuando lo único que pretendía era dar novedades y recibir órdenes si era necesario. Un carraspeo ligero e involuntario le vino bien para que los dos jefes se acordaran de que seguía allí.

—Comandante, ¿y usted qué opina?

—¿Yo?

—¡Hombre, claro! ¿Ve usted por aquí otro comandante?

Ciertamente, no lo había. El ayudante de campo conocía muy bien a su superior y no estaba dispuesto a enfrascarse en una conversación más sobre el reparto de cartas y cómo había que tener siempre algún as guardado bajo la manga. Se sabía el argumento de memoria y no necesitaba ningún recordatorio. Así que estaba sentado tranquilamente en el despacho contiguo tratando de confeccionar de la mejor forma posible una pajarita de papel.

—Mi general —argumentó Méndez—, yo no suelo opinar. Pero, en vista de lo que ustedes comentan, se me ocurre que tal vez sea conveniente ordenar a mis patrullas que echen una ojeada por los conventos de la ciudad para comprobar que todo está en orden.

—¡Muy buena idea! La verdad sea dicha, la paz de los conventos me

importa algo menos que un bledo. Eso sí, la paz de la ciudad es para mí más sagrada que la Biblia. Y no quiero ver espectáculos como el de Madrid y otras partes de este país. Si a su coronel le parece bien, lo hacemos así.

—Por supuesto, mi general, basta que usted lo apruebe para que se dé por hecho.

—Si no ordenan ninguna cosa más...

—Nada. Vaya, vaya, que el coronel y yo tenemos que hablar largo y tendido.

Méndez salió del despacho mientras el coronel Osorio lo miraba con la misma cara que, según don Miguel de Cervantes, se quedaban los cautivos de Argel cuando veían embarcar a sus compañeros liberados con dirección a España.

—Como te decía, Paco, hay que estar al tanto de la evolución de los acontecimientos. Me temo que esto no se ha terminado aquí. Vamos a ver cómo vienen dadas los próximos días. Recuerdo que cuando trataron de incriminarme por lo de Badajoz...

\* \* \*

No se equivocaba el gobernador. Poco después, el 18 de agosto de 1835, el movimiento popular de Cádiz se convertía en una clara insurrección, dirigida por grandes y pequeños comerciantes y secundada por los numerosos artesanos, operarios y personal del servicio doméstico bajo la tutela de aquellos. A eso de las tres de la tarde, un hombre alto, delgado, pálido y bien vestido, con más pinta de funcionario que de mercader, esperaba en el despacho del ayudante, junto a otros dos que parecían haber ido al mismo sastre y haber tomado tan poco el sol como el que parecía llevar la voz cantante.

El ayudante se asomó desde el interior del despacho del gobernador, sin llegar a salir.

—Pase usted solo, por favor.

—Bien.

El hombre entró en el despacho sin pedir permiso y se colocó delante de la mesa de Hore, que lo esperaba sentado. El ayudante se quedó dentro, unos metros detrás del recién llegado, con la mano puesta sobre el pomo de la empuñadura del sable. Desde la plaza llegaba un rumor de voces expectantes.

—Buenos días —comenzó Hore con una amplia sonrisa mientras se levantaba—. Usted dirá qué se le ofrece...

—Soy José García de Villalta —se presentó el recién llegado; el gobernador valoró durante un momento la conveniencia de extender la mano o no y terminó optando por continuar con su amplia sonrisa y esperar a ver cómo venían las cartas—. De momento, mis compañeros me han elegido como presidente de la junta provisional que se acaba de formar en el ayuntamiento. Se están formando juntas en todas las provincias de España. Estamos esperando órdenes de la junta suprema de Andalucía que se está formando en Sevilla y se pondrá en contacto con otras regionales.

—¡Vaya! Veo que están bien organizados.

—Lo estamos. Hay que acabar con el Gabinete del conde de Toreno inmediatamente. Ese es nuestro objetivo.

—Yo les alabo la intención. A pesar de ello, tengo ciertas dudas, que estoy seguro me podrá aclarar.

—Espero que así sea por el bien de todos.

—No tiene la mayor importancia. Solo me pregunto cuál es el problema. Tengo entendido que el conde de Toreno es un liberal de los buenos.

—Eso también teníamos entendido nosotros. Pero sus medidas son tibias y muy débiles para nuestras expectativas. Declarar suprimidos solo los conventos con menos de doce profesos es insuficiente. Y lo mismo asegurar que habrá Constitución, agregando que lo más urgente en estos momentos es mejorar el estado general del país. Está ganando tiempo para no hacer nada de lo que pretendemos los liberales de verdad.

—No le digo que no esté de acuerdo con usted. Aunque, ciertamente, aquí, en Cádiz, la cuestión de los conventos no me parece urgente. Se lo digo

desde el desconocimiento que tengo sobre esta cuestión. Supongo que la medida de suprimir a los que tengan menos de doce profesos ya afectará a varios, ¿no?

—Mire, aquí el asunto de los conventos es tan urgente y necesario como en cualquier otra parte del país. En primer lugar, porque con la medida del conde de Toreno solo se cierra el de San Juan de Dios, y este es precisamente el que menos nos preocupa, dada su encomiable labor hospitalaria. Quiero decir que los demás conventos de Cádiz tienen más de doce religiosos profesos. Según nuestras cuentas, hay nada menos que ciento setenta y nueve en total. La mayor parte, ciento veintiuno, son franciscanos, dominicos y capuchinos.

—¡Vaya! Pensaba que eran menos...

—Además, supongo que, aunque usted es de San Sebastián, estará al corriente de la actuación de los franciscanos descalzos en marzo de 1820.

—Algo he oído.

—El diez de marzo de aquel año, cuando los gaditanos nos disponíamos a proclamar la vuelta de la Constitución de 1812, las tropas de la ciudad fueron lanzadas contra el pueblo y provocaron una matanza indiscriminada en la que no se salvaron ancianos, mujeres y niños indefensos.

—No entiendo qué tiene que ver eso con los frailes descalzos.

—¡Mucho! Los transeúntes se refugiaban donde podían huyendo de los soldados. Algunos se metieron en los conventos de la ciudad. Hay que reconocer que muchos religiosos los acogieron de buena gana; pero los franciscanos descalzos los echaban a la calle, cuando no avisaban a los soldados para decirles que les iban a entregar a varios «enemigos del orden y la ley».

—No sabía esto. De todos modos, usted mismo se ha referido tan solo a los frailes descalzos. ¿No será excesivo ir indiscriminadamente contra todos los religiosos?

—Usted debe saber que Cádiz es un pueblo culto. No vamos a hacer nada contra las personas, si bien nuestra inquina contra los franciscanos descalzos está más que justificada. La ciudad necesita espacio para desarrollarse. El municipio donó en tiempos ancestrales demasiado espacio



para que se instalasen conventos. Tanto los franciscanos descalzos como los menores poseen en sus respectivos conventos huertos que son más extensos que cualquier plaza pública de Cádiz. Y todos los conventos pueden y deben ser empleados en diversos fines de utilidad pública. En definitiva, lo que pretendemos hacer es devolver a Cádiz lo que le pertenecía y donó sin contar con las necesidades futuras del pueblo.

—Mire, don José, estoy de su parte. Solo le pregunto por satisfacer mi curiosidad. Y me queda la duda de si es lícito privar a los frailes de sus propiedades una vez que les fueron donadas en su momento.

—Verá usted, nosotros lo vemos así: cuando los terrenos de los conventos fueron donados por el municipio, hace muchísimos años, la ciudad no tenía los agobios de espacio que tiene ahora. Las necesidades municipales son un motivo más que justificado para que ahora los conventos devuelvan a la ciudad esos terrenos. Cádiz tiene derecho a recuperar el espacio cedido. No tenemos siquiera un mercado de abastos y los jardines son escasísimos. Por otra parte, la ubicación de los conventos reduce enormemente las posibilidades de mejorar el trazado de muchas calles. Son edificios enormes y poco empleados que podían utilizarse para bibliotecas, colegios y otras instituciones imprescindibles. Y los que estorben al trazado de la ciudad deben ser derruidos.

—Visto de ese modo...

—Mi general, perdone mi brusquedad, pero usted tiene que decidir ahora mismo si se adhiere al movimiento o atenerse, en caso contrario, a las consecuencias. Se lo digo claramente. No obstante, quisiera enseñarle algo antes de que tome una decisión definitiva.

—Usted dirá.

—Le ruego que me permita acompañarle al balcón.

—¡Por supuesto!

—José García de Villalta cedió el paso al gobernador. Este comenzó a oír voces exaltadas y a ver cómo muchos dedos le señalaban directamente. Su oficio de soldado le permitió cerciorarse inmediatamente de que había muchas personas armadas. Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

Cuando se hizo visible García de Villalta, la multitud comenzó a

aplaudir. El líder insurrecto pidió calma con los brazos y se dirigió al general.

—Mi general, si mira al fondo de la plaza, verá una formación de hombres armados. Es una compañía de los dos batallones de milicia urbana que tenemos organizados y distribuidos por la ciudad. No se lo voy a negar: no estamos muy bien armados. Tenemos muchas escopetas y revólveres, y poco más. Sin embargo, si los soldados salen a perseguirnos como hace menos de un mes, le doy mi palabra de que agotaremos hasta la última bala y el último cartucho en defendernos y en defender la libertad.

—¡Hombre! ¡Todo esto es innecesario! Tampoco creo que sea prudente amenazarme de esta manera. Aquello fue distinto. Yo no podía saber que se trataba de un movimiento serio como el que usted representa...

—Mi general, nada más lejos de mi intención que amenazarle. Solo pretendo ser objetivo y darle todos los datos para que elija.

—¡Hombre, don José! No sé si en algún momento le he habré dado la impresión de estar en contra de su muy justo y necesario movimiento. Si es así, lo lamento. Estoy a su entera disposición y a la del siempre respetable pueblo. ¡Faltaría más!

—Si es así, le ruego que estrechemos la mano en señal de haber llegado a un acuerdo.

—Si no le importa, lo hacemos a la vista de los respetables ciudadanos aquí presentes.

—Por supuesto. Además, si le parece bien, vamos a dirigir unas palabras para dejar esto zanjado.

Un par de metros atrás, el ayudante de campo sonreía complacido ante la facilidad con que su jefe había convertido lo que pocos días antes era chusma en ciudadanos respetables. Indudablemente, Hore tenía siempre un as guardado bajo la manga.

—Empiece usted, don José.

—De ningún modo, mi general. Lo único que haré será darle la palabra.

—Bien. De acuerdo. Cuando quiera.

*Gaditanos —comenzó José García de Villalta—, el mariscal de campo, excelentísimo señor don Rafael de Hore, héroe de la guerra de la Independencia e ilustre vencedor en Morella, ha tenido a bien ponerse al frente de nuestro movimiento. ¡Viva la libertad! ¡Viva el general Hore!*

La plaza de la Aduana estalló en vítores. El gobernador, algo colorado, se estiraba la casaca, comprobaba mecánicamente que todos los botones estaban abrochados y carraspeaba sin cesar esperando que bajase un poco el tono de las voces para hacerse oír. Por fin, vio llegado el momento.

*Gaditanos —El enorme silencio que se produjo sorprendió a Hore—: como ha expresado el señor don José García de Villalta, me pongo desde estos momentos enteramente a vuestra disposición y a la de este justo y digno movimiento. Solo os pido que reine la paz y la cordura, como siempre ha sido en esta culta población, orgullo de la patria y defensora de las libertades como la que más...*

Una explosión de hurras y aplausos cortó el discurso del gobernador. José le cogió por el brazo para levantárselo y provocar aún más la euforia generalizada. Luego le dijo al oído:

—Mi general, no hace falta más. Voy a decir algo y usted puede finalizar con los vivas que procedan.

—Me parece muy bien.

*Gaditanos, el general Hore será propuesto por mi persona para ejercer la función de presidente de la junta gubernativa que se va a constituir a partir de la provisional. Yo desempeñaré, si la junta lo estima conveniente, el cometido de secretario de la misma. ¡Viva la junta gubernativa! ¡Viva Cádiz!*

Hore abrazó efusivamente a García de Villalta y finalizó el acto gritando con voz potente, de militar acostumbrado a las arengas:

*¡Viva la libertad! ¡Viva la reina gobernadora! ¡Viva la Constitución!*

Unos pasos atrás, el comandante Manuel Ortega sonreía divertido y aliviado, mientras los dos nuevos aliados entraban en el despacho del gobernador.

—Mi general, le presento a don Bernardo Darhan y a don Pablo Mateu, jefes de los dos batallones de la milicia urbana

—Un placer, señores, me pongo a su disposición para lo que necesiten. Por cierto, en el Parque de Artillería hay, con toda seguridad, armas ligeras y munición que les podrán venir muy bien. La verdad es que en su mayor parte, se trata de fusiles y carabinas algo viejos y en ocasiones fuera de servicio, pero, como les digo, pueden servir.

—En principio, no será necesario —contestó José—. No obstante, lo tendremos en consideración.

—Muy bien. Queda dicho. Respecto a la presidencia de la junta...

—Por eso no tiene que preocuparse. Le voy a ser claro. La junta provisional y la gubernativa provincial que pensamos instalar en este mismo edificio, tras las elecciones pertinentes, son soberanas. Usted es desde estos momentos nuestro presidente y firmará cuantos decretos o disposiciones legales se decidan. Pero su presencia no es necesaria.

—Hombre, no sé... Si soy el presidente...

—Usted podrá presentarse y dirigir la junta cuantas veces estime oportuno. Sin embargo, la junta, como le he indicado, es soberana y no aceptará órdenes ni de usted ni de nadie. Creo que ha quedado claro. Si hay algún inconveniente, es ahora el momento de que lo exponga, mi general.

—¿Inconveniente? No me ofenda. Yo soy un liberal de toda la vida. Aquí está mi ayudante que podrá corroborárselo. —El comandante Ortega

afirmó exageradamente con la cabeza—. No le niego que algunas veces he tenido que adaptarme a las circunstancias... ¿Quién no? En fin, le puedo asegurar que no necesito que me explique usted cómo funciona una junta.

—Todo aclarado, mi general. Ahora, si no tiene usted inconveniente, vamos a decidir sobre la primera medida a tomar.

—¿Y es...?

—Por supuesto, la expulsión de todos los frailes de los conventos de la ciudad y la confiscación de sus bienes.

—Yo, como le he expresado, secundo sin el menor reparo esta medida, que me parece muy saludable y beneficiosa para la ciudad y si me apura para el país. Eso sí, me gustaría rogarles encarecidamente que no se altere lo más mínimo el orden público y se eviten violencias innecesarias. Todo ello redundaría en beneficio de la tranquilidad ciudadana y del prestigio de este movimiento. No quiero ni pensar en que se saquen las cosas de quicio y tengamos un baño de sangre innecesario.

—Por esa parte no se tiene que preocupar, mi general. Todo se hará con eficacia y sin causar el más mínimo daño a las personas o a las cosas. Los jefes de batallón van a formar varias columnas de milicianos para que vayan simultáneamente a los distintos conventos e inviten a los religiosos a que recojan sus pertenencias personales y salgan en el plazo de una hora de los conventos, entregando las llaves. Eso será todo

—Totalmente de acuerdo, don José. Me queda tan solo una pequeña objeción... La última.

—No dude en plantearla, mi general. Estamos a sus órdenes...

—Ya, ya... Me refiero a las iglesias de los conventos. Como ustedes bien saben, todos los conventos tienen sus correspondientes templos, que forman un todo con las casas donde habitan los frailes. No veo cómo se puede hacer, pero creo que sería ir contra el sentido religioso de nuestro pueblo cerrar los templos.

—Mi general, eso no se nos ha ocurrido ni por asomo. Puede estar seguro de que todas las iglesias quedarán abiertas. Eso sí, se ordenará tapiar inmediatamente cualquier puerta que comunique los templos con el resto del correspondiente convento.

—Veo que han pensado en todo... Sería conveniente, si les parece, informar posteriormente al señor obispo y autorizarle para que designe a los frailes ordenados que considere oportuno para que ejerzan como capellanes de estos templos y puedan officiar misa.

—Así se hará. Para todo esto habrá tiempo y la junta gubernativa irá decidiendo. Tenemos pensado enviar una carta al obispo, como a otras autoridades de la provincia, para que exprese con claridad si se adhiere a nuestro movimiento o no. Le tendremos al corriente de todo, mi general. Y ahora, si nos permite, vamos a lo nuestro. Mañana mismo le informaré. En unos días tendremos constituida la junta gubernativa. Estaremos encantados si se presenta para abrir la sesión.

—Espero poder hacerlo, señores.

—Antes de marcharnos —dudó García de Villalta—, quisiera poner en su consideración una inquietud que me queda.

—¿A qué se refiere?

—A que me preocupa la posibilidad de que el coronel Osorio opte por salir de su cuartel e intente, por su cuenta, alguna acción armada contra nuestro movimiento. No me malinterprete, mi general. Cuento con su lealtad; mi temor es que el coronel podría recibir órdenes del Gobierno...

—Esa inquietud puede descartarla ahora mismo. En primer lugar, voy a enviar un enlace al cuartel de San Roque ordenando al coronel que se entreviste conmigo inmediatamente. Por otra parte, se me ocurre que sería buena idea enviar una columna militar a todos los pueblos de la provincia con la firme intención de consolidar este glorioso movimiento. Por supuesto, pondré al coronel Osorio al frente. Por último, creo que sería muy conveniente convencer al coronel para que ejerza como vocal de la nueva junta.

—Excelente idea, mi general. Lo presentaremos como candidato si accede. Me quedo tranquilo. Con su permiso, nos vamos, que hay faena por hacer.

Una vez salieron los tres paisanos, el ayudante de campo se quedó solo con el gobernador. Mucho se temía que iba a haber conversación larga y tediosa de las que tanto gustaba el general. Trató de convencerse a sí mismo

de que la cosa iba incluida en el cargo y no siempre era posible evitarlo.

—Bueno, Manuel, esto está hecho. No hemos salido muy malparados, después de todo.

—Sí, mi general.

—¿Te pareció que al principio me mostré un poco dubitativo? ¿O te diste cuenta de que era una táctica?

—Sí, mi general...

—¿Sí, qué?

—Que sí me di cuenta, mi general.

—Ah, ya... A ver si va a ser cierto que me conoces mejor que mi mujer... ¿Y cuál era esa táctica?

—No quedar como un cobarde que cede inmediatamente, mi general.

—¡Hombre, Manolo, has dado en el clavo! A mí desde lo de Badajoz, no hay hombre que me tache de cobarde.

—Por supuesto que no, mi general.

—Ahora bien, una cosa es ser valiente y otra ser un temerario que termina arrastrado por la multitud o ahorcado sin venir a cuento. ¿No te parece, Manolo?

—Lleva toda la razón, mi general.

—Ya lo sé, Manolo. Mira, manda a un batidor al cuartel de San Roque con la orden escrita que voy a redactar ahora mismo. —El general se sentó en la mesa y escribió una orden conminando al coronel Osorio a presentarse de inmediato en su despacho—. Aquí tienes. Y que se dé prisa

El ayudante salió del despacho y regresó en un minuto.

—Ya ha salido el batidor, mi general.

—Muy bien, Manolo. Anda, siéntate en el sofá. Mientras llega el coronel Osorio, déjame que te cuente lo de Badajoz. Pues resulta que en el año ocho, cuando lo de los franceses...

## TODOS LOS FRAILES A LA CALLE

—Señores, ya saben cuál es el plan —dijo José García de Villalta, nada más salir del despacho del gobernador, a los dos jefes de la milicia urbana—: sobre todo, orden y cordura. Hay que expulsar a todos los religiosos, pero con moderación y educación..., dentro de lo posible. Así que, al lío.

—Todo se hará debidamente —aseguró Pablo Mateu.

—Por supuesto que sí —corroboró Bernardo Darhan.

Tras sacarse un papel de un bolsillo interior con una lista de nombres, García de Villalta agregó:

—Yo, mientras tanto, voy a entrevistarme personalmente con los señores miembros de la junta provisional —comenzó a leer—: José Manuel Vadillo, Joaquín García Domenech, José María Ruiz de Santa Cruz, Francisco de Paula Pareja, el marqués del Buen Suceso, Antonio Ruiz Tagle, Antonio Gargollo, José Palacio y Manuel Rodríguez Jarillo. Decir al gobernador que ya teníamos formada una junta ha sido un golpe de efecto, pero ahora hay que instalarla de verdad. Tengo que confirmar su conformidad con formar parte de la junta gubernativa. Cuento con la adhesión previa de todos ellos, igual que con la de ustedes dos. Hay que organizar elecciones y constituir la junta gubernativa lo antes posible. Intentaré estar a las ocho de la tarde en la plaza del ayuntamiento. Si no me es posible, rompan filas y mañana nos vemos en el ayuntamiento a las nueve de la mañana.

Los dos jefes de batallón ya tenían organizados y repartidos los itinerarios a seguir para ir pasando por los distintos conventos. El primer



batallón iría primero al convento de Nuestra Señora del Carmen, al lado del edificio del Gobierno Militar; luego seguiría por el Campo de las Balas y llegaría al convento de Santa Catalina, tras pasar por la Caleta. A continuación, marcharía hacia el odiado convento de los franciscanos descalzos y luego al de Nuestra Señora de la Merced. Marcharía posteriormente hacia la plaza del ayuntamiento y, por último, enviaría un piquete al convento-hospital de San Juan de Dios, que estaba justo al lado del edificio municipal. El segundo batallón marcharía en dirección a San Francisco, luego a San Agustín, San Felipe y Santo Domingo, y desde allí se dirigiría hacia la plaza del ayuntamiento para reunirse con el otro batallón, dar novedades a García de Villalta si se encontraba presente y romper filas

—También puede ser que seamos nosotros los que nos retrasemos —dudó Mateu.

—Como somos más que suficientes —intervino Darhan— y no creo que haya excesivas resistencias, propongo que mientras una compañía se hace cargo del primer convento del itinerario respectivo, las otras dos continúen hacia el segundo. Allí se quedará una compañía y la restante continuará hacia el tercero. Las dos primeras compañías de cada batallón irán directamente al cuarto convento y todos nos iremos reuniendo en la plaza del ayuntamiento.

—Magnífica idea

—¡Excelente! —zanjó García de Villalta. Señores, nos vemos.

\* \* \*

En el convento de los franciscanos descalzos, el hermano lego Roque Expósito estaba hablando con el hermano Damián, el fraile más anciano de la comunidad. Estaba sudoroso y se expresaba de forma entrecortada. Era joven, no muy alto y algo regordete. En sus facciones sobresalían una nariz roja, unos ojos saltones y una boca grande. Gran parte de su aspecto desaliñado le venía de una tendencia antigua a beber y comer más de lo debido, vicios a los que le llevó la necesidad durante sus años infantiles en el hospicio provincial. Ahora se esforzaba en erradicar aquellas malas costumbres, aunque no

siempre con éxito.

—Hermano Damián, lo he visto con mis propios ojos. Salí a dar una vuelta por el hospicio y saludar a mi amigo el portero, cuando he visto venir un tumulto de gente desde la dirección del parque del Perejil y el cuartel de la Bomba. Son muchos hombres armados y en formación militar, cantando el himno de Riego. Vienen mezclados con gente que va gritando «abajo los conventos» y «todos a la calle». Yo me quité de en medio, pero desde cerca de la catedral pude observar que se paraban delante del convento de Santa Catalina. El de los Capuchinos. Estoy seguro de que vienen para acá.

—Calma, hermano Roque. Dios proveerá. Llama a los once hermanos que deben estar en sus celdas y comunícales que se presenten inmediatamente en la sala capitular.

El convento de los franciscanos descalzos era un edificio grande y medio abandonado. El tiempo había hecho mella en sus paredes y en su estructura y los franciscanos no podían repararlo con lo poco que sacaban en las escasas limosnas que conseguían. Afortunadamente, no les faltaba de comer, pues el enorme huerto tenía más extensión de lo que eran capaces de cultivar y cerdos no faltaban ningún año para matar. No obstante, el edificio se caía de viejo. La sala capitular era una de las estancias mejor conservadas, con sus asientos de madera noble para sesenta hermanos y sus paredes de sillares bien labrados. En pocos minutos, todos los hermanos se agolpaban de pie junto al anciano.

—Hermanos, parece que está a punto de ocurrir lo que nos temíamos: una turba de liberales viene por el paseo del Vendabal. No tardarán en llegar. Quiera Dios que no suceda aquí como en Madrid el año pasado y, al menos, respeten nuestras vidas. Os pido que cada uno marche a su celda y se ocupe en sus oraciones, como hacemos habitualmente a estas horas. Cuando lleguen esos señores, os ruego encarecidamente que no opongáis resistencia ni hagáis comentarios de ninguna clase. El hermano Roque, como portero de la comunidad, esperará junto a la entrada y facilitará el acceso a los que deseen entrar. Que pase lo que sea la voluntad del Señor.

No hubo ni una sola palabra de objeción o de duda. Todos los hermanos se marcharon a sus celdas de inmediato y Roque se fue, temblando y sudando copiosamente, hacia el portón de entrada.

Al principio de forma apagada y poco a poco con más fuerza, Roque escuchaba, lleno de pavor, el rumor de voces y cánticos. Tras unos minutos, que le parecieron una eternidad, el aldabón de la puerta sonó con fuerza. El portero dio un respingo, empezó a respirar con más agitación aún que antes y empezó a descorrer el cerrojo. Abrió el portón y se encontró con un hombre moreno y bien vestido, con el aspecto de un caballero que viene a cumplir con una visita de cortesía. Detrás, cientos de voces se apagaron de golpe cuando el recién llegado miró hacia atrás. Se hizo un silencio tenso que asustó a Roque aún más que el ruido anterior.

—Buenas tardes. Soy el capitán Gutiérrez, de la milicia urbana. Si es tan amable, desearía entrar y que me avise al responsable de su comunidad.

Roque se quedó un buen rato intentando que las palabras salieran de su boca. Estaba casi paralizado de miedo.

—Amigo, no se preocupe por nada. Solo le pido que avise al superior de la orden —añadió Gutiérrez poniendo una mano sobre el hombro de Roque, el cual casi se cayó al suelo al recibir el contacto—. Tranquilícese. No tiene nada que temer. Le doy mi palabra.

El portero no dijo nada. Abrió un poco más la puerta y Gutiérrez pasó mientras decía algo a los que estaban más próximos. Roque salió corriendo y se dirigió a la celda del hermano Damián.

—¡Hermano, ya están aquí! Dicen que vaya el superior...

—Ya voy yo.

El hermano Damián se acercó a la entrada. Un sonriente caballero, bien vestido, con actitud amistosa y un revólver al cinto, le tendió la mano. El hermano Damián le puso delante del rostro el crucifijo que llevaba colgado del cordón que ceñía su cintura, y el recién llegado, tras dudar un momento, terminó por retirar la mano y besarlo.

—¿Es usted el superior de la comunidad?

—No. Soy el más anciano. Aquí somos pocos y no tenemos superior desde hace tiempo. ¿Qué se le ofrece?

—Así que el más anciano... ¿No estaría usted en el convento en el año veinte?

—No. Yo estoy aquí desde el veinticuatro. Antes estaba en Burgos.

—Bueno, mejor no hacemos indagaciones sobre sus compañeros. Nada más lejos de mi intención que mis acompañantes lleguen a sospechar que alguno de ustedes estaba en este convento cuando los soldados perseguían a tiros a los gaditanos y ustedes echaban a niños, mujeres y ancianos a la calle y los ponían en manos de aquellos asesinos.

—Bien —cortó con aplomo el viejo—. Pues diga lo que desea y acabemos.

—Lleva usted razón. Vamos a abreviar. Tienen ustedes una hora como máximo para abandonar el convento. Cojan sus cosas personales y no se les ocurra llevarse nada de valor. El convento y todos sus bienes quedan confiscados como pertenencia municipal.

—Eso no es difícil de cumplir. Pero quiero dejar constancia de que estoy en desacuerdo con sus afirmaciones acerca de la propiedad del convento. Las cosas sagradas no son de los hombres sino de Dios y de su Santa Iglesia.

—No he venido aquí con mi compañía para intercambiar opiniones con usted. Estamos perdiendo parte de esa hora que les he concedido, así que le aconsejo que avise a sus compañeros y se desprendan de la ropa que llevan ahora. Tengo orden de que no se les permita salir con los hábitos. Además, será lo mejor para su seguridad personal.

—Lamento decirle que eso sí va a resultar muy difícil de cumplir. No creo que haya alguno de nosotros que tenga otra ropa que nuestro humilde y sagrado hábito.

—Pues si es así, se tienen que desprender de todo signo religioso externo. La cruz que lleva colgada no la pueden llevar.

—Eso no puede ser. ¿Está usted acaso en contra de lo que representa Nuestro Señor Jesucristo?

—¡En absoluto, hermano! Solo cumplo con lo ordenado.

—Pues haremos todo lo que usted nos pide, pero no nos desprenderemos de nuestra cruz.

—Mire, me parece que usted no es consciente de la situación...

—Soy plenamente consciente. O acepta o nos quedamos en nuestras celdas y nos tienen que sacar a la fuerza. Usted decide.

—A ver... ¿No podría ser que, al menos, al salir rodeados de la muchedumbre que está afuera, oculten ustedes la cruz bajo los hábitos para que no ocurra algo indeseable?

Roque escuchaba la conversación aterrorizado. No esperaba la resistencia y objeciones del anciano hermano.

—Lo único que se me ocurre es exponer su petición a los hermanos. Yo no tengo poder para obligarles ni ellos me deben obediencia. El que desee salir sin la cruz o con la cruz debajo del hábito así lo hará. Y el que desee llevarla visible, igual.

—Me parece bien. Trataré de hablar mientras tanto con los de fuera para que sepan todo esto y no haya ningún problema. Le aseguré que esto no va contra la religión. Yo soy un buen católico. Sin embargo, la gente a veces reacciona de manera inadecuada y usted debe saber que los franciscanos descalzos de Cádiz gozan, por decírselo suavemente, de poca popularidad en la ciudad.

—No se hable más. Cumpla usted con lo que considere oportuno que yo haré lo que le dicho.

—Otra cosa más. A la salida me debe usted entregar todas las llaves que tengan de la entrada y también la de la iglesia del convento. Está será devuelta en breve al obispado para que se continúen celebrando en ella las ceremonias religiosas y misas que el señor obispo considere oportunas.

Veinte minutos después, los trece franciscanos descalzos salían de su convento, todos con la cruz bien visible y el hábito de su orden. Un silencio sepulcral, seguido de crecientes siseos y algunos insultos apagados, los acompañó mientras iban recorriendo el largo pasillo que abrió la multitud. No faltaban los que se persignaban al paso de los frailes.

El hermano Roque temblaba como si fuera al patíbulo. Todo lo que tenía de débil y cobarde le venía de las múltiples chanzas y abusos que había sufrido en el hospicio durante muchos años. Mientras observaba los rostros que sonreían con chanza a su paso, pedía a Dios que un día no muy lejano aquellos herejes malnacidos tuvieran motivos para arrepentirse de lo que

estaban haciendo.

—¡Roque, Roque!—gritó alguien desde la multitud.

Se sobresaltó aún más. ¿Quién podía conocerle entre todos aquellos que se reían y burlaban? Giró la cabeza hacia la dirección desde la cual procedían las voces y sintió un enorme alivio. Era el beneficiado José Lebrón, con su sotana y su bonete, que se acercó a él y le dijo al oído.

—Roque, di a los hermanos que vayan a la catedral y se presenten al Cabildo. Yo iré más tarde para allá. Intentaré buscarte algo para que no te quedes en la calle.

El beneficiado Lebrón había sido una persona providencial en la vida de Roque. De pequeño, cuando se encontraba en la casa de expósitos situada en las Puertas de Tierra, muy cerca de los cuarteles de San Roque y Santa Elena, el entonces jovencísimo beneficiado era capellán de la institución. Siempre mostró predilección por aquel niño, seguramente por su aspecto desvalido. Cuando Roque creció y llegó a la edad de ser escolarizado, el beneficiado se encargó de que ingresara en el hospicio provincial, situado frente a los castillos de San Sebastián y Santa Catalina. Siempre se preocupó por él y siguió de cerca sus avances escolares, que, dicho sea de paso, nunca fueron demasiado buenos, aunque tampoco malos del todo. Roque era más astuto y desconfiado que inteligente.

La constante preocupación del beneficiado por atender a los niños huérfanos y pobres, así como a las familias más necesitadas, le habían convertido con los años en uno de los clérigos más respetados de la ciudad. Era, por otra parte, una persona que no tenía reparos en hablar con todos, ricos o pobres, fuesen cuales fuesen sus ideas políticas o religiosas. Hubiera sido muy inoportuno y tal vez peligroso para cualquier sacerdote de Cádiz, encontrarse presente en la calle durante la expulsión de los frailes. Para cualquiera menos para Lebrón.

\* \* \*

En el convento de Santo Domingo, el padre Arsenio Agullana estaba tratando de entender lo que le decía el jefe de una multitud enfervorecida, que gritaba e insultaba de forma desaforada. El gentío, que había ido creciendo con el avance de los milicianos por la ciudad, se apiñaba entre el convento y el puerto marítimo.

Agullana era alto y enjuto, tenía un cuello desproporcionadamente largo en el que destacaba una pronunciada nuez, que competía con una nariz ganchuda y fina. Sus labios eran tremendamente delgados y, cuando se abrían para hablar, dejaban ver una mueca autoritaria. Su hábito, con más blanco que negro, desentonaba con lo tenebroso y oscuro de su figura.

Nacido en 1775, era uno de tantos religiosos que seguían pensando en la necesidad de volver a «aquellos años gloriosos» —en sus palabras— en los que la más mínima falta hacía el dogma era castigada con el rigor merecido. A caballo de finales del siglo dieciocho y principios del diecinueve, la tradicional religiosidad del pueblo español —solía comentar el dominico—, se había perdido y todo era blasfemar y leer libros indecentes o contrarios a la fe.

En 1824, ciertas injerencias e intromisiones en asuntos del arzobispado de Sevilla que no le correspondían le valieron para que sus superiores lo enviaran a Cádiz, donde acababa de ser consagrado como obispo el monje benedictino fray Domingo de Silos Moreno, antiguo abad del monasterio del santo de su mismo nombre. El obispo de Cádiz, un hombre sencillo, afable y muy dado al diálogo, pero muy severo con los que no seguían las reglas establecidas, enterado de los motivos de su traslado desde Sevilla, no tardó en llamarle y advertirle duramente de que le haría personalmente responsable de cualquier intento de llevar a efecto actividades por su cuenta, por muy loable que fuesen, si se oponían a la ley civil.

Cuando en marzo de 1834, tras el fallecimiento del rey don Fernando, su viuda, la reina gobernadora doña Cristina declaró definitivamente abolida la Inquisición, Agullana deseó con todas sus fuerzas huir de su convento de Cádiz y presentarse a las filas carlistas para ayudar a la causa. Pero ya tenía casi sesenta años y, aunque estaba bien de salud, no se encontró con fuerzas para hacerlo. Todos los días renegaba de la reina gobernadora mientras soñaba con que el pretendiente ganase la guerra civil y restaurase aquel santo tribunal que, en su opinión, nunca debió ser abolido.

Ahora, delante de su enorme nariz, estaba la prueba de que sin temor de Dios no podía haber fe. Aquellos hombres que se apiñaban delante del convento habían caído en la herejía y serían condenados al infierno cuando muriesen, por sus desvaríos espirituales. Pero, ¿quién los castigaría por las penas temporales que llevaba consigo su sacrilegio? ¡Blasfemar de aquella manera ante una persona sagrada, como él! ¡Ojalá llegase al trono el infante don Carlos! ¡Lo pagarían bien caro!

Mientras estos últimos pensamientos llenaban la cabeza del dominico, el que parecía dirigir aquella multitud le gritaba desesperado. El fraile no lograba entenderle. Tenía entreabierta la puerta del convento mientras apoyaba una mano en el pecho del otro, que, de repente, le dio un fuerte empujón y entró con él, obligándole a cerrar. El ruido se amortiguó un tanto.

—Hermano, no hay forma de que nos entendamos. Perdone el empujón, pero me he visto obligado. Vengo a darle una orden que, por su bien y por la seguridad de todos sus compañeros, espero cumpla de inmediato.

Arsenio Agullana miró con profundo desprecio al hombre que le acababa de hablar. Era su mirada habitual, si bien llevada al extremo.

—En primer lugar, no soy hermano. Soy padre, puesto que estoy ordenado *in sacris*. En segundo lugar, no sé quién es usted ni me importa. Yo no cumplo más órdenes que las de mis superiores.

—Pues llámela como quiera: sugerencia, petición o advertencia. Lo que le digo es que tiene usted una hora para que salgan del convento todos los religiosos que estén dentro. Y lo hará sin los hábitos de su orden. Si no lo hacen así, serán expulsados por la fuerza. ¡Ah!, soy el capitán Bohórquez, de la milicia urbana.

—Lo siento: no estoy en disposición de poder obedecerle.

—Pues, de una u otra forma, lo va a hacer. Además, antes de salir todos, me entregará las llaves del convento y de su templo. Esta última será devuelta al señor obispo para que continúe a su disposición. El resto del convento quedará en poder municipal con todos los bienes que se encuentren en su interior.

—Eso no puede ser. El convento no es propiedad del ayuntamiento. Ni



siquiera lo es de la Iglesia. Ni este edificio ni los terrenos donde se asienta fueron donados por el municipio. Todo es propiedad de señores particulares que tienen sus escrituras en regla y han ido heredando todo lo que hay aquí de los antepasados que construyeron el convento y la iglesia. Los dominicos tenemos el usufructo, pero no la propiedad.

—Mire, todas esas cosas se tendrán en cuenta en su momento, pero ahora usted va a cumplir lo que le he ordenado. Ya me está cansando todo esto.

—¡No lo haré!

Tras dudar un momento, el capitán Bohórquez sacó de su funda el revólver y apuntó a la cabeza del religioso.

—Mire, si no cumple inmediatamente lo que le acabo de decir, le juro por Dios que le pego un tiro, abro la puerta y dejo entrar a los de fuera. Más de uno afirma que ustedes son los frailes más repugnantes de este reino y que su historia de inquisidores merece «un trato muy especial».

Agullana se habría mantenido firme hasta morir; a pesar de ello, pensó que no debía poner en riesgo a los veintidós compañeros del convento. Así que cumplió la orden de Bohórquez mientras se juraba a sí mismo que, si don Carlos llegaba alguna vez a reinar y restauraba la Inquisición, ya se encargaría él de que aquel miliciano blasfemo se enterase en sus propias carnes de lo que eran golpes y suplicios y, si estaba en su mano, se arrepintiese de haber amenazado de muerte a un religioso.

\* \* \*

En la sala capitular del Cabildo Eclesiástico de Cádiz, situada en la segunda planta de un edificio muy próximo a la catedral de Santa Cruz, el obispo fray Domingo de Silos Moreno presidía una reunión extraordinaria a la que asistían todos los prebendados y beneficiados. Estos últimos, por no ser miembros del cabildo catedral, tenían derecho a expresar sus opiniones, pero no podían votar las decisiones. Tras rogar silencio encarecidamente, el deán comenzó a hablar.

—Con el permiso de su señoría ilustrísima. —El obispo hizo una señal aquiescente con la mano y sonrió de forma beatífica—. Señores dignidades y canónigos de la catedral de Cádiz y señores beneficiados: el objeto de esta reunión urgente y extraordinaria es decidir lo más adecuado e idóneo para resolver la tristísima situación en la que se encuentran los reverendos padres ordenados *in sacris* y los hermanos legos de los conventos de Cádiz, que ayer por la tarde fueron expulsados de sus casas con la mayor impiedad y sin la menor justificación. En estos momentos, tenemos en este edificio a más de un centenar de religiosos que se han quedado sin techo. Esta noche se han visto obligados a dormir, hacinados y sin medios, en un salón de la planta baja. Algo se debe hacer y pronto. Si alguien tiene alguna idea, si así lo autoriza su señoría ilustrísima, que la exprese sin demora. Antes, si el señor obispo lo tiene a bien, le ruego nos dé su superior opinión.

El obispo seguía sonriendo benévolaente cuando accedió a hablar.

—Amantísimos prebendados, canónigos y beneficiados de esta santa catedral. La situación es muy difícil. Quiera Dios que todo este despropósito sea temporal. Ahora, el principal problema es encontrar lugares para alojar a estos pobres reverendos padres y hermanos, expulsados tan inicuaente de sus sagradas casas por personas tan faltas de fe como necesitadas del perdón de Dios. Tengo entendido que, en total, son casi ciento ochenta religiosos —afirmó mirando al deán.

—Así es, señoría ilustrísima. Con su permiso. —Tomó de la mesa un folio y leyó—. Los exclaustrados han sido quince carmelitas, veintitrés dominicos, cincuenta capuchinos, trece franciscanos descalzos, veinticinco agustinos cuarenta y ocho franciscanos. Hay, además, tres filipenses y cinco hermanos de San Juan de Dios, que continúan desempeñando sus funciones de educación y hospitalarias respectivamente, si bien sin poder llevar puesto el hábito de su orden.

No obstante, hay un número relativamente elevado de religiosos que deben haber abandonado la ciudad, probablemente para reunirse con sus familias. En resumen, tenemos abajo esperando a un total de dieciocho sacerdotes y unos ochenta hermanos.

—Si me permite su señoría ilustrísima —comenzó a hablar el canónigo doctoral, tras un breve silencio—, quisiera plantear la posibilidad de que cada prebendado y beneficiado acoja a un sacerdote. Los hermanos podrían

distribuirse, según sus capacidades, en labores administrativas y de limpieza y decoro de los altares, e incluso en ayudar en la obra de la catedral nueva en la forma que mejor convenga y se adecúe a las capacidades de cada cual. Como encargado de la fábrica de la catedral, podría acoger a no pocos hermanos.

—Me parece una idea muy acertada, señor canónigo —se apresuró a aceptar el obispo—. No obstante, el señor arcipreste, como guía y encargado de las parroquias e iglesias de la diócesis, tiene algo que decir, si no me equivoco.

—Así es, señoría ilustrísima. Me consta que la junta revolucionaria que se ha organizado de forma provisional en Cádiz y que ha decidido que la milicia urbana expulse a los religiosos de sus conventos tiene la intención de devolver las llaves de las iglesias al señor obispo para que decida el nombramiento de sendos capellanes que oficien las santas misas habituales. Estos capellanes estarán autorizados a residir en habitaciones de las respectivas iglesias. Quiero decir con esto que casi la mitad de los dieciocho frailes ordenados *in sacris* pueden tener resuelta su situación sin necesidad de ser acogidos personalmente por nosotros. Y con las limosnas de los fieles tendrán suficiente para sobrevivir y mantener en condiciones los templos en estos tiempos tan difíciles en los que parece que hasta el sagrado diezmo eclesiástico se nos va a negar a los prebendados.

La sala se llenó de rumores apagados de desaprobación, cortados por ligeros golpecitos del deán sobre la mesa.

—Señores —expresó el obispo antes de abandonar la sala—, es mi decisión que los prebendados se queden reunidos y no salgan de la sala capitular hasta tener confeccionada una distribución de posibles alojamientos y cometidos de todos nuestros hermanos en la fe y en Cristo, tan inmerecidamente castigados. Quisiera recordar que el seminario podría acoger a buen número de ellos. También me consta que algunos buenos cristianos se están presentando para ofrecer sus domicilios particulares. Espero que el señor deán nos ofrezca mañana por la mañana la solución, que será votada por todos, como siempre.

El obispo se levantó trabajosamente, sin abandonar su sonrisa, y todos se pusieron en pie. El deán le acompañó hasta la puerta y, a continuación, los beneficiados fueron saliendo.

\* \* \*

La sala, llena de bancos alargados y colchones desperdigados por el suelo, no olía nada bien: demasiadas personas y demasiado calor. Las escasas ventanas, abiertas, no eran suficientes para airear la habitación. En uno de los bancos se encontraban sentados con el padre Agullana los padres Lara y Arjona, franciscano y agustino respectivamente, los tres sin sus correspondientes hábitos, como la inmensa mayoría de los que permanecían en el local. Junto a ellos estaban Braulio Moreno, abogado perteneciente a la orden tercera de San Francisco —y, por tanto, no religioso— y Pedro Cardoso, teniente de Artillería destinado en el cuartel de Santa Elena.

—Estos liberales van a llevar a la ruina a nuestra a nuestra católica nación —comentaba el abogado—. No puedo entender el empeño en atacar todo lo religioso.

—No lo permitiré Nuestro Señor —le respondió lacónicamente el padre Lara—. Sin duda, más pronto que tarde, se llevarán su castigo y tendrán que abandonar sus infundados e inicuos proyectos

—A mí llegaron a amenazarme ayer con un revólver, jurando por Dios que me mataban si no cumplía sus órdenes —dijo el padre Agullana—. ¡Infames! Si el infante don Carlos estuviera sentado en el trono que le corresponde, todo estaría en su lugar —masculló.

—Reverendos padres, yo en eso no puedo estar de acuerdo —se quejó el teniente—. Quiero decir que tan merecedora del trono, o más, es la reina niña doña Isabel como el infante don Carlos y que tiempo habrá para que su madre, la señora reina gobernadora, ponga las cosas en su sitio. No soy liberal y no creo que nadie dude de mi acendrada fe cristiana. Pero volver al absolutismo que representa el infante don Carlos es algo que ya queda fuera de lugar.

—¡Ahí es a donde hay que volver! —Intervino el agustino—. A la tradicional y sagrada unión entre el Altar y el Trono, que ha sido siempre la regla que ha guiado a nuestra gloriosa nación por la senda acertada. Y hay que hacerlo con todas sus consecuencias. Si la reina gobernadora no hubiera

derogado la Santa Inquisición el año pasado, ya podrían estos herejes liberales ir buscando un agujero donde esconderse...

—¡Buena organizaríamos nosotros tres, como sacerdotes de bien, y ustedes dos, a modo de brazo secular de la Santa Madre Iglesia! —soñó el franciscano con una sonrisa.

—Pues, según parece, pretenden derribar el convento de los descalzos —afirmó el abogado—. Por supuesto, un acto fuera de toda ley. No hay derecho a destruir los bienes ajenos, y aún menos los sagrados.

—Y en el huerto pretenden levantar un mercado de abastos —dijo Cardoso—. Todo un despropósito.

—Lo que están haciendo estos malvados no tiene perdón de Dios —sentenció el padre Agullana.

Justo al lado, sentado en otro banco, un chico muy joven oía atentamente al dominico y a los demás. A su lado estaban el beneficiado Lebrón y dos franciscanos descalzos, los hermanos Damián y Roque, que destacaban por ser de los pocos que aún llevaban puestos sus mugrientos y pobres hábitos.

—Reverendos padres, si me permiten la intromisión, me gustaría expresar a ustedes que los malvados liberales que nos han expulsado de nuestras casas, doblando su rodilla y marcando sus frentes con la señal de la bestia, merecen todo tipo de penas espirituales y temporales. La santa y benéfica Inquisición ha sido siempre en nuestra católica España un instrumento puesto por Nuestro Señor al servicio de la Santa Iglesia. Pero es necesario dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Por eso, hay que callar, rezar y perdonar a todos esos malvados como hermanos nuestros que son e hijos de Nuestro Señor, aunque ellos no lo sepan.

Todos se quedaron mirando al jovenzuelo. Incluso el padre Agullana, acostumbrado como estaba a usar y abusar del lenguaje grandilocuente del púlpito en la vida cotidiana, mostró no poco asombro ante aquella manera de expresarse.

—No creo tener el placer de conocerle —saludó Agullana, tratando de mostrar su displicencia habitual.

—El señor obispo tuvo a bien ordenarme sacerdote en abril de este

mismo año. Soy fray Félix María de Arriete y Llano, capuchino.

—He oído hablar mucho de usted, reverendo padre —terció el franciscano—. Dicen maravillas de su elocuencia. Que es un gran predicador, que no lo ha habido igual desde la época de fray Diego José de Cádiz y que tiene usted un gran porvenir en el seno de nuestra Santa Iglesia.

El capuchino se ruborizó un tanto. Tenía el rostro muy pálido y su semblante parecía algo enfermizo. La dignidad que se desprendía de su figura era evidente, a pesar de su escasa edad y aparente debilidad.

—Yo solo soy un fraile capuchino que querría llevar a todos los hombres por la senda que nos marca Nuestro Señor. Hoy en día se están viendo cosas tales que parece que el mundo, envejecido ya en sus maldades y desmayado como anciano decrepito, está próximo a expirar. Y, si bien es cierto que la suerte del mundo está en manos del Altísimo y solo Él sabe sus designios, nuestra misión es ayudar a todos los descarriados para que estén pendientes de los avisos del cielo y vivan una vida justa y pía en espera de los planes del Señor. Ese debe ser nuestro camino y no el de los castigos temporales de la Inquisición.

La voz del capuchino había ido subiendo de tono hasta que logró hacer callar a todos los presentes. A pesar de lo extremadamente rebuscado de su lenguaje, todo en él expresaba sinceridad y humildad.

—Padre Félix —acertó a responder Agullana, mientras todos guardaban un silencio expectante—, nada más lejos de mi intención que quitar al César lo que es del César. Como podrá comprender, mis palabras solo son producto de mi indignación ante lo acontecido ayer. Además, no me negará que también hay que dar a Dios lo que es de Dios... Y los liberales son los que se han apartado de la senda. Si se arrepienten de sus pecados yo seré el primero en perdonarlos.

—Comparto su indignación, padre. Pero dejemos todo en las manos del Señor y amemos a nuestros enemigos. Es todo lo que podemos y debemos hacer como cristianos.

Fray Félix dio por zanjada la conversación y, sin más, se puso a hablar con el hermano Damián. El beneficiado Lebrón, que hacía poco que había salido de la sala capitular, continuó hablando con el hermano Roque.

—Roque, como sabes, soy ayudante de don Leto Gómez, el canónigo doctoral, en la administración de la construcción de la catedral nueva. Le he propuesto que te tenga en cuenta para ponerte a mi servicio. Esta noche te vienes a dormir a mi casa y allí te quedarás, mientras no se resuelva todo esto. Si es que se resuelve.

—Muchas gracias, padre José. No sé si podré... yo de administración no entiendo nada.

—Por eso no te preocupes, Roque. Ya te buscaré algo. ¿Qué te parecería ser guarda en la obra?

—Y eso, ¿en qué consiste?

—En estar en la puerta y no dejar pasar nada más que a las personas que estén autorizadas. Luego, al final de la tarde, tendrás que comprobar que todo queda cerrado.

—Pues creo que eso lo puedo hacer bien, padre José.

—Seguro que sí. Cuando termines cada día, te vienes a mi casa. Allí no te va a faltar un techo, comida y cama.

En ese momento, Lebrón sintió la mirada fija de Agullana, acompañada de un gesto indefinido y distante. El dominico siguió hablando, en voz baja, con sus acompañantes de banco.

—Vamos a salir un poco afuera, Roque —dijo Lebrón mientras miraba de reojo en dirección a Agullana—. Aquí el aire está viciado.

## PENITENCIADO

Todo el revuelo revolucionario iniciado en Cádiz debería haber llegado a su fin el 11 de septiembre, pues ese día se formó un Ministerio a la medida de las aspiraciones de los liberales más avanzados, presidido por el gaditano José Álvarez Mendizábal. Pero la cosa no se resolvió con tanta facilidad como esperaban algunos. Los gaditanos no deseaban cejar en sus presiones hasta que se anunciaran Cortes Constituyentes.

En vez de cesar en sus actividades, la junta gubernativa de Cádiz designó el mismo día 11 de septiembre al comandante militar de Ceuta, general Espinosa, como jefe del ejército sublevado. Fue un duro golpe para Hore, el gobernador de Cádiz, que solo fue nombrado, al día siguiente, comandante general de la Provincia de Cádiz.

Los liberales gaditanos parecían estar dispuestos a llegar a un enfrentamiento armado con el Gobierno. La columna del coronel Osorio, que había estado recorriendo la provincia de Cádiz, en vez de dar por finalizado su cometido, avanzó hacia Sevilla el 12 de septiembre. La junta sevillana rogó encarecidamente a Osorio que no entrase, dándole garantías de que se mantendría funcionando. Osorio siguió hacia Córdoba y luego marchó en dirección a Andújar.

Todo parecía confirmar un inminente choque militar. El general Latre bajó desde Madrid por el puerto de Despeñaperros con un ejército de mil cuatrocientos hombres, con el fin de abortar la insurrección. Los gaditanos tenían decidido no ceder hasta que se promulgara un decreto ratificando la expulsión de los frailes y otro ordenando la formación de Cortes Constituyentes. Después de diversas gestiones, todo quedó en nada. Un claro ejemplo de pasteleo: Latre se unió a las fuerzas de Osorio y Espinosa fue



designado por el Gobierno central capitán general de Andalucía. Todos contentos.

La junta gaditana, decidió disolverse el 5 de octubre. Los liberales de Cádiz, sobre todo los más exaltados, no estaban de acuerdo y anunciaron su intención de organizar alborotos callejeros hasta que no se anunciara claramente la formación de Cortes que votaran una Constitución progresista. Las protestas populares no cesaron en la ciudad durante unos días. La verdad es que Mendizábal había prometido mucho pero no había hecho nada concreto todavía.

\* \* \*

El 8 de octubre, en una taberna del barrio del Pópulo, se encontraban reunidos el jefe de la milicia urbana, José García de Villalta, los dos jefes de batallón, Bernardo Darhan, Pablo Mateu, y cuatro capitanes.

—Señores —dijo García de Villalta, culminando una larga discusión—, se va a restablecer la junta. En caso contrario, esto va a ir muy mal. Más que nada, tenemos que acallar a los más radicales, entre los que se cuentan muchos soldados de la milicia y los dos capitanes que no han venido. Tenemos decidido que mañana será el día para hacerlo. Y anunciaremos que no la disolveremos de nuevo hasta que el señor Mendizábal no suprima con carácter general todas las órdenes religiosas y nos dé garantías inequívocas de que tendremos Constitución.

—¿Y si no lo hace? —preguntó uno de los reunidos.

—Por eso no hay que preocuparse. Sé de muy buena fuente que el decreto de supresión se va a aprobar en breve. Su publicación es inminente. Y el tema de la Constitución excuso decirles que tardará algo más, si bien será un hecho en poco tiempo.

—¿Y qué hacemos con la milicia? —preguntó Mateu.

—Mañana, a las diez, quiero a todos los efectivos formados junto al Gobierno Civil. Así que los capitanes os vais a encargar de avisar a las ocho a los sargentos en sus domicilios. ¿Alguna pregunta?

—¿Y los capitanes que no están presentes?

—Yo me encargo de ir a sus domicilios ahora y avisarles. Si no hay más preguntas, mañana nos vemos en la sede del Gobierno de provincia a las diez. Yo estaré arriba y saldré al balcón para anunciar que la junta continuará desempeñando sus funciones con carácter indefinido hasta que la libertad reine por completo en nuestro país. Antes de marchar, entonemos el himno de Riego.

Todos se pusieron en pie y entonaron el himno, terminando con estas estrofas:

*Se muestran, volemós,  
Volemós, soldados:  
¿Los veis aterrados  
Su frente bajar?  
Volemós que el libre  
Por siempre ha sabido  
Del siervo vendido  
La audacia humillar*

*Soldados la patria  
Nos llama a la lid, juremos por ella  
Vencer o prefiero morir.*

Nada más empezar el himno los milicianos, todos los parroquianos, incluso los más borrachos, se pusieron en pie y cantaron con denuedo. No era cosa de quedar como *serviles*, es decir, como absolutistas. Algunos trasnochadores se sentaron de nuevo y volvieron a sus vinos y sus cartas; los demás apuraron sus vasos y se fueron marchando poco a poco, mientras todos entonaban el *Trágala*:

*Antes que esclavos  
Volver a vernos  
Perecer todos  
Jurar debemos*

*Ya no hay vasallos  
Ya no hay esclavos,  
Sino españoles  
Libres y bravos.*

*Por los serviles  
No hubiera unión,  
Ni si pudieran,  
Constitución*

*Al que le pese que roa el hueso  
Que el liberal le dirá eso:  
¡Trágala, trágala, trágala,  
Trágala, trágala, perro.*

—¿Nos vamos? —preguntó alguien al compañero de mesa. Ambos eran capitanes de la milicia: dos piezas importantes de aquella revolución, si bien no habían formado parte de la junta gubernativa.

—Me voy a quedar un rato. Creo que voy a jugar una partidita con unos conocidos. A ver si hoy se me pone la suerte de cara.

—Pues yo me retiro. Mañana hay que estar en punta a las siete. No te olvides.

—Ya te digo: un rato y me voy.

El sujeto se quedó en la taberna hasta bastante después de medianoche. Salió sin dinero y con la certeza de que, una vez más, se iba a encontrar en casa con los reproches de su mujer. Poca cosa: más que nada, un intento protocolario de que aceptase de una vez que tenía que dejar lo de las cartas. Giró en dirección al arco del Pópulo. La calle estaba oscura. Demasiado para su gusto. Entrando por debajo del arco apareció una figura. «Uno que va buscando un tugurio o vuelve de su partida», pensó el miliciano. No tuvo sensación de peligro y eso jugó en su contra. Cruzarse a aquellas horas con un marinero bebido, o deseando estarlo, era algo habitual. Pero este no era ni lo uno ni lo otro.

El desconocido se paró en seco delante de él. Llevaba una capucha

puesta e iba vestido con ropa oscura. El capitán trató de cederle el paso, pero el otro no se movió. Inesperadamente, sintió que alguien, desde atrás, lo agarraba del cuello y le tapaba la boca con algo húmedo. «Mala cosa...», fue lo único que tuvo tiempo de pensar antes de sentir que caía en un vacío oscuro y profundo.

\* \* \*

El sol estaba a punto de salir y la ciudad se encontraba sumida en una profunda quietud. El aire era inusualmente suave y la temperatura muy llevadera en comparación con el calor húmedo y bochornoso de los días anteriores. Dos hombres iban caminando con cierta prisa a la altura del convento de monjas de Santa María, situado en el barrio de la Merced. La junta había respetado los tres conventos de monjas de Cádiz —Santa María, Nuestra Señora de la Piedad y Nuestra Señora de la Candelaria— y no había expulsado a las monjas.

Uno de los dos que pasaban junto al convento era, a todas luces, un sereno, con una pértiga en una mano, un abultado manojo de llaves en el cinto y un farol de aceite encendido. El otro era Melitón Rechi, jefe de la Fuerza Armada de Policía de Cádiz, un nombre demasiado rimbombante para alguien que solo contaba en la capital con un agente y seis celadores, que aún no habían recibido su uniforme a pesar de que el cuerpo policial llevaba casi dos años constituido.

Rechi era moreno, alto y bien parecido. El hecho de ser un tanto barrigudo, no restaba a su aspecto general cierta elegancia innata, acentuada por la pulcritud y calidad de su ropa. Llevaba zapatos negros brillantísimos, pantalones con la raya perfectamente planchada y camisa blanca inmaculada. Sobre el brazo izquierdo llevaba, cuidadosamente doblada, una levita corta y en la mano una chistera. Su mujer no permitía jamás que saliera de casa sin estas dos prendas, pero Rechi detestaba llevarlas puestas, aunque eso nunca jamás lo llegaron a saber ni ella ni sus hijas, siempre empeñadas las tres en repetirle que, como jefe de policía, tenía que vestir como correspondía «a una autoridad de su importancia».

El jefe de policía de Cádiz se comportaba a menudo como la persona

más desagradable que nadie pudiera imaginar. Era como si todo aquel que se cruzara en su camino fuese un presunto criminal, digno de ser tratado con el mayor desapego y desconfianza. Lo cierto es que todo era pura deformación profesional, adquirida con los años. Su simpatía natural y su trato afectuoso quedaban reservados para un universo mínimo, formado por solo cinco personas: su esposa, doña Eulalia, sus dos hijas, Eulalita y Cristina, su agente, Cándido Molina y el beneficiado Lebrón. A este último lo había conocido a fuerza de verlo acudir mensualmente al edificio de la Aduana para cobrar su pequeña remuneración como capellán.

Salieron al paseo del Vendabal, que discurría, en ligera pendiente descendente, desde la cárcel de la ciudad hasta el convento de Santa Catalina, de frailes Capuchinos. Al llegar al paseo, giraron a la derecha, pasando por el lado de la plaza de toros. El mar abierto discurría a su izquierda, sosegado en esta ocasión. Un poco más abajo apareció la masa cuadrada de la torre de la catedral de Santa Cruz, que había sido mezquita hasta que el rey don Alfonso Décimo conquistó la ciudad.

Algo más abajo, se encontraba la inmensa mole de la catedral nueva, cuyas obras parecían estar llegando a su fin. El edificio comenzó a edificarse hacía más de cien años, en 1722, cuando la burguesía comercial de Cádiz vio mejorar ostensiblemente sus beneficios a causa del traslado de la Casa de Contratación desde Sevilla. La posterior pérdida del monopolio comercial con América y la falta de fondos hicieron que las obras avanzaran muy lentamente, quedando completamente paralizadas en diciembre de 1796. Ahora, tras largo tiempo de abandono, el obispo, fray Domingo de Silos Moreno, estaba decidido a terminar la obra.

El sereno señaló los muros de la torre de la catedral antigua. Se podía distinguir un bulto oscuro. Cuando llegaron a la base, Melitón pudo ver algo que le resultó extraño a más no poder: un hombre estaba sentado en un sillón y atado a los reposabrazos. Llevaba puesta una especie de túnica amarilla y un capirote atado en la cabeza, la cual caía, inerte, hacia abajo. Estaba amordazado y tenía una soga atada al cuello, con el cabo colgando. Pensó que, probablemente, estaba muerto. Lo primero que hizo fue darle unos golpecitos en la cara y tomarle el pulso. Se había equivocado en su primera apreciación: el hombre estaba vivo, aunque su respiración era débil.

El sereno esperaba, expectante, unos metros atrás.

—Ayúdeme a quitarle las cuerdas y la mordaza a este hombre —dijo el jefe de policía mientras le desataba la corzoza.

—A sus órdenes, don Melitón. —Las cuerdas estaban bien firmes; les costó trabajo quitárselas.

—Va a ir usted al ayuntamiento y le va a decir al guardia municipal de servicio que le dé la dirección del médico de este distrito o del que viva más cerca. Avise al médico y le dice que venga para acá sin dilación. A continuación, se va corriendo a la calle de la Jabonería número catorce, pregunta por el agente don Cándido Molina y le dice que se presente aquí de inmediato.

—Voy corriendo.

El médico y el agente llegaron casi al mismo tiempo.

Cándido Molina era un chico muy joven; apenas rebasaba los veinte años. Era más bajo que su jefe, delgado y muy bien parecido. Su pelo tirando a rubio y, sobre todo, su indumentaria, llamaban la atención en Cádiz. En el vestir era, de alguna manera, la antítesis de Melitón Rechi. Usaba un chambergo un tanto ajado y solía llevar puestos unos calzones que le llegaban un poco más abajo de la rodilla, unos calcetines de los colores más variopintos y desentonados y una chaqueta con grandes bolsillos ceñida con un cinturón. Cualquiera que lo viera por primera vez podría pensar que se trataba de un extranjero al que se le había ocurrido la estrafalaria idea de que en la ciudad se podía cazar y se había dejado olvidada en casa la escopeta.

Un sastre de Cádiz y sus revistas de moda masculina inglesa eran, en parte, los responsables de las chaquetas y calzones de Cándido. A nadie de Cádiz, excepto al agente de policía, se le ocurrió pedir al sastre una de aquellas vestimentas. El desatino del sombrero iba por cuenta completa del chico. Él defendía que era lo mejor para protegerse de la luz solar. Sus alas anchas y flácidas y su desentono con el resto de la indumentaria rozaban el ridículo, según opinión de su jefe. A él eso le daba igual. Para más extravagancia, cuando no molestaba el sol, solía fijar a una presilla una de las dos alas, dejando la otra desplegada y torciendo el chambergo hacia un lado. Lo que no sabían los que pasaban a su lado mirándole con extrañeza es que no se trataba de una cuestión estética, sino que todo lo originaba la falta de la presilla en el lado que quedaba sin recoger.

\* \* \*

La relación entre el jefe de policía y su agente era de una confianza y buena sintonía extremas. Algo de aquel muchacho le había caído bien a Melitón Rechi desde que lo conoció, el día que vino a verle para pedirle trabajo:

—Buenos días, Jefe, yo venía a...

—¿Qué es eso de «jefe»? ¡Yo soy don Melitón!

—Usted es el jefe de policía, ¿no?

—Eso es a lo que me dedico, pero, para todo el mundo, soy don Melitón. ¿Entendido?

—Pues eso, jefe: que venía a verle para llegar a un acuerdo que será muy beneficioso para ambos y del que nunca se arrepentirá.

—Melitón Rechi dudó unos instantes entre echar al chico del despacho con cajas destempladas o escucharle. Pero le gustaba su forma de actuar, así que le dejó hablar.

—¿Un acuerdo? Usted dirá...

—Pues verá, jefe. Yo soy de Algeciras y estudio Medicina aquí. Mi padre ha fallecido hace poco y mi madre no puede sostener mis estudios ni mi estancia en Cádiz. Yo quiero acabar la carrera.

—No estará intentando darme un sablazo... Estoy yo como para pagar estudios ajenos...

—No, jefe...

—¿Otra vez con lo de jefe?

—Lleva usted toda la razón. Todavía no es mi jefe, pero cuando le haga mi oferta, aceptará.

—Pues vaya al grano, que tengo muchas cosas que hacer.

—Allá voy. Tal vez usted no lo haya pensado: la medicina y la

investigación criminal se parecen muchísimo. Hay elementos que se encuentran enfermos y tenemos que aislarlos para que su enfermedad, social o física, no afecte al resto. Tenemos que averiguar, a través de unos indicios, cuáles son esas personas y darles el tratamiento adecuado. Si lo conseguimos, sea por medio de la cárcel o del hospital, podremos conseguir que puedan volver a convivir con el resto.

—La verdad es que sus argumentos me parecen traídos por los pelos... ¿Cómo se llama usted?

—Cándido Molina, para servirle a usted cuando sea mi jefe. No se crea... En los dos casos hay que realizar unas labores de investigación rigurosas.

—Eso no se lo voy a negar.

—Por otra parte, mis conocimientos de medicina le servirán a usted para más cosas de las que se puede imaginar: si una herida ha sido mortal o no, cuántas horas lleva muerto alguien, si ha sido envenenado...

—Tal vez llesves razón, Cándido —aceptó Rechi tuteando por primera vez al chico—. Mira, necesito un agente dispuesto a trabajar duro. Con mis seis celadores inútiles, todo el trabajo me lo tengo que cargar a hombros yo solo. Le voy a proponer al gobernador tenerte a prueba durante un mes. Si lo haces bien, intentaré que te designen como agente.

—¡Muchas gracias, jefe! Ahora sí que no se enfadará si le digo jefe...

\* \* \*

—Buenos días Cándido. El doctor Jiménez acaba de llegar.

—Buenos días, jefe. ¡Vaya caso extraño que se nos presenta! Por mí, que empiece el doctor con lo suyo mientras yo le echo una ojeada a todo el escenario. ¿Está vivo?

—Sí que lo está. Doctor, reconozca a este pobre hombre.

Mientras el doctor efectuaba un prolijo reconocimiento, Cándido revisaba los alrededores y tomaba notas en una libreta. El doctor abrió la boca



al sujeto y estuvo largo rato oliendo y examinando algo.

—A este hombre le han suministrado una buena dosis de algún narcótico. Ustedes tendrán que decidir si ha sido con la intención de matarlo o no. Mi impresión es que casi lo consiguen, pero vivirá y espero que se recupere.

—Creo que es cloroformo, doctor —afirmó Cándido, tras oler el aliento de la víctima—. Lo he olido otras veces en las prácticas de la facultad.

—No me diga que es usted estudiante de Medicina.

—Pues sí, doctor. Lo soy. Me da la impresión de que si hubieran querido matarlo lo habrían hecho. Esa sogá al cuello sin apretar, lo confirma.

—¿Y de dónde puede sacar ese producto alguien que no sea médico o estudiante de medicina? —preguntó el jefe de policía.

—De cualquier parte —respondió el doctor Jiménez— No solo se emplea en medicina, sino en infinidad de aplicaciones industriales. Por ejemplo, como disolvente y desengrasante.

—Ya valoraremos todas las circunstancias más tarde —dijo Melitón—. Cándido, Toma buena nota de todo. Creo que lo más importante ahora es atender medicamente a este señor y retirarlo de aquí lo antes posible. Esto me huele a escándalo con la Iglesia; la túnica amarilla y el capirote que le quité nada más llegar no me gustan un pelo.

—Me lo llevo al hospital de San Juan de Dios, donde trabajo —dijo el médico—. Me alegro de haber tenido la precaución de traer un carro. Este hombre no está en condiciones de levantarse y menos de andar por sí mismo.

—Jefe, ¿le parece bien que avise a su amigo el beneficiado?

—Buena idea, Cándido. Él podrá darnos algunos datos, porque, como decía antes, esto tiene toda la pinta de estar relacionado con la Iglesia. Probablemente estará en la catedral. Si lo encuentras, esperadme en el café Apolo. No tardaré.

\* \* \*

Una hora después, Melitón Rechi llegaba al café Apolo. Allí se encontraban Cándido y el beneficiado Lebrón. Al otro lado de la plaza de San Antonio, al lado de la iglesia del mismo nombre, tres mendigos discutían y gritaban agriamente por un puesto junto a la puerta.

—Supongo que ya te habrá contado algo el agente Cándido...

—Muy por encima, jefe. He preferido esperar a que llegase, ya que hay detalles que no le he contado a usted.

—Melitón —comentó el beneficiado—, el tema de «la túnica y el capirote», como dice Cándido, está claro: una túnica amarilla con cruces rojas es, ni más ni menos, que un sambenito de los que usaba la Inquisición. Lo mismo digo de la coraza; o capirote, como le llama tu agente. Las cruces rojas del sambenito significan que se trata de un penitenciado, es decir, un condenado por un delito menor contra la Iglesia.

—Que se trata de algo relacionado con la Inquisición nos parece claro; el problema es que ese tribunal ya no existe.

—Exacto. Supongo que sabréis que, cuando el rey don Fernando acabó con los liberales, en 1823, restauró prácticamente todas las instituciones y fueros eclesiásticos que habían desbaratado aquellos; pero nunca lo hizo con el Santo Oficio. No se puede decir que lo prohibiera; simplemente, no lo restableció. Digamos que lo dejó en suspenso. A partir de ahí, algunas diócesis organizaron tribunales de fe, que no fueron aceptados oficialmente, aunque tampoco se prohibieron expresamente.

—Vamos, que se hizo la vista gorda...

—Así es. Sin embargo, os puedo asegurar que aquí, en Cádiz, jamás ha funcionado un tribunal de ese tipo. De hecho, los comienzos de dichos tribunales coincidieron con la llegada de nuestro obispo y este ha sido muy claro en oponerse radicalmente a su funcionamiento. Por otra parte, esos tribunales ya han sido explícitamente prohibidos por la reina gobernadora doña Cristina. Hace poco más de un mes.

—Yo pienso que es muy probable que alguien haya formado un tribunal ilegal, sin contar, claro está, con la aprobación del obispo —opinó el jefe de policía.

—Hay una cosa, jefe... Mientras el doctor Jiménez reconocía al

agredido, estuve revisando los alrededores. Muy cerca, encontré una vela bajo la cual estaba este papel. —Cándido se lo pasó al jefe de policía y este se lo dio al beneficiado.

—Ajá. Solo hay unas letras: E D E J C T. Todo muy claro. Más claro aún.

—Yo no he visto nada concreto —dijo Cándido—, salvo que las tres últimas letras pudieran significar «juicio al conde de Toreno».

—No tiene nada que ver con eso. Son las iniciales del lema de la Inquisición: «*Exurge Domine Et Judica Causam Tuam*». Y la vela, si es de color verde, es uno de los símbolos de la Inquisición.

—Sí: era de color verde —apuntó Cándido.

—Está claro —valoró Melitón—: nos ha salido un clérigo intransigente que está tratando de resucitar la Inquisición o formar un tribunal de fe clandestino

—Sinceramente, lo dudo mucho —afirmó el beneficiado—. Me consta que hay una buena cantidad de compañeros que desean fervientemente la vuelta de las antiguas tradiciones. Mas no me cabe en la cabeza que haya un solo sacerdote en Cádiz capaz de actuar en contra de los deseos de nuestro obispo.

—Otra cosa que observé —siguió Cándido— es que en el respaldo de la silla donde estaba amarrada la víctima estaban grabadas dos iniciales: O P

—Es el acrónimo de los dominicos.

—¿Ah, sí? ¿No debería ser O D?

—No. El nombre oficial de los dominicos es Orden de Predicadores.

—Pues ya lo tenemos —sentenció el jefe de policía—: un dominico se ha puesto en contra su obispo, ha organizado un tribunal de fe clandestino y ha condenado a alguien como autor de algún pecado grave contra la Iglesia.

—No me lo creo, Melitón. Si un dominico hubiera hecho eso, no iba a dejar un rastro tan claro. Más bien parece una pista falsa. ¿Hay algún detalle más?

—Parece que intentaron decirnos —a nosotros o a la víctima— que la

próxima vez lo ahorcarían. Llevaba una soga atada al cuello con un nudo en la parte que colgaba.

—No es lo que piensas, Melitón. A los penitenciados se les solía castigar con un número de latigazos. Se les ponía una soga al cuello y, según el número de nudos que tuvieran, eran más o menos latigazos los que debían recibir.

En ese momento, un nutrido grupo de milicianos apareció desde el paseo de la Jara. Unos venían con escopetas al hombro, otros llevaban revólveres al cinto y algunos iban desarmados, pero todos iban con ganas de armar jolgorio, cantando el *Trágala* y obligando a los viandantes a secundarles.

—¿Y estos? —preguntó Lebrón.

—Ha habido formación frente al edificio del Gobierno Civil —dijo Melitón.

—Se ha vuelto a reunir la junta —informó Cándido—. Hay liberales que no están aún conformes con haber conseguido que Mendizábal haya llegado al Gobierno y quieren hechos.

—Siguiendo con nuestro tema, está tarde vamos a ir a ver a la víctima. Comprobaremos lo de los latigazos. Supongo que su declaración puede aclararnos muchas cosas.

—Seguro que sí. Yo, por ahora, descarto que se trate de un tribunal de fe. Más bien me decanto en pensar que algunos liberales intransigentes, como estos que han pasado por aquí, están tratando de incriminar al clero secular en algo que hoy en día me parece impensable en Cádiz.

—¿Y qué motivos pueden tener los liberales para eso?

—Uno muy claro: apoderarse de los diezmos eclesiásticos. Ya han echado a los religiosos de los conventos y es de suponer que en un plazo breve, el Estado se apropiará oficialmente de sus casas y bienes, cediendo buena parte del usufructo a la autoridad municipal.

—Lo de echar a los religiosos de sus conventos es algo que se venía venir, José. Sin embargo, no creo que haya nadie que tenga nada en contra del clero secular. Ni siquiera entre los liberales más exaltados. A los

religiosos de los conventos se les tiene por carlistas; pero el clero de las catedrales y parroquias es otra cosa.

—Melitón, me consta que la junta revolucionaria que han organizado en Cádiz los liberales pretende apoderarse de los diezmos del cabildo catedral. No es cuestión de ideas, es puro negocio. No te puedes imaginar la suma que percibe el clero de la catedral, y más concretamente los prebendados, en concepto de diezmos. Las cantidades procedentes de fundaciones y patronatos administrados por la diócesis son muy elevadas. ¿Qué mejor que extender la noticia de que algún prebendado, beneficiado o párroco está ajusticiando supuestos herejes, para lograr que el pueblo apoye la incautación de los diezmos?

—Visto así, pudiera ser que lleves razón. Nosotros vamos a ir esta tarde al hospital de San Juan de Dios y trataremos de averiguar lo que podamos. Si quieres venir con nosotros...

—Esta tarde no puedo. Tengo varias misas de difuntos en las capillas de la catedral. Si queréis, nos podemos ver mañana y me contáis.

—De acuerdo, José. Mañana a las doce en punto nos vemos de nuevo aquí. Si hubiera algún inconveniente, como que el torturado no esté en condiciones de declarar y no hayamos sacado nada en claro, te aviso y lo cancelamos.

—Sea lo que sea, mañana os espero aquí. No me quitéis el gusto de tomarme otro café con vosotros.

—Hasta mañana, entonces.

\* \* \*

El hospital de San Juan de Dios estaba muy cerca del edificio del ayuntamiento. Los recibió alguien que parecía ser un hospitalario de la orden sin sus hábitos.

—¿Qué desean?

—Buenas tardes. Soy el jefe de policía venimos a ver a un sujeto que

ingresó esta mañana. Desconozco su nombre. Apareció esta mañana en los muros de la catedral.

—Ah, sí. Acompáñenme —Les condujo enseguida al despacho del doctor Jiménez.

—Buenas tardes, señores.

—Buenas tardes, doctor. ¿Cómo está nuestro paciente?

—No muy bien. Aunque no tiene nada grave. Solo que le han cosido la espalda a latigazos. Aparte de eso, ha recuperado el sentido y parece que no tiene secuelas, si bien, cuando le pregunto, siempre me dice que no recuerda nada. Si les digo la verdad, creo que se debe más al miedo que a otra cosa. Está muy alterado.

—Es normal. Si es posible, queremos interrogarle. Es muy importante contar con su declaración cuanto antes.

—No hay ningún problema, señores. ¿Les acompaño?

—Sí, por supuesto. Siempre viene bien tener un testigo en los interrogatorios. Si no le importa...

—¡En absoluto! He tenido la precaución de mantenerlo en una de las pocas habitaciones individuales que tenemos aquí.

Entraron en una habitación pequeña, oscura y no muy bien ventilada. En la cama yacía un hombre joven, que los miró con temor y nerviosismo.

—Buenas tardes, caballero. Soy el jefe de policía de Cádiz y este señor es mi agente.

—Buenas tardes.

—¿Cómo se encuentra usted?

—Mal. No soporto el dolor de espalda. Ni el de cabeza.

—Nos hacemos cargo. Pero es necesario que nos conteste usted a unas preguntas.

—¿Preguntas? Yo no sé nada. No recuerdo qué pasó... Me temo que no puedo ayudarles.

—Se lo pondremos fácil. Nosotros le preguntamos y usted solo tiene que contestar sí o no. O decirnos brevemente la verdad.

—Lo intentaré. Les advierto que estoy en blanco.

—En primer lugar, ¿sabe usted quién le ha hecho todo esto?

—No tengo la menor idea. Soy una persona querida en Cádiz. No tengo enemigos.

—¿Recuerda usted algo de lo sucedido?

—No. No recuerdo nada. Le juro a usted que no me acuerdo de nada.

—¿Pero se acuerda usted de quién es y de qué pasó antes de que le agredieran?

—Sí... De eso sí me acuerdo. Recuerdo que anoche iba hacia mi casa después de jugar unas partiditas de cartas en un tugurio del barrio del Pópulo al que suelo ir. Alguien se me puso delante. Llevaba una capucha y una especie de túnica oscuras; me puso algo en la boca y no recuerdo más.

—¿Cuándo despertó usted?

—Esta tarde, aquí en el hospital.

—¿A qué hora le pusieron a usted ese algo en la boca? —intervino Cándido por primera vez.

—¿Hora? Sobre las dos de la madrugada. Acababan de sonar las campanas de la catedral de Santa Cruz.

—Pues en ese caso, usted se debió despertar antes y le debieron poner otra dosis de somnífero. Es imposible que haya estado tantas horas sin haber despertado. Habría sido una dosis tan alta que lo habría matado. Doctor, usted lo puede corroborar.

—Sí. Estoy de acuerdo. Los efectos del cloroformo no pueden durar tanto tiempo. Aunque es posible que le suministrasen más cuando estaba despertando y no lo recuerde.

—Eso debió ser, porque no recuerdo nada.

—Mire, amigo, a mí no me engaña —cortó Melitón con la desagradable y temible voz que usaba con casi todo el que se cruzaba en su

camino—. No le creo. Usted está asustado y no quiere decirnos todo lo que sabe. Yo a eso le llamo obstrucción a la justicia. Así que o nos dice todo lo que recuerda o le prometo que lo llevo al calabozo y de allí no sale hasta que nos diga la verdad.

—Pero yo no recuerdo...

—Pues empiece a inventarse algo, porque ahora mismo se levanta y se viene con nosotros.

—¡Hombre, don Melitón! Este caballero, en su estado...

—¡Usted se calla, doctor!, que nadie le ha preguntado.

—¡Le juro que no recuerdo nada!

—Mire, amigo, la cosa está así —intervino Cándido—: usted ha sido brutalmente agredido, tiene miedo a posibles represalias si declara lo que sabe y es natural. Pero nosotros no vamos a hablar con nadie de esto. Cuando tengamos pruebas contra quien sea, lo detendremos. Usted siempre contará con nuestra protección. Le pondremos a alguien de la policía que lo mantendrá a salvo de cualquier represalia. Le conviene decir lo que sabe.

—Porque, en caso contrario, va a salir más perjudicado de lo que se cree —amenazó Melitón.

—De acuerdo, les diré lo poco que sé. Es verdad que me desperté. No sabía cuánto tiempo llevaba dormido ni dónde estaba. Me habían puesto una venda en los ojos y estaba atado a una silla. Alguien me estaba dando unos cachetes y diciéndome algo que no sé qué era. Cuando se aseguró de que estaba despierto, esa persona me dijo que estaba ante un tribunal de fe y que él era su presidente. Que tenía que confesar todos mis pecados contra la Iglesia o sería castigado muy severamente.

—¿Le dio la impresión de que se trataba de un sacerdote?

—No lo sé. Eso fue lo que él me dijo. Yo le contesté que no sabía qué pecados tenía que confesar ante el tribunal que él decía presidir y entonces me pusieron algo, supongo que un embudo, en la boca y me obligaron a tragar mucha agua. Cuando creía que iba a morir ahogado, el sacerdote ordenó parar y me preguntó si no había blasfemado o jurado alguna vez en el nombre de Dios.



—Habla usted en plural. Es decir, que supone que eran más de una persona.

—Seguro que sí. En primer lugar, por la noche uno me salió al encuentro y me impidió avanzar mientras otro me atacaba por detrás. Por otro lado, mientras me echaban agua, el sacerdote me hablaba a distancia.

—Así que, como mínimo, eran dos.

—Sí, como mínimo. Yo no sabía qué decir. El sacerdote me preguntó si no había estado yo en el convento de los dominicos cuando los milicianos los echaron a la calle.

—¿Y fue así?

—Sí. Se me había olvidado decirles que soy Roberto Bohórquez, jefe de una compañía de la milicia urbana. Cuando sacamos a los frailes de sus conventos yo fui con mi compañía al de Santo Domingo. Me atendió alguien en la puerta. Creo que me dijo que era el superior de la orden, no lo recuerdo bien. Empezó a poner dificultades para avisar a sus compañeros y saqué mi pistola...

—Así que usted admitió ante el supuesto sacerdote que había amenazado a un religioso.

—Sí. Él lo sabía. Yo le dije que no y él me preguntó directamente si no recordaba haber amenazado a un religioso en el convento de Santo Domingo y haber jurado por Dios que le daba un tiro si no hablaba con los demás para que salieran. Yo lo admití y él me dijo que, si mostraba arrepentimiento sincero, mi castigo sería leve, pero que, si comentaba algo de lo ocurrido, entonces sería declarado relapso y se me ajusticiaría con la máxima severidad.

—Entiendo su miedo. No tiene que preocuparse de nada. Está usted en buenas manos. Le voy a hacer una pregunta muy importante. Piénselo bien antes de contestar. ¿La voz del sacerdote que lo torturó le recordaba a alguien?

—Creo... Creo que no.

—Se lo voy a decir más claro. ¿Era la misma voz que la del dominico al que amenazó? Piénselo.

—Verá, cuando estuve en Santo Domingo había un griterío de mil demonios, sirva la expresión. El dominico daba fuertes voces y hablaba con mucha alteración. Sin embargo, el sacerdote que me interrogó y torturó hablaba con mucha calma y en voz baja. Quiero decir que eso no me ayuda a saber si se trata de la misma persona.

—Si tuviera que decir sí o no, ¿qué diría en este momento?

—Diría que no era la misma persona.

—Y si usted oyese su voz reposadamente, supuestamente que detengamos a alguien como sospechoso, ¿sería usted capaz de asegurar si es la misma voz que oyó en aquellos momentos?

—Podría ser... Ahora mismo lo que le puedo decir es que el dominico que me recibió en el convento y el que me interrogó no me parecen la misma persona. Pero podría ser que esté equivocado.

—De momento, no tenemos nada más que preguntarle. Como verá, no ha sido tan difícil. Mientras siga usted en el hospital, le pondremos un policía para su seguridad. Y en cuanto se le dé el alta, haremos lo propio en su domicilio.

—El señor Bohórquez tiene por delante una buena temporada antes de que le cicatricen las heridas de los latigazos; mas en su casa estará más cómodo —dijo el médico—. El unguento que le proporcionamos aquí se lo pueden administrar en su casa sin ningún problema. En resumen, que considero que lo mejor es que se vaya a su domicilio.

—Miren, yo preferiría marcharme a Medina Sidonia con mi mujer. Al menos durante una temporada. Tengo allí varios hermanos y me sentiré más seguro. Que conste que no lo digo porque desconfíe de ustedes como policías. Es que me encuentro muy incómodo aquí, en Cádiz, después de lo sucedido. La verdad es que no estoy nada tranquilo y temo cualquier cosa.

—Se entiende. No hay inconveniente, siempre que usted venga a Cádiz cuando le avisemos para declarar. Es más, me parece una buena idea: su torturador puede pensar que usted ha huido de la ciudad y eso le tranquilizará respecto a su posible reconocimiento.

—Pues mañana mismo estoy en Medina. Les ruego que avisen a mi mujer para que venga aquí y traiga equipaje. Vivo en la plazuela de la Cruz

Verde número veintisiete. No quiero pasarme por mi casa.

\* \* \*

Melitón Rechi y su agente se fueron a la sede de la policía tras dejar a un celador en el hospital para que acompañase a Bohórquez y su familia y se asegurase de que tomaba la diligencia para Medina Sidonia.

Enseguida, subieron a la planta alta con el fin de informar al gobernador de todo lo sucedido.

—A la orden, mi general —saludó el comandante Ortega. El jefe de policía quiere verle. Viene con su agente.

—Que pasen Manolo, que pasen. —Melitón y Cándido entraron—. ¡Hombre! ¡Si tenemos aquí al bueno de Cándido! ¿Qué? ¿Cómo van esos estudios, joven?

—Bien..., mi general. Me quedan unas asignaturas para terminar la carrera. Para el verano que viene espero ser médico.

—¿Bien, dice? No sea usted modesto, hombre. Conozco al decano de la facultad. Me ha asegurado que es usted un excelente estudiante y que hace años que no pasa por la facultad uno tan bueno. —Cándido se ruborizó ostensiblemente—. Supongo que cuando sea usted todo un señor doctor nos abandonará...

—Eso sí que no, señor gobernador. Yo no abandono a don Melitón. Creo que el ejercicio de la medicina y mi puesto de agente son totalmente compatibles.

—¡Bien dicho, joven! Bueno, don Melitón, usted dirá...

El jefe de policía puso al gobernador al corriente de todo lo sucedido.

—¡Vaya! Este es un tema muy delicado. Los liberales más radicales podrían ponerse a las malas con el clero de la ciudad. No nos conviene que esto trascienda, don Melitón. Cuanto menos se sepa del asunto en la ciudad mejor para todos. Sobre todo para la paz ciudadana. Un miliciano atacado por un cura... Mal asunto.

—Mi amigo el beneficiado Lebrón piensa que es lo contrario. Una maniobra de los liberales para hacer creer que un cura está haciendo de las suyas. Con eso justificarían medidas como la incautación de los diezmos.

—Es un poco extraño que los milicianos cosan a latigazos a uno de los suyos para culpar a un cura, ¿no le parece? No me cuadra, don Melitón. En cualquier caso, la cosa es igual de delicada. Así que mucha discreción.

—La tendremos, mi general.

—No sé si se da usted cuenta de la situación. Imagínese que empieza a circular por Cádiz la noticia de que un cura está torturando liberales. No quiero ni pensar en lo que podría ocurrir. Esto puede llegar a ser muy grave. Y no le digo cómo quedaríamos nosotros en todo este lío... si se llegara a saber lo que está pasando.

—Mi general, le reitero que seremos muy discretos.

—Pues ténganme informado de lo que vaya sucediendo y de las averiguaciones que vayan haciendo.

—Sí, mi general. Con su permiso, nos vamos.

—Caro, claro, vayan. Y jueguen bien sus cartas.

Hore se quedó pensando en lo poco que le había servido su costumbre de guardarse un as en la manga para que lo hubiesen designado a él, y no a Espinosa, como jefe del ejército sublevado. A estas horas sería capitán general de Andalucía y no estaría en Cádiz escuchando tonterías sobre curas que se dedican a atacar milicianos. «Lo que faltaba es que ahora me destituyan por culpa de un cura enloquecido», pensó malhumorado.

## SOSPECHOSO

El beneficiado Lebrón saboreaba su café pausadamente. Estaba junto a su amigo Melitón Rechi y al agente Cándido Molina, que esperaban su respuesta con expresión atenta. La plaza de San Antonio estaba llena de paseantes que se sentaban a disfrutar de la tregua que habían dado el viento de levante y el calor húmedo y sofocante a la ciudad. Parejas de enamorados, criadas con su coche y su niño pequeño y familias completas con sus pequeños alrededor paseaban parsimoniosamente, unos hacia el paseo de la Jara y otros en dirección al parque del Perejil. Los niños jugaban en la plaza a la pelota o al diábolo, según correspondiera a su sexo. La campana de la iglesia de San Antonio acababa de tocar las doce.

—¡Qué día más hermoso!

—Sí, José. Muy hermoso...

—La claridad del cielo de Cádiz no se encuentra en ningún otro sitio, os lo puedo asegurar.

—Qué sí... Que hace un día estupendo. Pero ¿nos vas a decir de una vez que piensas del asunto?

—¡Qué impaciente eres, Melitón! Vamos a ver... Ya lo hemos repasado todo: indicios demasiado claros de una ejecución de sentencia de un tribunal de fe, con el sambenito, la corozca, la vela verde y las palabras del papel; una silla con unas letras que apuntan directamente a los dominicos. Todo pueden ser pistas falsas. Sin embargo, ahora, tras lo que me habéis contado del interrogatorio a la víctima, todo parece haber cambiado.

—Coincido contigo. El hecho de que Bohórquez amenazase con un

revólver al superior de los dominicos y que el torturador lo supiera...

—Ya... No obstante, sigo pensando que es más que improbable que un sacerdote de Cádiz, y más concretamente el superior de la orden de los dominicos, se haya puesto a hacer barbaridades.

—Improbable, ¿por qué?

—Muy sencillo. Te puedo asegurar que en Cádiz no faltan sacerdotes partidarios de la tradición. Sin embargo, eso no significa que haya alguno de ellos que esté dispuesto a cometer la barbaridad de montar un tribunal por su cuenta y ponerse a perseguir herejes. O supuestos herejes.

—Pues creo que el superior de los dominicos...

—Me cuesta mucho creer que el padre Arsenio Agullana esté implicado. Aunque os tengo que decir que sus antecedentes no ayudan en su favor.

—¡Venga, Pepe! No te hagas de rogar...

—He estado hablando con algunos compañeros. Yo sabía algo, pero ellos me lo han confirmado. El padre Agullana formó parte del tribunal de la Inquisición de Sevilla durante muchos años. En concreto, desde 1798 hasta cuando llegaron los franceses. De todos modos, aquello ya no tenía ningún punto de comparación con lo que fue el Santo Oficio en lo que podríamos llamar su época dorada. Quiero decir que ya no eran tiempos de torturas ni latigazos. Más bien de censurar libros poco apropiados y cosas por el estilo.

—Es un antecedente que hace verosímil la línea de considerarlo sospechoso —comentó Cándido.

—En teoría sí. Se dice que el obispo fray Domingo de Silos le advirtió a su llegada a Cádiz, en 1824, acerca de que se abstuviera de intentar crear un tribunal de fe. Se trata de una institución que surgió justo ese año entre el clero de algunos obispados ante la negativa del rey don Fernando restaurar el Santo Oficio.

—Sé de qué hablas. En Valencia, poco antes de que yo viniese destinado a Cádiz, había una junta de esas. Tengo entendido que llegaron a ajusticiar en el año veintiséis a una persona.

—Sí un tal Cayetano Ripoll. Hacía casi cuarenta años que la

Inquisición, quiero decir la legal, no ajusticiaba a nadie. También se crearon por aquellos años tribunales de fe en Tarragona, en Orihuela y, según se comenta, en otras ciudades. Parece ser que en aquella época el hasta hace poco superior de Santo Domingo, intentó convencer al arzobispo de Sevilla para organizar un tribunal de este tipo. El arzobispo se negó en redondo y lo mandó a Cádiz con el fin de tenerlo bajo el control de fray Domingo de Silos, nuestro obispo. Pero todo esto no pasa de ser un rumor. Y todos sabemos que cuando un rumor se extiende, todos lo creen aunque sea completamente falso.

—No entiendo por qué te niegas a considerar al padre Agullana como sospechoso, Pepe. Creo que hay indicios muy claros... Y lo que dices ahora aumenta la impresión de que estamos en el camino correcto.

—No sé... A mí todo esto me huele a una trampa contra el clero. No lo digo por ser miembro del mismo; es otra cosa. Todo demasiado claro... Por otra parte, ya te digo que el padre Agullana tiene fama de ser un sacerdote, como te lo diría, de los de antes. No obstante, en Cádiz hay muchos más sacerdotes y religiosos igual de conservadores y refractarios a cualquier cambio en los privilegios de la Iglesia. No te imaginas cuántos.

—¿Conoces al superior de los dominicos?

—Algo. No mucho. Es un tipo un tanto extraño. Nuestro obispo lo ha designado capellán de la iglesia de Santo Domingo. Me temo que eso es un motivo más para convertirlo en sospechoso. No sé si sabéis que en los sótanos del convento siguen guardados los instrumentos de tortura de la Santa Inquisición. Lo que digo: todo demasiado claro. Además, como me habéis contado, el mismo afectado ha afirmado que la voz de la persona que presidía el supuesto tribunal no era la del padre Agullana. Supongo que eso lo puede descartar.

—Sí. Aunque en su estado de nervios su declaración no me parece completamente fiable.

—Pues es todo lo que tenéis: una declaración poco fiable y unos indicios que no son determinantes.

—Yo creo que los indicios son bastante claros, pero tengo que reconocer que no tenemos pruebas contundentes. Me refiero a un testigo. Salvo que el señor Bohórquez comparezca cuando corresponda e identifique

sin lugar a dudas la voz del padre Agullana como la misma de su torturador. Es algo que tendremos que hacer. Me gustaría que estuvieses presente, Pepe, cuando llegue ese caso.

—A mí también me gustaría. Pero hay una cosa que quisiera comentarte, Melitón.

—¿A qué te refieres?

—A la cuestión del interrogatorio al padre Agullana.

—Podríamos vigilarle y cogerle in fraganti si trata de volver a las andadas. Pero, si le interrogamos ante Bohórquez, tenemos muchas posibilidades este lo identifique y esto lo haga confesar. Y si no lo hace, ya estará prevenido y la cosa no pasará a mayores.

—No me refiero a eso. En mi opinión, no es prudente hacerlo ir a vuestras dependencias policiales. Sería un escándalo que un sacerdote fuera llamado a declarar a la policía y el obispo quedaría en mal lugar. Si lo miras bien, es un asunto que compete al obispado. El fuero eclesiástico es muy claro en ese aspecto: un juez civil no puede abrir y desarrollar una causa judicial contra un eclesiástico. Si te lo digo coloquialmente, se trata de no considerar admisible que las ovejas juzguen al pastor.

—¿De verdad piensas eso?

—No es mi opinión, sino lo que actualmente está admitido, tanto por la Iglesia como por el Estado. Por otra parte, lo más probable es que llegue a tener una pena eclesiástica tan dura o más que la que pudiera corresponderle por la vía civil. Suponiendo que sea culpable.

—No estoy completamente de acuerdo contigo. El torturado fue dejado en la calle y eso convierte esto en una cuestión de orden público, que afecta a las autoridades civiles. No quiero decir que no vaya a ser juzgado por un tribunal de la Iglesia, sino que nosotros, como policías, tenemos el derecho y el deber de interrogarlo. Admito que, con todo, no habría inconveniente en que el interrogatorio fuese en dependencias del obispado. Eso sí, nosotros debemos participar. En cualquier caso, todo esto tiene que ser autorizado por el gobernador.

—Entonces, estamos de acuerdo, Melitón. Hay otra cosa. Si es posible, no me gustaría que figurase mi nombre como, digamos, colaborador vuestro.



No me dejaría en buen lugar entre mis compañeros de la catedral.

—Por eso no tienes que preocuparte. Lo que nosotros hayamos hablado tomando un café no es más que una charla de amigos. Ya habrá lugar para que, si la cosa no termina por aclararse, hables con el señor Bohórquez, si te parece bien. Tal vez nos ayude a resolverlo todo. Ya veremos...

—Por supuesto...

\* \* \*

Una semana después, el jefe de policía y su agente se encontraban en una pequeña sala del obispado. Al otro lado de la mesa estaba sentado el padre Agullana. En un lateral estaba el canónigo doctoral, como experto en leyes del obispado, y al otro lado un sacerdote con papel y pluma. Cándido tenía a mano un cuaderno y un lápiz.

—Padre Arsenio, en primer lugar quisiera decirle que, de momento, no se le acusa de nada. Hace unas semanas apareció junto a la catedral un hombre atado a una silla y amordazado, con un sambenito y una coraza. Al lado había un papel con las siglas que acompañan al escudo de la Inquisición, hoy extinta. Este señor desapareció de Cádiz —mintió el policía—. Pero lo hemos encontrado y nos ha confesado todo. —Rechi observaba al dominico. Ni un solo gesto. «Este sería un buen jugador de cartas si quisiera», pensó.

—Si les ha confesado todo, no entiendo para qué necesitan mi presencia aquí. ¿Les ha dicho tal vez que yo he sido el autor de esos hechos?

—No exactamente. Pero declaró que la persona que ordenó torturarlo le preguntó por cierto hecho en el que usted estuvo presente.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata?

—El torturado es capitán de la milicia urbana. Nos confesó que había jurado pegarle un tiro a un fraile de Santo Domingo cuando sacaron a todos del convento. Según dice, el fraile era el superior de la orden. Y resulta que el torturador sabía todo eso. ¿Le suena de algo lo que le digo? —El sacerdote y Cándido tomaban notas.

—Sí. Claro que me suena —afirmó Agullana desafiante—. Yo fui ese fraile al que amenazaron con un revólver.

—Pues, en ese caso, usted nos dirá...

—Usted pretende que eso demuestra que yo fui el torturador de ese señor y que he tenido la ocurrencia de organizar algo así como un tribunal eclesiástico para castigarle como venganza por haberme amenazado.

—Lo cierto es que no lo pretendo. Estoy convencido de ello.

—Pues me temo que se va a dar un buen tropezón. No he participado en nada de eso que usted me cuenta; por tanto, no puede tener ninguna prueba.

—Pues yo creo que sí...

—Supongo que lo que me hace sospechoso es haber formado en varias ocasiones y durante mucho tiempo parte de los tribunales de la Santa Inquisición. También debe pesar en contra mía el hecho de que, hace años, para ser más preciso en mil ochocientos veinticuatro, traté de organizar un tribunal de fe en Sevilla y ese fue precisamente el motivo por el que fui enviado a Cádiz. Como puede comprobar, soy claro. No tengo nada que esconder.

—Lo más importante es que usted recibió las amenazas del señor Bohórquez cuando este le ordenó abandonar el convento de Santo Domingo y que el torturador que andamos buscando, que no puede ser otro que usted, mencionó esas circunstancias al señor Bohórquez cuando lo secuestró para castigarle al margen de toda ley.

—Pues precisamente eso que usted usa como prueba no sirve para nada —afirmó Agullana con una sonrisa fiera y desagradable—. Son tantos los que saben lo que me sucedió cuando la milicia urbana nos expulsó del convento, que la lista de sospechosos se le va a hacer bastante extensa. En primer lugar, lo expuse a todos mis hermanos del convento cuando fui a buscarlos para informarles de que nos teníamos que ir. Les dije que había sido amenazado con un revólver por el jefe de los milicianos. También se lo he contado a muchos amigos míos, religiosos y seculares. En resumidas cuentas, señor policía, no tiene usted nada que demuestre lo que ha estado afirmando.

—En ese caso —comenzó a hablar el canónigo doctoral—, y de ser

ciertas las palabras de fray Arsenio, cosa que yo, personalmente no dudo, pienso que la cosa es sencilla: basta que llamemos en el acto a varias personas del convento y a los amigos que él afirma conocen lo sucedido para que todo quede aclarado.

—No será necesario, en principio —respondió Rechi, tratando de no mostrar su decepción.

—Pues entonces...

—El señor Bohórquez, la víctima, huyó de la ciudad a causa del terrible temor a que su secuestrador volviese a hacer algo en su contra, pero le hemos hecho venir para que acuda a este tribunal en caso necesario. Como veo que es así, ahora mismo se acerca un celador a su domicilio para que comparezca. Si reconoce su voz, padre Arsenio, como la misma de la persona que lo atormentó y ordenó azotar, el señor canónigo tendrá que aceptar que tenemos una prueba irrefutable.

—No hay duda —dijo el canónigo doctoral—. Me parece muy bien.

—A mí también me parece bien. Que venga y veremos si es capaz de afirmar esa falsedad de que mi voz es la misma que la de su torturador —dijo Agullana con una sonrisa torcida—. No se puede tener pruebas de lo que no es cierto.

—Padre Agullana, le advierto que si trata de intimidar al testigo, lo tendré como prueba de su culpabilidad —advirtió el canónigo doctoral.

—Cándido, dile al celador que está fuera que se acerque a recoger al señor Bohórquez a su domicilio. Señores, en menos de media hora estará todo aclarado.

\* \* \*

Veinte minutos después, un presbítero llamaba a la puerta de la sala donde estaban reunidos los policías con el padre Agullana y el canónigo Leto Gómez. Venía muy alterado.

—Con permiso...

—Pase, padre Guillén. ¿Qué sucede?

—Señor canónigo, el celador de la policía está esperando fuera. Viene solo...

—¿Cómo?! —exclamó el jefe de policía. Que pase.

El celador traía la cara blanca.

—Don Melitón, tengo muy malas noticias... El señor Bohórquez está muerto en su domicilio. Ahorcado.

—¡¡¡Qué!!! ¿Cómo es posible? Hay que ir para allá inmediatamente.

—Don Melitón, yo no entiendo mucho de estas cosas. Ya verá usted qué ha sucedido —dijo el celador—. Pero parece más de lo mismo: lleva una túnica con demonios y llamas y un capirote amarrado a la cabeza.

—¿Y Pérez? ¿Qué diablos estaba haciendo Pérez? —Rechi echó una ojeada rápida al canónigo valorando si había puesto mala cara por haber metido al demonio en todo aquel embrollo— ¿No estaba vigilando la entrada de la casa como le ordené?

—Dormido, don Melitón. Dice que alguien le hizo algo.

—¡Yo sí que le voy a hacer algo! ¡Estoy harto de inútiles! Para cuatro cosas que os ordeno no me las hacéis como es debido. ¡¡Coño!!

—Don Melitón, yo...

—Dejémoslo por ahora. Cándido, vamos para allá.

—Señores, si me permiten, creo conveniente acompañarles —intervino el canónigo.

—Me parece bien, padre Leto. Y usted, padre Arsenio, quédese por aquí, que no hemos terminado.

## RELAPSO

Los aldaños de la casa estaban llenos de gente curiosa. El celador Pérez, con muy mala cara, estaba en la puerta.

—A sus órdenes don Melitón. Yo quería decir a usted que...

—¡Ya hablaremos luego! Ahora usted y Grimaldi me despejan esto. No quiero ni un curioso. A ver si por una vez hacen algo en condiciones.

—¡A sus órdenes!

La esposa de Juan Bohórquez estaba sentada en una silla. A su lado se encontraba una anciana tratando, inútilmente, de consolarla. Era su madre. Su padre se había llevado a los niños. Rechi se aproximó a ella con Cándido y el canónigo a su lado.

—Señora, lamento lo sucedido —La mujer siguió en la misma posición, con los ojos perdidos. Parecía que ni siquiera se había percatado de la presencia de los tres hombres—. Lo único que puedo hacer en estos momentos es asegurarle que haremos todo lo que esté en nuestra mano para que, si su esposo ha sido asesinado, el que lo haya hecho lo pague bien caro. —Ella miró, por un momento, fijamente al jefe de policía y luego siguió observando el vacío.

—Señora —dijo el canónigo—, si me permite, mientras estos señores cumplen con su cometido, le acompañaré.

Rechi y Cándido entraron en la habitación. Colgado de una viga, a la

altura de la cama, se encontraba el cuerpo de Bohórquez. El extremo de la soga que rodeaba su cuello estaba amarrado al pomo del cierre de la única ventana del dormitorio. La altura a la que se encontraba el cadáver hacía imposible el suicidio: le habían puesto la soga al cuello, lo habían ahorcado y luego habían atado el cabo a la ventana. Otra cosa era imposible.

—Jefe, ¿qué le parece?

—No hay duda, Cándido... Asesinado.

—¿Lo descolgamos?

—Sí. Vamos a ello.

Con no poco esfuerzo, lograron dejar el cadáver sobre la cama. Abrieron la ventana para que entrara algo más de luz y Cándido comenzó a revisar todos los detalles.

—Jefe, esto no puede haber sido obra de un anciano como el padre Agullana. Aun suponiendo que la hora del crimen le hubiera permitido acudir a nuestra cita, me parece imposible que tenga fuerzas para izar a esta persona tirando de la cuerda. Lo que sí puedo asegurar es que lo han izado estando bajo los efectos del mismo narcótico que la vez anterior. Eso le ha facilitado el trabajo al asesino.

—O los asesinos...

—Eso...

—Lo primero que tendremos que hacer es intentar determinar la hora aproximada a la que fue colgado.

—Tal vez Pérez pueda ayudarnos en eso.

—¿Ese inútil? No creo...

—Jefe, no sea usted tan duro con los celadores. Siempre está usted pagando su mal humor con ellos. Bueno..., con ellos y con todo el que se le cruza en el camino.

—¿Yo?

—Dejémoslo, jefe. Solo le digo que Pérez es un buen elemento. No le digo que sea una lumbrera, pero es cumplidor. Me extraña que se durmiera.

También la señora puede ayudarnos en el tema de la hora.

—Vale, Cándido. Llama a Pérez.

El celador entró en la habitación con la misma cara adormilada que le vieron al llegar.

—¡Vamos a ver, Pérez! ¿Me puede decir en qué coño estaba usted pensando para quedarse dormido mientras asesinaban a este hombre?

—Jefe... ¿Me permite? —Rechi asintió de mala gana—. A ver, Pérez, cuéntenos qué recuerda de todo esto.

—Verá, don Cándido —el pobre Pérez no se atrevía ni a mirar al jefe de policía—: yo estaba sentado en el banco que está en la acera de enfrente a la puerta de la casa. Le juro que no quité ojo a la puerta ni un segundo. De repente, alguien me puso algo en la boca. No sé..., un trapo mojado... Lo siguiente que recuerdo es a Grimaldi gritándome y sacudiéndome de lo lindo.

—A ver, Pérez. ¿Puede acercarse un momento?

—¿Cómo dice?

—¿Está sordo también? ¡¡Que se acerque al agente don Cándido, coño!!

—Jefe, un momento... —Pérez se acercó un tanto asustado al agente—  
Abra la boca.

—¿Cómo dice?

—Que abra usted la boca, hombre. Solo se trata de una comprobación.

—Les juro que no he bebido...

—Que no es eso, hombre. Abra usted la boca de una vez. —Pérez, por fin, abrió una boca tan escasa de dientes como sobrada de mal aliento—. ¡Lo que me imaginaba, jefe! El mismo narcótico que han empleado con el señor Bohórquez, tanto la otra vez como ahora. Esto nos lleva a dos conclusiones. La primera que Pérez no se quedó dormido, sino que lo durmieron; la segunda, que estamos ante el mismo autor, o los mismos autores, de la vez anterior.

—¿Estás seguro de que es el mismo olor?

—Completamente. Cloroformo.

—Pérez, ¿tiene usted idea sobre a qué hora podría haber ocurrido lo del...? En fin..., que si puede decirnos a qué hora aproximadamente le pusieron el trapo en la boca.

—Serían sobre las nueve y cuarto aproximadamente, don Melitón. La señora salió justo después de dar las nueve en la iglesia de Santa Catalina. Y habría pasado un cuarto de hora.

—Bien. Puede salir. Vamos a ver, Cándido: la reunión con el padre Agullana ha sido a las doce. Ha tenido tiempo de sobra para entrar con alguien más y asesinar a este hombre. No es difícil pensar que el dominico se haya enterado de la llegada de este pobre hombre ayer por la tarde y haya decidido eliminarlo.

—No es difícil pensarlo, jefe. Sin embargo, veo muy complicado demostrarlo. Me temo que, sin testigo, no tenemos ni una sola prueba contra el dominico.

—Lo que no entiendo del todo es la razón para ahorcarlo ahora. Si ya cumplió la supuesta condena... Asesinarlo para impedir que declare por unas torturas me parece excesivo.

—Jefe, imagínese que Agullana es un tipo listo; imagínese que haya llegado a la conclusión de que el señor Bohórquez nos contó lo ocurrido y, siguiendo su delirio, haya decidido eliminarlo por reincidente o por haber incumplido su orden de no contar nada. Tampoco es imposible que se enterase de que Bohórquez se prestaba a reconocerlo por la voz...

—Cándido, esto se nos escapa. Podemos imaginar lo que queramos, pero no tenemos ni una sola prueba.

—Y lo peor de todo es que no nos cabe la menor duda de que este hombre es el responsable de todo. ¿No le parece, jefe?

—Así es...

—Jefe, si no quiere usted otra cosa antes, deberíamos hablar con la señora. Es un mal momento, pero tenemos que hacerlo.

—Me parece bien. Cándido, quédate echando una última ojeada a todos los detalles mientras yo hablo con la señora. O lo intento.



Rechi salió de la habitación y se acercó a la mujer del fallecido, que estaba llorando mansamente, con la cabeza apoyada en el pecho del canónigo.

—Señora, perdone mi falta de tacto, pero me veo obligado a hacerle algunas preguntas. Le prometo que seré breve. —Ella se irguió y miró al policia sin soltar las manos al canónigo—. En primer lugar, ¿salió usted de su casa sobre las nueve de esta mañana? —la mujer asintió con la cabeza— ¿Y a qué hora regresó?

—Algo más tarde de las doce. Fui a hacer unas compras. Mi marido...

—Esté tranquila. Solamente quiero hacerle una pregunta más. Si la necesitamos más adelante, ya se lo haré saber. Ahora solo necesito que me responda si está usted segura de que su marido estaba... vivo cuando usted salió. Sé que es duro lo que le pregunto, pero podría ser que alguien lo hubiera asesinado mientras ustedes dormían y lo colgara cuando usted salió de casa.

—Estaba dormido. Roncando. Le había costado mucho dormirse. Por eso lo dejé en la cama y me fui a comprar. Luego estuve en casa de mis padres para decirles que mi marido había llegado ayer y ellos quisieron venir a verlo. Cuando entré en la habitación...—La pobre mujer rompió a llorar una vez más.

—No la molesto más. La acompaño en el sentimiento.

En ese momento salía Cándido del dormitorio. Llevaba varios objetos y una hoja de papel en la mano.

—Jefe, todo visto.

—Bien señora, nosotros nos vamos. Le ruego por favor que no comente con nadie las ropas con las que nos hemos encontrado a su marido. Es importante. Cualquier cosa que necesite, nos avisa.

—Yo me quedo un rato con la señora —dijo el canónigo.

—De acuerdo, padre. Diga usted al padre Arsenio que no se ausente de la ciudad bajo ningún concepto. Y respecto a las circunstancias de la muerte, no diga nada a nadie. No queremos echar a la gente encima de la Iglesia

—Así lo haré. Que Dios vaya con ustedes.

—Jefe, antes de que nos vayamos, quisiera preguntar a la señora una sola cosa. Aunque tal vez usted ya lo haya hecho.

—Di a qué te refieres y lo veremos.

—Solo quería que me informase si su difunto marido recibió alguna visita ayer por la tarde después de llegar. Perdóneme señora. Comprendo que todo esto es muy duro para usted...

—No recibió alguna visita; recibió muchas visitas —respondió con cierto orgullo—. Mi marido es..., era muy querido. Tenía muchos amigos. Alguien lo vio cuando llegaba y avisó a otros...

—¿Podría usted decirnos quiénes fueron sus visitantes? No me refiero a ahora, sino otro día cuando se encuentre mejor...

—Algunos sí... Mire usted, fueron muchísimos los que le visitaron y no los conozco a todos. Además, salí de casa un buen rato para dejarlos tranquilos hablando de sus cosas.

Nada más salir, Rechi habló con los dos celadores.

—Entren en la casa y digan a la señora que les facilite ropa para el difunto. Le quitan lo que lleva puesto y se lo traen para la jefatura. No quiero que nadie vea al fallecido tal como está. ¿Está claro o se lo tengo que escribir?

—Todo claro, don Melitón.

—Pues a ver si me hacen algo bien. Y no se les ocurra comentar a nadie las ropas que llevaba puestas el finado. Si alguien les pregunta qué ha pasado, les dicen que ha sido un suicidio, ¿entendido?

Ya era hora de comer, si bien los dos policías estaban inmersos en todo lo ocurrido y no se percataron de ello.

—Hemos metido la pata, Cándido. A decir verdad, he sido yo el que lo he hecho: ordené a Pérez y a Grimaldi que se pusieran a vigilar la casa por mera rutina, mas, realmente, nunca creí que alguien iba a poner en peligro la seguridad del señor Bohórquez. Y menos aún que fueran a ahorcarlo en su propia casa.

—La pata la hemos metido los dos, jefe. Se nos ha escapado algo

fundamental: la llegada del testigo se tenía que haber mantenido completamente en secreto. No deberíamos haberlo dejado dormir en su casa. Una vez lo visitaron varias personas, no hay nada que pudiera impedir que el dominico se enterase de que estaba aquí. Es probable que Bohórquez comentase a alguno de sus visitantes que había venido a Cádiz para declarar ante la policía. Ahora ya no tiene remedio.

—Será cuestión de averiguar si Agullana tiene una coartada. Me refiero a que haya estado acompañado por alguien durante el tiempo que va de las nueve a las doce de la mañana.

—Nos servirá de poco, jefe. También puede ser que no haya intervenido directamente, sino que haya enviado a alguien del Tribunal Negro, como se hacen llamar los malhechores que están detrás de todo esto.

—¿El Tribunal Negro?

—Así se llaman a sí mismos. He encontrado otra vela de color verde y otro papel que nos dice algo inquietante, jefe.

—¿Qué?

—Lea.

—¿A ver? —Rechi leyó:

*Exurge domine et judica causam tuam.*

*Este hereje blasfemo no ha mostrado el arrepentimiento debido por sus pecados. Por ese motivo ha sido declarado relapso y condenado a la horca.*

*Su condena legítima debía haber sido la hoguera. No obstante, razones de tiempo han obligado a este santo tribunal a abreviar el procedimiento.*

*Nadie escapa a su justicia: el Tribunal Negro seguirá actuando, ad maiorem Dei gloriam, contra todos los que se vuelvan contra la causa sagrada de Dios Nuestro Señor.*

—¡El Tribunal Negro! No sé..., me suena todo muy teatral. ¿Qué necesidad tiene Agullana de darse publicidad y darnos ese nombre? Es como si quisiera retornos; como si nos estuviera diciendo: «He organizado un tribunal eclesiástico, he ajusticiado a una persona y no sois capaces de detenerme».

—Suponiendo que haya sido Agullana, jefe. Ya no sé qué pensar.

—De momento vamos a ver al gobernador y darle parte de lo sucedido. ¡Bueno se va a poner!

—Al menos, el crimen se ha cometido dentro de la casa y será difícil que se conozcan los detalles entre el público.

—Ya veremos...

## LA FAMILIA DE RECHI

—¿Y usted, tiene novia?

—Cándido dejó de comer, quedándose con la cuchara a mitad de camino.

—¡Cristina! ¿Qué preguntas son esas a un invitado? ¡Esta niña...!

La que regañaba a Cristina era Eulalia, la esposa de Melitón Rechi. Cristina era una jovencita de doce años. Su hermana mayor, Eulalita, se había puesto roja.

—No se preocupe, señora. No pasa nada.

Cristina miraba a Eulalita con una sonrisa triunfal, al comprobar su sonrojo.

—No mamá, lo preguntaba porque antes me dijo Lita que el ayudante de papá sí que tenía novia.

—¡Ya está bien, Cristina! —trató de cortar la cuestión Rechi— Estás incomodando a nuestro huésped. A ver si te voy a tener que castigar...

El beneficiado Lebrón y el hermano Roque eran testigos de todo. El primero se mostraba divertido con la situación; Roque estaba más pendiente de no perder bocado que de cualquier otro detalle.

—Ilustrísimo señor jefe de policía —dijo Lebrón, usando un respeto fingido que solía terminar con el enfado simulado de Rechi y un intercambio de tratamientos grandilocuentes e irónicos—, perdone usted a su pequeña. Seguro que no ha tenido la menor intención de molestar a nuestro Cándido.

—No empecemos, Pepe...

—No me ha molestado en absoluto —intervino Cándido—. La respuesta es que tenía novia y que ahora no la tengo. Supongo que tantas horas dedicadas a la carrera de Medicina y a trabajar como policía no dan para más. Pero, cambiando de conversación, doña Eulalia, el cocido está buenísimo.

—Se lo agradezco, Cándido. Espero no defraudarle con el resto de la comida.

—Pues yo —continuó Lebrón— confirmo la impresión de Cándido y, además, estoy dispuesto a poner la mano en el fuego, para defender que el resto de la comida será igual o mejor. La cintura del ilustrísimo señor jefe de policía y su aspecto más que saludable avalan mi impresión.

—Mira, señor reverendo sacerdote beneficiado de la catedral: menos guasa. A ver si tú y yo vamos a tener más que palabras.

Todos rieron con ganas, menos Lita y Cándido, que se miraban de reojo, y Roque, demasiado distraído con el magnífico festín como para perder el tiempo en risas.

—Solo estoy siendo fiel a la verdad, Melitón. No me negarás que tu aspecto sano y tu barriguita prestan el más rendido homenaje a la excelencia culinaria de los platos de tu querida esposa.

—De acuerdo. No puedo contigo. Lo admito todo.

—Yo no puedo hacer otra cosa que defender la postura del padre José —intervino por fin Roque, que había terminado su plato y ansiaba una recompensa traducida en repetición del mismo—. Todo está buenísimo, señora. Tengo que decirles que, como podrán suponer, en el convento no éramos muy dados a grandes comidas.

—Usted coma a su gusto, Roque, que para eso lo hemos invitado. Ahora mismo le lleno ese plato. Por cierto, ¿cómo le va la vida después de haber salido del convento?

—Muy bien, señora. Como siempre, gracias al padre José. —Parecía como si Roque hubiera dicho aquello con cierta dosis de ironía—. No solo me encontró un trabajo en la catedral nueva, sino que hace un tiempo me lo

ha mejorado y, encima, me ha dado la libertad de no tener que comer ni dormir en su casa.

—Roque, tienes que ser un hombre independiente y valerte por ti mismo en todo. Pero ya sabes que siempre estoy pendiente de ti.

—Ya, ya, padre José...

—Ya sabemos que el padre te conoce desde que eras un crío, en la casa de expósitos.

—Así es —intervino el beneficiado—. Melitón, tú lo sabes muy bien porque te lo he contado en diversas ocasiones. Cuando Roque fue encontrado por las monjas en la puerta de la casa de expósitos yo era capellán de la misma. Hacía muy poco que había terminado mis estudios en el seminario y había sido ordenado. Le busqué una señora de cría y me encargué de que no le faltasen ropa y pañales que llevar. Luego, cuando se hizo mayorcito, seguí sus pasos en el hospicio y me preocupé por su educación. Y cuando cumplió los dieciséis años me encargué de que tuviera cobijo en el convento de los descalzos. No iba a dejarlo ahora sin un lugar donde dormir y algún trabajo para ganarse el sustento. Lo tengo de guarda en la catedral nueva. Por cierto, muy a satisfacción de todos.

—Menos a la mía, que hubiera preferido el turno de día. El padre José es lo más parecido a un padre para mí, al menos hasta hace poco.

—Roque, no te molestes conmigo, hombre.

—No se preocupe, padre José. Entiendo que soy un estorbo en su casa.

—Que no es eso, hombre; que lo hago por tu bien... —Por un momento, Lebrón se mostró abatido con la actitud de Roque.

—Ya, ya...

Habían pasado dos semanas desde el hallazgo del cadáver de Bohórquez y la investigación estaba completamente estancada. Incluso el escándalo inicial, provocado por un periódico local, que extendió la noticia de que «el Tribunal Negro, una junta de fe formada por unos cuantos curas y serviles a la causa de don Carlos», había ajusticiado a un conocido y respetado liberal de la ciudad, parecía haber dado paso a cierta indiferencia y olvido. Tampoco estuvo mal que el que el gobernador tuviese la ocurrencia

de pagar a un reputado redactor de un periódico de la competencia para que este asegurase que el Tribunal Negro y la participación «del respetado clero de la ciudad» en crímenes contra liberales era una absurda patraña inventada por aquellos que no estaban «dispuestos a descansar hasta quedarse con todos los bienes de nuestra santa Iglesia».

—Señores —intervino el jefe de policía después de los postres—, propongo que nos tomemos en mi despacho una copita de moscatel mientras hablamos de nuestras cosas. Luego, si mi querida esposa y mis dos hijas me dan permiso, nos vamos a tomar algo al café Apolo.

La solicitud de anuencia a su familia, la hizo en tono jocoso, aunque tanto Cándido como Lebrón sabían a ciencia cierta que escondía una petición en toda regla.

—Mira, Melitón, a nosotras no tienes que pedirnos permiso para nada. Os tomáis los moscateles que os apetezcan y luego os vais al Apolo o a donde os plazca. Eso sí, te advierto que sin la levita que te planché ayer y la chistera no sales de aquí.

—Y te cambias de camisa, papá —añadió Eulalita.

Todos rieron mientras el jefe de policía adoptaba una fingida expresión sumisa y resignada y miraba a sus amigos como diciendo: «¿lo veis?».

Mientras la mujer recogía los platos, los cuatro hombres se marcharon al despacho, no sin que antes Cándido y Eulalita intercambiaran miradas ante la disimulada observación de padre y madre.

—Bueno, señores, aquí está la botellita de moscatel.

—¡Loado sea el Señor! —exclamó Roque. ¡De Chiclana!

—No compro otro. Todos los meses me mandan una garrafita. Eso sí, tened cuidado que se sube a la cabeza sin que se note. Ahí tenéis —Melitón llenó las copas—. Bien, quería que hablásemos sobre el asunto del Tribunal Negro. Pero antes le voy a obsequiar con unas palabritas aquí a mi agente.

—¿A mí, jefe?

—¡Sí, a ti! ¡Que no soy tonto! He visto las miradas de cordero degollado que le has estado dirigiendo a mi Lita durante toda la comida. Te voy a ser claro. No me opongo a que seáis, como te diría, buenos amigos.



Pero, como se te ocurra propasarte con mi hija, te corto lo que te cuelga y lo pongo de adorno encima de un palo. —Rechi parecía estar hablando muy en serio—. ¿Me has entendido?

—Pero, jefe, yo jamás he pretendido ni pretenderé...

—¡Pues eso!

—¿Quiere usted decir que me prohíbe que intente entablar una relación seria y respetuosa con su hija?

—¿He dicho yo eso?

—No sé..., jefe. Yo no pretendía... No tenía la menor intención de entablar..., quiero decir que...

—¡Pues claro que no pretendías! ¿Todavía no te has enterado de que hacemos lo que quieren las mujeres y no lo que nosotros pretendemos? Abreviando: te autorizo a que hables con mi hija e incluso salgas con ella siempre que vaya acompañada por su madre o su hermana. Y si no lo deseas, también me parecerá bien. Pero a mí me vienes por derecho y a mi Lita me la respetas. ¿Visto?

—Visto, jefe.

—Pues, siendo así hablaré con su madre. Lo demás va de tu cuenta. No seré yo el que me meta en estas cosas. Y vamos cambiando de tercio antes de que me ponga de los nervios.

—¡Yo bendigo esta relación! O mucho me equivoco o doy a Cándido por felizmente casado e incorporado a la familia Rechi

—Pepe, menos guasa, que estamos hablando de algo muy serio. He visto la cara de mi mujer y de mis dos hijas y doy a este tórtolo por cazado. A menos que se resista con todas sus fuerzas, cosa que me parece que no va a suceder, por lo que estoy viendo. En fin, vamos a lo que me hizo invitaros a comer, que no fue precisamente organizar un encuentro con mi hija y emparentar con mi agente.

—Soy todo oídos, Melitón —dijo Lebrón.

—Perdón don Melitón —intervino Roque—, creo que ya debo marcharme. Esta noche, como todas, gracias al padre José, tengo que cuidar

de la catedral nueva. Nada mejor que ser un hombre independiente... Ya va siendo hora de volver y dormir un poco para estar despierto luego.

—De acuerdo, hermano Roque, pero no se vaya usted sin tomarse una última copita.

—El hermano José me dice siempre que no se debe abusar de la comida y la bebida. No sé si debo...

—Roque, por una vez que tienes la oportunidad de beber algo como esto, no te voy a reprender.

—En fin, écheme usted media copa, don Melitón, y ya me marchó.

Roque se bebió de un trago el preciado líquido y se despidió.

—Buen chico, el hermano Roque.

—Sí que lo es. Me temo que está un poco molesto conmigo. Me ha costado un gran esfuerzo hacerle trabajar de noche y despegarlo de mi casa, donde lo tenía acogido. Mucho más de lo que él se puede creer. La dichosa exclaustación lo ha alterado todo.

—Ya...

—Supongo que sabéis que Mendizábal ha ratificado la actuación de los radicales mediante un decreto que declara la exclaustación obligatoria de casi todos los religiosos del país. Ha sancionado los hechos consumados.

—Sí, me he enterado, Pepe. A los pocos días de publicarse el decreto, la junta de Cádiz decidió disolverse definitivamente.

—Se han salvado, de momento, los benedictinos de Monserrat, San Juan de la Peña y San Benito de Valladolid, los jerónimos del Escorial y de Guadalupe, los bernardos de Poblet, los cartujos de El Paular y los de Sevilla

—Mira, Pepe, ya sabes que yo no soy un intransigente en asuntos de política; no obstante, me tendrás que reconocer que ya va siendo hora de acabar, de una vez por todas, con los privilegios de la nobleza y del clero.

—Melitón. No te diré que no. Ya sabes que no soy un cura apegado a todo lo tradicional. Me parece bien que haya una ley común para todos, hasta cierto punto. Pero la exclaustación es el primer paso para despojar a la Iglesia de sus legítimas posesiones. Estoy convencido de que después vendrá

la desamortización de los bienes eclesiásticos. Y, francamente, creo que esto es completamente ilegítimo.

—Pepe, no quiero entrar en discusiones contigo. Creo que hay una gran parte de verdad cuando los liberales dicen que el clero, sobre todo el regular, ha constituido siempre un obstáculo para el progreso del país. No quiero ser duro, pero la acumulación de posesiones que tiene la Iglesia en España parece que no está en la línea del espíritu del Evangelio. No es admisible que el clero detente en España más de un tercio de la riqueza de nuestra patria. Riqueza que no se puede enajenar según las leyes tradicionales.

—Tampoco es admisible que se pretenda robar a la Iglesia sin más. Que se establezcan acuerdos entre la Iglesia y el Estado. Sería lo más razonable.

—Supongo que llevas razón, Pepe. No sé por qué, pero me temo que esta cuestión va a dar muchos problemas en el futuro y va a tener una solución bastante difícil.

—Comparto tus temores, amigo.

—Dejémoslo ahí, ya que no está en nuestra mano hacer algo al respecto, Pepe. Yo quería hablarte del tema del asesinato de Bohórquez. Hay algo que parece anunciar un giro inesperado.

—¿Y eso?

—Después de las noticias que salieron en la prensa, que ya me gustaría saber cómo llegaron los redactores a enterarse de ciertos detalles, la cosa se fue enfriando. A pesar de estar convencido de que Agullana es responsable de lo ocurrido, no tenemos ni una sola prueba.

—El jefe y yo hemos seguido los pasos del padre Agullana, pero no hemos obtenido ningún resultado. Por otra parte, el seguimiento resulta agotador y no podemos continuar día y noche así.

—Yo, la verdad, no me fío demasiado de mis celadores. Tengo que admitir que no están preparados, aunque les reconozco la mejor voluntad. No obstante, les he permitido colaborar en el seguimiento, ordenándoles que a la menor duda o cosa extraña que vean nos avisen a Cándido o a mí. Todo ha sido inútil.

—Pero ayer sucedió algo que puede cambiarlo todo.

—Y que nos aleja más todavía de resolver este caso. Cándido fue el primero en llegar por la tarde, después de comer. Se encontró con un papel clavado con una navaja en la puerta de nuestras dependencias. No me explico cómo lograron ponerlo ahí sin que nadie se percatase.

—Un papel muy simple, con solo unas palabras. Pásaselo al beneficiado, Cándido.

—¿A ver?: «Nada es lo que *aparece*. Si yo *hablaría*, se iba a saber quién es el responsable de todo lo del señor Bohórquez». ¡Vaya! ¡Sí que es inquietante!

—La letra es distinta a la que encontramos junto al cadáver. De eso no cabe duda. Se nota que es una persona poco ducha en escribir y en expresarse correctamente.

—En fin. No sé qué decir. Esto parece correr una cortina de humo sobre el caso. Siempre me he resistido a creer que fuese un sacerdote el culpable. Pero, por otra parte, el papel ni exculpa al padre Agullana ni demuestra nada definitivo.

—Yo pienso que puede significar que un colaborador o cómplice podría estar, hipotéticamente, dispuesto a confesar.

—Y al decir «nada es lo que parece» nos está dejando, tal vez, un indicio de que no vamos por buen camino.

—Pero todo son conjeturas. ¿A ti qué te parece?

—Melitón, no voy a ser yo quien me ponga a vuestra altura. No soy policía ni tengo experiencia. Pero, si me pides mi opinión, te diré que todo esto me da la impresión de ser un señuelo. Digamos una pista falsa.

—Explícate.

—No me cabe en la cabeza que el mismo asesino o un cómplice diga eso de que nada es lo que parece con intención de explicar la verdad. Más bien será guiado por el interés en desviar vuestra atención. El padre Arsenio sabe que vosotros sospecháis de él. Nada más fácil que dejar un papel escondido diciendo, indirectamente, que no vais por buen camino.

—Llevas razón. Tal vez la mala escritura se haya utilizado como una treta para despistarnos. Lo más probable es que el papel haya sido dejado para enmarañarlo todo aún más, intentando hacernos descartar a Agullana. Esto no avanza. Me temo que nunca llegaremos a conocer la verdad.

—Jefe, admito que lo del papel puede ser una maniobra para hacernos creer que no estamos sobre la pista correcta. Pero, ¿y si lo que se trata con el mensaje es de dar un aviso al verdadero criminal? Fíjense lo que dice: «si yo hablara se sabría quien es el responsable de todo». ¿No está amenazando con delatar al criminal?

—Lo veo muy poco probable —valoró Lebrón, dubitativo—. Ese papel fue escrito para vosotros, o sea, para la policía. ¿Cómo va a llegar a manos del criminal el mensaje? Lo lógico es que si se tratase de alguien que sepa la verdad, lo confiese sin más.

—Yo lo veo también así —opinó Rechi—. Y si fuese alguien que está tratando de hacer llegar el mensaje al verdadero asesino, sea quien sea, para extorsionarlo, se lo diría a él, no a nosotros. De momento, todo esto es un enigma que no podemos descifrar. Yo al menos, no soy capaz.

—Lo cual deja prácticamente intacta mi impresión de que es una maniobra de distracción.

—Así es, Pepe. No nos queda más que seguir vigilando al padre Agullana. Pero esto no se puede prolongar por mucho tiempo. Tenemos que pensar en algo; reconozco que estoy en blanco.

—A mí me pasa igual jefe. Déjeme pensar. Se me está ocurriendo algo... No creo que sirva de mucho, pero es una posibilidad.

—Cualquier cosa que se te ocurra será bien recibida, Cándido

—Vamos a ver: la escena del crimen está ya más que revisada. Pero nos falta algo: inspeccionar la escena del primer delito.

—Eso eso ya lo hicimos en su momento, Cándido. Junto a los muros de la catedral.

—Jefe, permítame que le diga que esa no es la escena principal. Si, como pensamos, el padre Agullana cometió la primera acción contra el señor Bohórquez, esta debió comenzar en los sótanos del convento de los

dominicos. Allí están los antiguos instrumentos de tortura de la Inquisición. Y el padre Agullana tiene acceso al convento, puesto que es el capellán de la iglesia y el convento no ha sido cerrado, a pesar de la expulsión de todos los monjes.

—Cándido, eres un lince.

—Tendríamos que hacerlo sin previo aviso. Ya sabe, podríamos decirlo en el obispado para que no hubiera malentendidos. O que el señor gobernador pidiese autorización al obispo. ¡Quién sabe! Si encontramos algún objeto relacionado con el señor Bohórquez o alguna prueba de que alguno de los instrumentos ha sido usado recientemente, podríamos inculpar de una vez al padre Agullana.

—Es una posibilidad —reconoció Lebrón—. Lo importante es la sorpresa. Que no haya tiempo para la reacción. Si se comenta en el obispado, puede que perdamos ese factor. Será cosa de que solo lo sepa el señor obispo. Y nadie más, ni siquiera el canónigo doctoral. Nadie.

—Bueno, tal vez el canónigo doctoral sí deba saberlo. Ya ha intervenido en el caso. Así que...

—Sí... Posiblemente, el obispo se lo dirá a él, para que organice o concrete los detalles.

—Pues nos vamos a poner manos a la obra. Mañana hablo con el gobernador sobre el tema.

—Ojalá sirva para algo. Y ahora vamos por ese café, Melitón.

Los tres amigos salieron del despacho de Rechi.

—Eulalia, nos vamos al Apolo.

¡Con esa levita y sin chistera, no sales de aquí, Melitón! ¡Te lo dije!

—Y te pones la camisa limpia, papá.

—Que sí, que sí... Que ahora mismo lo hago.

—Y usted Cándido, ¿cómo va con esa indumentaria estrafalaria a un lugar tan distinguido? No parece sino que se ha preparado para ir a la muralla de San Carlos a pescar sargos.

—Señora, yo...

—Si usted me lo permite, Cándido, otro día me trae sus camisas para que les dé un buen repaso de plancha. ¡Va usted hecho un desastre! —apuntilló Eulalita.

Cuando salieron a la calle, Lebrón comentó con una amplia sonrisa:

—Amigo Cándido, en unos meses te veo emulando al señor jefe de policía en lo de llevar en invierno y en verano levita, chistera y camisas immaculadas, con su correspondiente corbata.

—Padre José, no es por llevarle la contraria, pero ahí no llego. Vamos, que no caerá esa breva.

—¿Que no? ¡Caerá, hijo! ¡Ya verás cómo caerá!

## EL HERMANO ROQUE

Roque Expósito, trataba de conciliar el sueño. Todavía hacía calor en la calle, sobre todo a mediodía, para ser finales de octubre, pero los sótanos de la catedral nueva donde dormía eran fríos a más no poder. El pobre chico tiritaba mientras se preguntaba por qué el padre José le había puesto de guarda nocturno de la catedral. ¡Con lo bien que había comenzado todo después de la expulsión del convento!

Poco después de que lo echaran del convento de los descalzos, el beneficiado le había puesto de portero de la obra durante el día. Había cumplido perfectamente su cometido: nadie que no estuviese relacionado con la construcción del edificio o no viniese acompañado por el canónigo doctoral o el beneficiado tuvo la menor oportunidad de entrar en la catedral. A mediodía, exactamente a las dos, los albañiles y demás operarios se marchaban a comer y, tras ellos, Roque comprobaba que las pesadas puertas quedaban bien cerradas y se iba a casa del beneficiado, donde le esperaban suculentos y calientes platos de cocido, de carne o de pescado y algún vasillo de buen vino. A las tres volvía al tajo y cuando anochecía ya estaba dando cuenta de una buena cena y, en poco tiempo, durmiendo a pierna suelta en una cama confortable.

Fueron días felices para él. Hablaba con el beneficiado de todo. Se reían y pasaban buenos ratos.

\* \* \*



—Roque, ¿qué recuerdos tienes de tu infancia? Me refiero a cuando estabas en la casa de expósitos.

—Me acuerdo de la señora que venía a verme. Eso ya se lo he contado en otras ocasiones.

—Ya, ya. Me gusta que me cuentes tus recuerdos.

—Pues eso: la señora venía y me traía regalos a veces. Me quería mucho. Lo digo porque se pasaba las horas abrazándome y diciéndome cosas. No sé cuando comenzó a verme, pero recuerdo que me daba de mamar. Cuando crecí, venía a verme al hospicio o bien usted me llevaba a su casa. Aquellos días fueron de los mejores de esta puñetera vida mía. Y perdone por la expresión.

—¿Qué más recuerdas de la señora, Roque?

—Pues, si le digo la verdad, no me acuerdo de mucho más. La estuve viendo hasta los catorce años. Pero de tarde en tarde. Luego, usted me dijo que se había marchado de la ciudad. Eso sí, le puedo asegurar que es la única persona del mundo de la que tengo constancia de que me quería. Yo todavía siento algo que no sé explicar cuando la recuerdo. Ya ve..., y sin embargo ahora mismo no me acuerdo de su cara.

—Así que la única persona que te ha querido en el mundo, ¿eh, bribón?

—Bueno..., y usted. Claro está. Siempre se ocupó de mí...

—Para eso era el capellán de la casa de expósitos y luego lo seguí siendo del hospicio. Para ocuparme de los niños más necesitados.

—Es usted un santo.

—No, Roque, tampoco es eso. ¡Qué menos que preocuparse de personas como tú que no han podido conocer a una madre y un padre como es debido!

Y, poco después, inexplicablemente para Roque, todo cambió:

—Roque, he pensado que eres la persona más adecuada para desempeñar el cargo de guarda nocturno de la obra de la catedral nueva. Así que vas a dejar de ir durante el día.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Es un trabajo muy cómodo. Se trata de dormir en algún lugar de la catedral y estar pendiente de que no entren indeseables durante la noche.

—Entonces, durante el día me puedo quedar en casa y por la noche me voy a la catedral a hacer de celador. ¿No es eso?

—No exactamente, Roque: te vas a quedar en la catedral todo el día. Bueno, durante el día puedes salir e ir a donde te plazca, pero aquí no tienes que venir. Tienes que ser un hombre independiente; no puedes pasarte el día en mi casa. Con el dinero que ganas puedes ir a cualquier casa de comidas y comer igual o mejor que aquí.

—Pero...

—No hay peros que valgan, Roque. Eres ya un hombre tienes que valerte por ti mismo.

—¿He hecho algo malo?

—¿Qué vas a hacer tú, hombre? Esto es por tu bien, no porque hayas hecho nada malo.

—¿Entonces, porqué me echa de su casa?

—No te echo, Roque. Es por tu bien. Ya te he dicho que tienes que hacerte un hombre.

—¿Y eso no puede ser estando con usted?

—No. No puede ser.

\* \* \*

Por más vueltas que le daba a la cabeza, el pobre Roque, tendido en un camastro y cubierto con una manta que no le quitaba el frío, no entendía aquel cambio, tan brusco, de su benefactor. Tal vez llevaba razón, pero en la cabeza de Roque, que nunca había querido ni se había sentido querido por nadie, excepto aquella señora que lo visitaba cuando era un pequeñín y el padre Roque, no cabía aquel cambio.

«¡Con lo bien que se estaba en la casa del beneficiado! Está visto que

siempre seré un desgraciado —pensó amargamente—. Me ha echado de su casa para quitarse problemas».

No podía dormir, así que decidió levantarse. Descolgó un candil de aceite de la pared y se fue a comprobar que las puertas estaban bien cerradas. «Algo tengo que hacer para no darle más vueltas a la cabeza».

Subió escaleras y recorrió pasillos hasta que llegó a la nave principal. El ruido de sus zapatos y el eco que producían en las paredes de la catedral le hicieron estremecer. La oscuridad más completa rodeaba al pobre Roque, que, aprensivo y miedoso por naturaleza, empezó a temblar. Aceleró el paso; pero cuando más rápido se movía más sonaba el taconeo de sus zapatos.

Por fin, llegó a las puertas; estaban como tenían que estar: bien cerradas. «¿Y ahora qué hago?». Abrió el portalón de la derecha y sus goznes hicieron sonar un chirrido horrible. En la calle había una luna llena espléndida. Miró hacia el interior y solo vio oscuridad. Así que se decidió: «Me voy a dar una vuelta y voy a mirar que todo está en orden en el exterior del edificio». Dejó el candil colgado y salió.

Iba a entrar por el arco de la Rosa, pero le asustó la idea de encontrarse con algún malhechor. Así que se dirigió hacia el edificio del ayuntamiento, con la idea de subir luego por el hospital de San Juan de Dios y entrar en el paseo del Vendabal por la espalda de la catedral.

«A ver si me despejo».

Pasó al lado del arco y capilla de Nuestra Señora del Pópulo. La ciudad estaba completamente a oscuras, si bien la luna llena permitía ver medianamente bien a cierta distancia. Al llegar al ayuntamiento, se encontró con un guardia municipal que estaba de servicio en la puerta.

—Buenas noches. Malas horas son estas para darse un paseo...

—Buenas las tenga usted. Peores me las paso guardando la catedral.

—¿Y eso?

—Demasiado frío.

—¡Qué me va a contar a mí!

—No sabía que había guardias municipales haciendo guardia por la

noche.

—No los había, amigo. Pero, en estos tiempos que corren, y más después de la disolución de la junta gubernativa y la formación de un nuevo ayuntamiento con sus regidores y alcalde como debe ser, nadie se fía.

—Yo, la verdad, no estoy muy al corriente de esos asuntos. Sé que echaron a los frailes de los conventos y poco más.

—Ya... Y, siendo usted guarda de la catedral, ¿le permiten salir a darse un garbeo cuando le apetece?

—No le digo que sí ni tampoco que no. Lo que le puedo asegurar es que la catedral nueva está cerrada y que en un rato estaré otra vez allí. Estoy dando un rodeo para inspeccionar la espalda del edificio y no me pareció buena idea cortar por el barrio del Pópulo.

—Ha hecho usted bien, en ese caso. Ya me gustaría a mí darme una vuelta con usted. Pero aquí no se andan con chiquitas.

—Bueno, me marchó.

—Pues que usted lo pase bien, amigo. Ande con cuidado, que a estas horas solo hay por Cádiz malhechores, tahúres de mala nota y marineros borrachos.

—Lo tendré. Buenas noches.

Desde que lo echaron del convento de los descalzos, Roque vestía relativamente bien. El beneficiado le había dado varios pantalones y camisas, unos zapatos, algo gastados, pero en buen estado, y un raído manteo, que le hacía parecer un estudiante de épocas pretéritas o un cura que quería pasar desapercibido. Con aquellas prendas no había frío ni humedad que no se pudiera soportar medianamente.

«¡Qué mala sombra la mía! —iba pensando—. Para dos personas que me han tratado bien en esta perra vida, una se va de Cádiz y no vuelvo a saber de ella desde hace años y el otro me deja abandonado con la excusa de que ya tengo que hacerme un hombre. ¡Maldita sea mi estampa!».

No subió hacía el hospital de San Juan de Dios. No tenía ganas de regresar tan pronto a la catedral nueva. Siguió andando en dirección a la fábrica de tabacos, con la vaga intención de llegar a las Puertas de Tierra, o

bien entrar antes por el barrio de la Merced, llegar al paseo del Vendabal y bajar la cuesta para regresar por la espalda de la catedral.

«Aunque, pensándolo bien, puede que esté siendo injusto con el padre José. Después de todo tengo un trabajo gracias a él. Tal vez lleva razón y tengo que vivir mi vida. En fin, de todas maneras, ¿Quién me va a querer a mí...?».

Una espesa niebla procedente del puerto cercano iba apoderándose de la ciudad. Roque abandonó sus pensamientos y se sintió algo intranquilo al comprobar que su campo de visión disminuía.

De repente, se arrepintió por completo de haber salido.

Cuando casi había rebasado la fábrica de tabacos, una escena lo dejó helado: alguien pasaba junto a las gradas de la iglesia de Santo Domingo en dirección a la misma calle por la que transitaba él. Solo se distinguía un bulto oscuro. Teniendo en cuenta que debían ser algo más de las tres de la madrugada y que la figura apenas se distinguía, el pobre Roque llegó a pensar que aquello era una aparición del otro mundo; un espíritu que se había hecho visible de repente entre la espesa niebla. Se quedó paralizado de momento, pero luego siguió andando lentamente detrás del fantasma o lo que fuera.

Un cambio ligero en la tupida capa de niebla que tenía delante le permitió comprobar que el que iba unos metros por delante era un encapuchado. Roque hubiese jurado que se trataba de un monje, solo que sus hábitos le parecían completamente negros. Y, que él supiera, en Cádiz no había ninguna orden que vistiese con ese color. Es más, no había, desde agosto, nadie que circulase por la calle en hábitos de monje.

A su costado derecho, discurrían las paredes del convento de Santo Domingo. Fuese real, visión fantasmagórica o lo que fuera, el misterioso encapuchado se paró delante de una puerta, no muy alta, que daba, sin duda, paso al convento. Roque estaba a unos diez metros. El encapuchado se giró hacia él y Roque se quedó completamente paralizado por el terror.

—¡Cuidado, hermano, no se acerque! —voceó el encapuchado con voz ronca y grave.

Roque, instintivamente, dio unos pasos hacia atrás, como si lo hubiesen empujado. Su corazón comenzó a latir con fuerza y se puso a tiritar. Podía oír

perfectamente el castaño de sus propios dientes.

—¿Quién... es... usted?, acertó a preguntar.

—Eso mismo le pregunto yo... —respondió el encapuchado con tono amenazador.

—Soy el hermano Roque Expósito, franciscano descalzo... En el nombre de Dios le pido que me deje ir...

—¿Y se puede saber qué hace usted por aquí?

—Soy guarda de la obra de la catedral nueva. No podía dormir y...

—Pues cumpla usted con su cometido y no peque abandonando su misión de proteger un lugar santo. En caso contrario el Tribunal Negro se encargará de usted. ¿Me ha entendido bien o quiere que se lo repita?

—Sí..., sí. Ahora mismo me marcho para la catedral.

—¿O es que, tal vez, viene usted como religioso a unirse a nuestra santa misión?

—¿Yo? No... Quiero decir que no dudo de la santidad de su tribunal, pero soy lego y no estoy preparado para esas cosas.

—Pues, en ese caso, márchese ahora mismo. Y no se le ocurra decir a nadie que se ha encontrado con un miembro del Tribunal Negro o tendrá que atenerse a nefastas consecuencias. Tenemos ojos y oídos por todas partes. ¿Me entiende? ¡Váyase! ¡Y rece por su alma! ¡Vade retro!

Roque salió corriendo cuesta abajo, mientras oía las sonoras y roncadas carcajadas del encapuchado. A la altura de la fábrica de tabacos, se cruzó con un hombre que andaba a toda prisa. No paró hasta llegar a la catedral. Aquella noche no durmió. Y no solo por la espantosa aparición. Había algo más.

## UN DESAGRADABLE DESCUBRIMIENTO

Faltaba muy poco para las ocho de la mañana y la iglesia de Santo Domingo estaba abierta. Muchas beatas, con sus velos negros y sus trajes oscuros, así como unos pocos hombres de condición acomodada, según se deducía de su indumentaria, se prestaban a asistir a la Santa Misa oficiada por el padre Agullana.

La oscuridad de la nave central, solo rota por algunas lámparas cargadas de velas, era casi total. Sin embargo, el altar mayor estaba perfectamente iluminado con un sinfín de cirios de sebo. La mayoría de los feligreses se apiñaban en los primeros bancos, donde llegaba todavía con fuerza la iluminación del altar. Los próceres de la ciudad que habían tenido a bien asistir ocupaban cómodas sillas con reclinatorio acolchado.

En la parte baja del altar, dos pares de altas columnas salomónicas de color negro daban paso a sendas figuras, que escoltaban a la Virgen del Rosario, situada en el centro. La de la derecha correspondía a Santo Domingo de Guzmán, con sus hábitos blancos y negros; la de la izquierda representaba a San Francisco de Asís, con unos hábitos negros que no encajaban con el habitual color gris que se atribuye a la vestimenta del santo, pero sí eran empleados a veces por los Frailes Menores Observantes, la primera reforma de la Orden.

En la parte superior, el ático, otros dos pares de columnas salomónicas, del mismo color, si bien de menor tamaño, enmarcaban a Santa Catalina de Siena y Santo Tomás de Aquino. En el centro y en lo más alto, el Crucificado era testigo de todo.

Salió el padre Agullana y todos comenzaron a corear en mal latín sus palabras. A decir verdad, excepto alguno de los escasos hombres ilustrados que se estiraban y balanceaban vanidosamente en los puestos delanteros, creyendo que mostraban con ello su elevada posición social, nadie sabía lo que decía, lo cual no obstaba para que todos se sintieran transportados y arrebatados por la fe más sincera. Para el dominico todo era pura rutina. Como una fórmula que había que aplicar con precisión y exactitud. La voz tenía que sonar alta y clara; había que sobrecoger al pueblo para que sintiera el infinito peso de la grandeza del Todopoderoso.

Cuando el padre Agullana se volvió en dirección a los fieles y subió al púlpito de mármol blanco, todos sabían de sobra lo que podían esperar. Ahí ya no había latines que valieran; el dominico repartía culpas y castigos a diestro y siniestro, Misa tras Misa, día tras día. Y los fieles, que escuchaban sobrecogidos y atemorizados a más no poder, terminaban por salir del templo sintiéndose tan pecadores como buenos cristianos. De eso se trataba, según lo veía el padre Agullana.

Desde hacía algo más de dos meses, el tema central de las homilias del dominico era, en palabras que usaba habitualmente «la herética expulsión de todos los frailes de sus conventos, con el beneplácito de todos, y la condenación eterna de muchos». Prácticamente todos merecían el castigo eterno: unos por haber propiciado aquel execrable acto y otros por no haberse opuesto con todas sus fuerzas al mismo. Y ahora, un gaditano ocupaba la primera cartera ministerial y se disponía a dejar a todos los religiosos sin un sagrado techo bajo el cual rezar y sin los bienes de los cuales no eran más que depositarios, puesto que eran cosas sagradas y, por tanto, pertenecientes a Dios.

*Robar a Dios, apropiarse de sus bienes sagrados —decía el dominico desde el púlpito— es el más terrible de los sacrilegios. ¿Cómo es posible que los liberales, que afirman que toda propiedad tiene que ser respetada porque es, según ellos, sagrada, sin embargo, quieran apropiarse de las únicas propiedades que verdaderamente lo son?*



Pocos entendían estos razonamientos, pero la voz del padre, desde el púlpito, no precisaba de interpretación ante los fieles, que le escuchaban como si fuera el mismo Dios quien estuviera comunicándose con ellos.

*Pero tendrán su castigo. Nadie escapa al castigo de Dios Padre Todopoderoso. Y vosotros también seréis castigados por vuestra pasividad, por dejar hacer sin protestar, sin decir ni una sola palabra en contra. ¡Estáis bajo el dominio de la Bestia y con ella iréis todos al infierno!*

El padre calló mientras resonaba el eco de sus últimas palabras. Los fieles agachaban la cabeza, empequeñecidos por el miedo a la condenación eterna. Mientras, el padre pensaba complacido que sin temor de Dios no puede haber salvación.

Echó una ligera ojeada hacia el fondo, más allá de los bancos de la nave central, y vio que en una nave lateral había dos hombres, uno de ellos con levita y el otro con una ropa que identificó de inmediato. Se trataba de los dos policías que lo habían interrogado ante el canónigo doctoral. ¿Qué harían allí? Fuera lo que fuese, Agullana decidió que estos dos se habían quedado sin su parte y era buen momento para proceder en consecuencia. Ya que estaban allí, fuera para lo que fuese, les iba a dar también lo suyo.

*¡Todos! Hoy, en estos malhadados días, el castigo divino no es suficiente. Los gravísimos pecados que se están cometiendo contra la Santa Iglesia serán castigados en el infierno. Pero ¿qué sucede aquí, en nuestro mundo terrenal? Esas terribles faltas deberían castigarse, como siempre ha sido en nuestra católica España con las penas temporales correspondientes. Pero nuestra salutífera y Santa Inquisición ha sido derogada. Yo, como ciudadano, respeto esa decisión, aunque no la comparto. Nunca faltaré a las leyes humanas, a no ser que se pongan en completa contradicción con las divinas.*

*Sin embargo, hay señores de las supuestas fuerzas del orden que, en vez de perseguir, a los malhechores, liberales o no, se*

*dedican a buscar tribunales eclesiásticos y juntas de fe donde no las hay. ¡Que tengan mucho cuidado! Las cosas pueden cambiar y ¿quién les puede asegurar que algún día no tendrán que dar cuentas aquí, en este mundo, ante otras autoridades más justas que las que hoy tenemos? Y esto lo digo haciendo constar mi respeto a toda autoridad que no se oponga manifiestamente a la voluntad de Nuestro Señor.*

—¿Qué le parece el discursito, jefe? —Susurró Cándido—. Nos está vistiendo de limpio...

—Este tipo es mucho más reaccionario de lo que me imaginaba. Pero si tenemos un poco de suerte, se le van a quitar las ganas de amenazar.

La Misa acabó y los dos policías se apresuraron a entrar en la sacristía tras el dominico.

—¿Se puede saber qué hacen ustedes aquí?

—Buenos días, padre. Traemos una orden del señor obispo para que nos acompañe a inspeccionar ciertas dependencias del convento.

—¿Una orden? ¿Del señor obispo? Déjenme ver... —El dominico leyó rápidamente—. No lo entiendo, pero estoy a su disposición. En cuanto me quite la casulla y el amito estoy con ustedes. —Lo dijo en el mismo tono que usó en la reprimenda de la homilía. En dos minutos, estaba preparado.

—Haga usted el favor de coger las llaves del convento.

—¿Y eso, a qué se debe?

—Se debe a que la inspección la vamos a realizar en una dependencia del convento. Por eso le ruego que coja todas las llaves.

—Esperen un momento. —El dominico se dirigió a un mueble enorme con gran cantidad de ornamentos y ropajes situados tras cristales y enormes cajones en la parte inferior. Abrió uno de ellos y tras hurgar durante un rato, sacó un manojito de llaves—. Les advierto que desde hace dos meses no entro en el convento. Está todo tal como lo dejamos el fatídico día de agosto que nos echaron sin razón.

—En primer lugar, antes de comenzar, quería preguntarle si hay alguna entrada al convento desde la iglesia o si hay que salir fuera.

—La entrada desde la iglesia fue tapiada pocos días después de la expulsión. Luego se autorizó a que se volviera a abrir. No obstante, el obispado se ha negado a hacerlo porque considera que los gastos deben correr a cargo de la autoridad civil, que fue quien dio esa orden, siendo el convento de propiedad privada y no de la Iglesia.

—O sea, que es el único convento de varones de Cádiz que no ha sido cerrado, aunque para entrar, de momento, hay que hacerlo desde la calle.

—Exactamente.

—Bien. Pues vamos a esa puerta.

Los dos policías y el dominico salieron a la calle por la puerta de la iglesia. Bajaron las gradas y tomaron la cuesta que iba en dirección a las Puertas de Tierra. Tras rebasar una protuberancia de la fachada en la que se encontraba una imagen de azulejos representando a la Virgen del Rosario, llegaron a una puerta de madera no muy alta.

—Aquí es.

El dominico rebuscó entre las llaves y, tras probar varias, consiguió abrir la puerta.

—Pensé que conocía usted las llaves del convento...

—Ya le he dicho que hace más de dos meses que no entro. Además, yo era el superior no el portero. Como comprenderá, mis cometidos no eran precisamente conocer las llaves.

—Ya, ya. Comprendo. Pues vamos allá.

El claustro del convento era amplio, rodeado por tres niveles de habitaciones y dependencias. Cuatro brocales de mármol blanco demostraban que el patio ocultaba un extenso aljibe.

—¿A dónde quieren que les lleve? Les advierto que recorrer todo el convento no es cosa que se pueda hacer en una mañana.

—No será necesario verlo todo. Queremos que nos enseñe la zona que está por debajo del nivel del suelo. Porque, como es natural, el convento

tendrá sus sótanos y su cripta...

—Pues, si les digo la verdad, no estoy seguro de que estas llaves sirvan para lo que ustedes me piden.

—Habrá que probar. Y si no, tendrá que traer usted todas las llaves que no estén ahora en este manojo.

El dominico torció la boca y empezó a sonreír.

—Así que ustedes están buscando pruebas de mi supuesto delito...

—Así es. Es lo único que no tenemos: pruebas; porque indicios los tenemos todos.

—Pues se van a quedar con las ganas. Porque no pueden tener pruebas de lo que no ha sucedido. No les negaré que me habría sentido feliz castigando como es debido al señor Bohórquez. Se merecía los azotes que le dieron. Y el Señor me lo habría agradecido. Pero, por desgracia, ni tengo fuerzas ni me siento con ánimos de contradecir a nuestro ilustrísimo obispo. Hace años que le juré que jamás trataría de organizar por mi cuenta un tribunal eclesiástico. Y yo cumplo mis juramentos.

—Si todo se hubiera quedado en unos azotes... Como usted bien sabe, la cosa ha ido mucho más lejos. Así que, o mucho me equivoco, o va a pagar usted el crimen que ha cometido.

Tanto Melitón Rechi como Cándido Molina observaban detenidamente cada gesto del dominico. Pero este, salvo aumentar su irónica sonrisa hasta convertirla en una mueca desagradable y mirar con ironía y superioridad a los dos, no daba muestras de darse por enterado.

—¿Que ha ido más lejos? No entiendo a qué se refiere.

—No me diga que no sabe que el señor Bohórquez apareció ahorcado en su casa.

—Claro que lo sabía. Me lo dijo el canónigo doctoral el mismo día que ustedes me interrogaron. Pero siempre pensé que se trataba de un suicidio.

—¿Por qué pensó usted eso?

—Muy fácil; si un supuesto tribunal eclesiástico hubiese actuado, cosa que dudo por no decir que estoy seguro de que no es cierta, habría sido

quemado o le habrían condenado al garrote vil, pero nunca lo habrían ahorcado sin quemarlo después.

—No hubo tiempo ni lugar para quemarlo, pero sabemos a ciencia cierta, y usted también lo sabe, que el Tribunal Negro lo ha ajusticiado por relapso.

Ambos policías observaron aún más si cabe al dominico, pero este ni se inmutó.

—¿El Tribunal Negro? ¿Qué paparruchas son esas? Parece mentira que unos policías serios se crean esas cosas. Una cosa es castigar a un hombre con unos azotes y otra muy distinta ahorcarlo en el nombre de Dios sin tener el respaldo de la autoridad civil. En España siempre reinó la unión entre el Altar y el Trono. Y esa santa unidad fue la que permitió que el Santo Oficio llevase a cabo su misión en pro de la causa de Dios. Pero de ahí a matar a un hombre en las actuales circunstancias...

—La cuestión es que ha ocurrido y que usted es el único sospechoso. Así que vamos a dejarnos de cháchara y bajemos a los sótanos. Queremos ver dónde se guardan los antiguos instrumentos de la Inquisición.

—No tengo la menor idea. Jamás he bajado a los sótanos, con excepción de las ocasiones en que hemos tenido que enterrar a algún hermano fallecido en la cripta.

—Bajemos y lo miraremos todo.

Tras bajar escaleras, recorrer innumerables pasillos, reconocer algunas puertas y revisar el interior de algunas habitaciones, los tres se encontraron con una puerta sobre la cual había un escudo lleno de polvo. No se distinguía casi su contenido.

—Jefe, si me iza un poco, llevo aquí un par de trapos. Le voy a dar una pasada al escudo a ver qué pone.

—De acuerdo. Vamos allá.

Molina se encaramó encima de su jefe como si fuese un caballo y, cuando este se fue irguiendo, se puso de pie sobre sus hombros. Rechi estuvo a punto de soltar un par de rotundos juramentos: o Cándido Molina pesaba más de lo que aparentaba o él se estaba haciendo viejo.

—Aguante un poco jefe, que ya termino.

El anciano dominico observaba la escena meneando la cabeza a un lado y otro.

—¡Qué esfuerzo están haciendo ustedes para nada!

—Jefe, listo, ya me puede bajar.

Ambos se retiraron un poco y miraron: una corona real y unos adornos dorados circundaban una elipse alargada dentro de la cual había una cruz escoltada por un sable y la rama de un árbol. En la elipse, estaban escritas unas palabras.

—¿A ver jefe?: *Exurge Domine et judica causam tuam. Psalm 73.* Aquí es.

—Busque la llave y abra la puerta, padre.

—A ver si la encuentro...

El padre Agullana probó todas las llaves y ninguna servía. Mientras Rechi se impacientaba, el agente se puso a revisar la puerta y sus inmediaciones, con la esperanza de encontrar un modo de abrirla.

—¡Jefe, mire esto!

A la izquierda de la puerta había una hornacina cerrada con una tapa de madera que se podía abrir con un cerrojo. Cándido lo hizo. Dentro había una palanca metálica. El agente la manipuló y la puerta se entreabrió.

—¡Vaya, padre! Al final resulta que efectivamente, no había llave. Pase usted primero. O mejor espere un momento, que ya paso yo.

Era una habitación amplia y oscura. Las paredes, de piedra, estaban llenas de portacirios. Al fondo, había una tarima alta con una mesa y tres sillones de madera.

—Jefe, se parecen bastante al sillón en el cual encontramos atado al señor Bohórquez. Y las mismas siglas... Y fíjese: el suelo está lleno de huellas. Si hiciera meses que nadie ha estado aquí, el polvo las habría cubierto. Además, la mesa y las sillas están bien limpias.

—¡No me lo explico! Acertó a decir Agullana.

—Pues nosotros sí que nos lo explicamos —le respondió Rechi.

A la izquierda había un armario de madera con las llaves puestas en sus cerraduras. También mostraba haber sido usado recientemente, ya que las puertas no tenían polvo apenas. Rechi abrió una de las puertas. No había nada. Abrió la del centro y miró con gesto triunfal al agente y al dominico.

—¿Qué me dice a esto? Tres hábitos de monje de color negro.

—No lo entiendo. Los dominicos llevamos hábitos blancos y negros pero jamás completamente negros.

—Pues es fácil de entender...

—Pero, ¿qué tengo yo que ver con todo eso?

—¿Qué tiene que ver? Se lo explicaré. Torturan a un hombre y dejan claro que se trata de cosas de la Inquisición; luego lo ahorcan y dicen que ha sido obra del Tribunal Negro. Venimos aquí y nos encontramos con que la mesa y las sillas del antiguo tribunal de la Inquisición han sido usadas recientemente y que hay hábitos negros en la misma sala. Y resulta que usted es el único que tiene acceso al convento. Como puede ver, tiene mucho que ver.

—Jefe, supongo que en la habitación contigua deben estar los instrumentos de tortura. Podemos comprobar si han sido utilizados recientemente. Aunque creo que ya sabemos la respuesta.

—Vamos.

Rechi entró en la sala sin más. Pero, nada más atravesar el arco que daba entrada a la sala de tortura, dio un paso atrás.

—¡Dios mío! ¿¡Qué es esto!?

Cándido entró y se quedó tan estupefacto como su jefe: justo frente a la entrada, sentado en una silla infernal, un cadáver parecía mirarles directamente. Tenía la lengua fuera, los ojos muy abiertos y los pantalones manchados. Su cuello era apretado por un instrumento inconfundible: el hombre había sido sometido al garrote vil. Cándido se repuso y se acercó al fallecido, observándolo detenidamente.

—Jefe, no lleva ni veinticuatro horas muerto.

El dominico observaba la escena imperturbable. Ni una mueca en su cara.

—Bien. Habrá que hacerle la autopsia y averiguar de quién se trata. Pero ahora lo importante es llevarse detenido al padre Agullana. Ya no cabe ninguna duda.

—¿Ninguna duda? ¡Yo no he hecho nada!

—No le niego que hemos tenido mucha suerte. Si venimos un día más tarde, ya usted se habría desecho del cadáver. Tenemos mucho que hablar. Entre otras cosas, nos tiene que decir quién es, o quiénes son, sus cómplices. Porque esto es cosa de más de uno, aunque no me cabe la menor duda de que usted es el cerebro de todo.

—¡Se equivocan por completo! ¡Yo no he hecho nada! ¡Nada! Además, soy sacerdote y estoy sujeto a la jurisdicción eclesiástica. Ustedes no me pueden detener.

—Pues lo vamos a hacer, de eso puede estar seguro. La cuestión de las competencias ya la decidirán las autoridades, pero ahora se viene usted con nosotros a las dependencias policiales.

—Están cometiendo dos errores. Ni ustedes tienen potestad para detenerme ni yo tengo nada que ver con este asunto.

—Lo primero ya se verá; y, sobre lo segundo, tengo que decirle que las pruebas no dan lugar a dudas.

—Si hay pruebas de algo que no he cometido, está muy claro que, tarde o temprano, se comprobará que son falsas. Además, parece que ustedes desconocen que el fuero eclesiástico, reconocido completamente por la autoridad civil, determina que, aun en las causas criminales, un sacerdote no puede ser juzgado por un fiel, pues esto causaría un grave daño a su indiscutible autoridad espiritual. Y decir «un fiel» viene a significar un juez civil.

Rechi hizo caso omiso al dominico; ni siquiera lo miró mientras se explicaba.

—Cándido, mientras me llevo al padre Agullana a las dependencias policiales, encárgate de avisar al canónigo doctoral. Respecto a retirar el



cadáver, habrá que avisar al juez del distrito.

—Jefe, conviene que el cadáver se retire de noche.

—Sí. Hay que evitar el escándalo. Pero eso ya lo decidirá la autoridad. Nosotros vamos a lo nuestro.

—Pues si quieren evitar un escándalo, y de paso no quedar en ridículo, les aconsejo que no me lleven detenido hasta que se persone el canónigo doctoral o la autoridad eclesiástica que decida el señor obispo. Creo que podría ser mejor que me dejaran por el momento detenido en mis habitaciones.

—Visto así... —dudó Cándido

—Mire, padre, aquí no estoy yo para recibir consejos de usted —respondió Rechi—. Le digo que me acompañe y lo va a hacer, por las buenas o por las malas.

—Jefe, ¿me permite que hablemos aparte un momento? —Los dos pasaron a la habitación de entrada y Cándido siguió hablando—. No es por llevarle la contraria, pero el padre lleva razón. Ya sabe cómo suele estar el paseo del Vendabal de público a estas horas. ¿Qué van a pensar al ver al jefe de policía acompañando al padre Agullana? Y más cuando ya hubo un amago en la prensa haciendo sospechosos a los dominicos de haber organizado una Inquisición por su cuenta.

—Ya, pero...

—Y si, en vez de ir por el camino natural, lo hacen callejeando por lugares menos transitados, lo que les vean dirán que trataba de pasar desapercibido y que no cabe duda de que el dominico va detenido. En resumen, lo cojamos por donde lo cojamos, un escándalo.

—Visto así...

—Y si después resulta que está fuera de nuestra jurisdicción...

—De acuerdo, Cándido. Que se quede en sus habitaciones, te quedas tú vigilándolo y mando a los celadores para que te releven mientras llega la autoridad eclesiástica o la que corresponda. Yo me voy a hablar con el gobernador y que él dé la orden que corresponda.

—¡Buena idea, jefe!

## EL JUEZ

Leto Gómez, el canónigo doctoral, estaba sentado delante de una mesa oscura. Detrás de él, se extendía a todo lo ancho de la pared una estantería repleta de libros. El canónigo fue un hombre de vocación tardía. Casi sin saber cómo, un día se vio llevando sotana, bonete y manteo y con su toga de abogado guardada en un baúl.

A poco de llegar al solio episcopal de Cádiz fray Domingo de Silos, el padre Leto ya era graduado en derecho canónico y beneficiado de la catedral gaditana. El obispo lo designó personalmente canónigo de gracia y le encomendó, entre otras funciones, la asesoría jurídica de la diócesis.

Al otro lado de la mesa, estaba sentado el beneficiado Lebrón. El canónigo doctoral lo tomó enseguida como su principal ayudante y colaborador. Ambos tenían muchas cosas en común. Pero, entre ellas, la que más destacaba era la facilidad de ambos para relacionarse con todo tipo de personas y no tener ningún inconveniente en acudir en ayuda de los más desfavorecidos, entrar en las casas más acomodadas o frecuentar cualquier café, teatro o tertulia.

«Todos somos hijos de Dios —solía comentar el canónigo doctoral cuando hablaba con su colaborador— la grey del Altísimo no es solo esa cantidad, mayor o menor, de fieles que acuden a Misa, confiesan sus pecados y comulgan con frecuencia. El rebaño de Nuestro Señor está en las calles, en los cafés, en las casas de los obreros y en los palacios de los marqueses. Allí hay que ir a buscarlos. Y para eso estamos nosotros, no para sentarnos cómodamente detrás de un confesionario o parapetarnos tras el altar y “aquí

me las den todas”». Y Lebrón siempre se mostraba completamente de acuerdo. Pero hoy la conversación iba por otros derroteros muy diferentes.

—Padre Lebrón, quisiera hablar con usted de un asunto que ya conocerá. ¿Quién no? En Cádiz, desgraciadamente, no se habla de otra cosa durante los últimos días. Me refiero, como ya habrá adivinado a los crímenes ocurridos recientemente.

—Efectivamente, don Leto, ya lo suponía.

—Pero, antes, dígame: ¿cómo va la obra?

—Bien... Un poco parada. Lo de siempre: estamos casi terminando el año y los fondos escasean. No obstante, nunca nos han faltado contratistas dispuestos a terminar el año a crédito, llevados a ello más por su bondad y piedad que por sus lícitos y justos intereses económicos.

—Comprendo. En fin, en enero, como todos los años, celebraremos en la catedral la función de la Bula de la Santa Cruzada. El obispo seguirá asignando todos los beneficios de la misma a la obra de la catedral nueva y con eso tiraremos durante unos meses. Yo estaría dispuesto, si fuera necesario, a ceder mi parte de los diezmos percibidos por el cabildo catedral. Mas, entre usted y yo, el resto de los prebendados se niegan en redondo. Dicen que sería sentar un grave precedente y que no lo hacen por ellos, sino porque no se sienten moralmente autorizados a negar a sus sucesores los diezmos que les corresponden por todos los ingresos del cabildo, incluyendo bulas, limosnas, fundaciones, patronatos y capellanías. Una suma muy elevada que contribuiría a acelerar la finalización de la obra de una vez por todas.

—Pero, si no me equivoco, el ilustrísimo señor obispo está dispuesto a todo para inaugurar la catedral nueva lo antes posible.

—No se equivoca. Pero fray Domingo no puede hacer nada contra las decisiones del cabildo. Cuando lo ha convocado para tratar de esta cuestión siempre ha recibido la votación en contra de la inmensa mayoría. Él solo tiene el voto de calidad para caso de empate.

—Don Leto, traigo aquí una relación de ingresos y gastos. Los donativos de personas de calidad no han faltado, si bien nunca son suficientes.

—Bien. Deje los papeles ahí. Luego les echaré una ojeada. Lo cierto es que no le he llamado solo para ver cómo iban las cuentas; quiero hacerle una propuesta, sobre el asunto que le comenté al principio. Ya sabe: los crímenes.

—Usted dirá. Le confieso que me sorprende. No sé qué puedo yo hacer en lo referente a ese tema.

—Padre Lebrón, como sabrá el padre Agullana está detenido en dependencias de aquí, de la catedral. Se va a abrir una causa eclesiástica contra él por la supuesta formación de un tribunal de fe, fuera de toda ley, y por dos crímenes horrendos.

—Claro que lo sé, pero no entiendo qué tiene que ver lo anterior con hacerme una propuesta.

—Por mi condición de experto en leyes, tanto civiles como canónicas, el señor obispo ha propuesto al arzobispo de Sevilla mi designación como juez de la causa eclesiástica abierta contra el padre Agullana. Se lo diré abiertamente. Necesito un secretario y no tengo a nadie disponible con su preparación. Aparte de la confianza que le tengo.

—Pero yo no he sido nunca secretario de ninguna causa ni tengo la menor idea de qué tendría que hacer...

—Eso no será un problema. Estoy seguro de que lo hará perfectamente. Admito que le estoy forzando de alguna manera. Pero no olvide que yo algún día faltaré. Todo esto le puede servir para promocionarse. Al igual que su celo y buen hacer en la obra de la catedral. En un futuro próximo, habrá que designar un canónigo encargado del mantenimiento del edificio y no creo que haya nadie que lo conozca mejor que usted.

—¿Faltar usted, don Leto? ¡Dios no lo permita! Supongo que se referirá a ser destinado a otra diócesis o archidiócesis o quién sabe si promovido al solio de alguna catedral. Porque, en lo referente a edad, tenemos prácticamente la misma y espero que Nuestro Señor nos mantenga muchos años a su servicio, aquí, en el mundo terrenal.

—Fuera lo que fuese, mientras yo esté en mi puesto, le seguiré encomendando misiones al nivel de su valía y todo ello será en pro de Nuestro Señor y en beneficio de su carrera eclesiástica.

—Se lo agradezco, don Leto —dijo Lebrón dando ciertas muestras de

inquietud—, pero en esta ocasión no puedo aceptar.

—¿Por qué no? Ya le digo que su preparación para ese cometido está fuera de toda duda.

—Se trata de otro problema. Estoy seguro de que lo entenderá. Me explico: supongo que los policías que han llevado el caso hasta ahora participarán de forma activa en los trámites del expediente...

—Así es. Son, por decirlo de alguna manera, los principales testigos.

—Pues resulta que el jefe de policía, don Melitón Rechi, es íntimo amigo mío. Si ejerzo las funciones de secretario, la prensa local y muchas personas que nos conocen, pero sobre todo la autoridad eclesiástica, podrían hacer interpretaciones equivocadas.

—No le entiendo bien. ¿A qué se refiere?

—Don Leto, usted es sacerdote antes que nada, como lo soy yo. Como juez eclesiástico, será totalmente imparcial, buscará la verdad y, en su caso, aplicará la pena más justa. Si yo desempeñara las funciones de secretario, lo haría con la mayor imparcialidad que me permitan mis aptitudes.

—Sin duda...

—Pero usted y yo sabemos que nadie nos considera, cómo decirlo, unos «eclesiásticos normales». Nos mezclamos con la gente, tomamos café en los más diversos establecimientos públicos... En definitiva, un tribunal formado por usted como juez y, sobre todo, conmigo como secretario, siendo el principal testigo de todo el jefe de policía y teniendo en cuenta mi conocida amistad con él, haría pensar mal a todos.

—Tal vez lleve usted razón, padre Lebrón. Pensaré sobre ello. De todas formas, si cambia de opinión, hágamelo saber lo antes posible.

—Lo haré.

—Pero tiene que contestarme en dos días como máximo. La cosa urge y no es cuestión de dar muchos rodeos en el asunto. Cuanto antes se esclarezca todo, mejor.

—Le contestaré en dos días, don Leto.

El beneficiado salió del edificio anexo a la catedral de Santa Cruz y se

dirigió a su templo. No se sentía bien. No entraba en sus planes verse metido en el proceso eclesiástico contra el padre Agullana. Se arrodilló y estuvo rezando largo rato

Salió de la iglesia y bajo la calle en dirección al puerto. En la primera bocacalle, giró hacia la izquierda y se dirigió en dirección al arco de la Rosa, desembocando en la plaza donde se estaba terminando la construcción de la catedral nueva. En las gradas se sentaban varios mendigos que al ver al beneficiado se levantaron para importunarle pidiendo una limosna. Lebrón no les hizo el menor caso. Tenía prisa por hacer algo.

En el pequeño portalón de la puerta central había un individuo mal encarado que se apresuró a saludarle servil y cortésmente.

—Muy buenos días, señor beneficiado.

—Buenos días, Pedro. ¿Sabes si está dentro el hermano Expósito?

—No. Quiero decir que no está. Salió hace un rato y se metió en una de las tabernas de ahí enfrente.

Lebrón dio media vuelta y cruzó la plaza. En uno de los tabernuchos que proliferaban allí, encontró a Roque, despachando un buen vaso de vino.

—Buenos días, Roque.

—Roque no miró al beneficiado y siguió con su vaso.

—Roque, ¿Cuántas veces te he dicho que tienes que beber menos?

—¡Ah, pero si está aquí mi protector! Mire, padre José, no tiene por qué preocuparse. Me estoy tomando un vaso de vino, porque algo tengo que hacer para quitarme el frío que me cala los huesos todas las noches. ¡Menudo trabajito me ha buscado! Eso sí, usted se ha quitado de en medio el problema del inútil de Roque. ¡Que se las apañe él solito, que ya es mayor!

—Venga ya, hombre... No digas tonterías.

—Eso es lo que digo. Tonterías. Los tontos decimos tonterías. Reconózcalo, padre José, ya se ha cansado de mí y me ha dejado más tirado que una colilla de la fábrica de aquí al lado.

—Roque, yo lo único que deseaba era encontrarte un puesto más cómodo.

—¡Juan! —Llamó Roque al tabernero—, lléname el vaso, que este comentario se merece un buen trago. Así que un puesto más cómodo... Pues no digo nada lo bien que le ha venido a usted: se ha quitado un parásito de en medio.

—Eso no es justo, Roque. Sabes que te aprecio. Precisamente venía a buscarte para ofrecerte que vuelvas al trabajo durante el día. No me gusta el tipo que se encarga de guardar la catedral durante el día.

—¿Lo dice en serio?

—Pues claro. Y seguiremos como antes, te quedas a dormir y a comer en mi casa. Como si fuera la tuya.

\* \* \*

Cándido, con un enorme ramo de flores en la mano izquierda y la cara más blanca que las paredes de la fachada, golpeaba tímidamente la puerta con la aldaba.

El jefe de policía lo había invitado, por segunda vez en poco tiempo, a comer en su domicilio. El caso de los asesinatos del Tribunal Negro, no había terminado para ellos. Había que aclarar cuestiones antes de que el juez eclesiástico designado por el obispo los llamara como testigos. Y Melitón pensó que era una buena ocasión para «estrechar relaciones», frase que dijo a Cándido entre risas y burlas.

—¿Quién es? —Era la voz de Rechi—. ¿Cándido?

—Sí... Yo. Quiero decir que soy yo.

—¿¡Pero qué traes ahí, hombre!?! —casi gritó Rechi con enfado.

—Jefe, yo... Pensaba regalarle estas flores a su hija Eulalia.

—¡Bien estamos! Tú te presentas con flores para mi hija cuando yo en mi vida le he regalado una flor a mi mujer. Me vas a hacer quedar peor que mal. De esta, mi Eulalia no me habla en un mes.

—Jefe, ¿qué le parece si abrimos el ramo en dos y usted se queda con



la mitad?

—Pues me parece que no va a colar, pero con intentarlo no se pierde nada. —En esos momentos, aparecieron en la entrada la madre y las dos hijas.

—Pero, Melitón, ¿cómo tienes a don Cándido ahí en la puerta? —ambos policías se quedaron de pie, como dos pasmarotes, con su mitad de ramo en las manos y sin saber qué decir—. Entre usted, por Dios.

—Señora... Quiero decir, señorita Eulalia... —Cándido manoseaba el ramo con peligro de descomponerlo o de que se le cayera al suelo; Rechi, escondía ambas manos detrás de la espalda.

—¿Qué tienes ahí detrás, Melitón?

—Esto... Se me ocurrió decirle a Cándido que trajera dos ramos de flores. Este es para ti. —El jefe de policía alargó ambas manos hacia una Eulalia que lo miraba fijamente con sorpresa y escepticismo.

—¿Para mí? ¿Y cuándo me has regalado tú flores?

—Pues, alguna vez tenía que ser la primera.

—¡Anda trae, que a mí no me engañas! —Dijo Eulalia con gesto coqueto— Las pondré en un florero. ¿Y usted, Cándido?

—Bien, señora... Bueno, la semana pasada cogí un resfriado. Poca cosa...

—Le digo que qué hace usted con esas flores.

—¡Ah! ¡Las flores! Esto... se las he traído a... Se las he traído a sus dos hijas.

—¿A mí también? —preguntó la pequeña Cristina risueña—. ¡Ande, ande! Dele esas flores a mi hermana y déjese de cumplidos innecesarios.

Cándido, completamente avergonzado, le dio el ramo a Eulalita, la cual le dedicó una mirada lánguida y una sonrisa angelical.

—Lo que tiene que traerme usted son las camisas. Veo que sigue tan desastrado como siempre y que su ropa no conoce lo que es la plancha.

—Se lo prometo. La próxima vez.

—¡Pues a ver si es pronto! —Eulalita se dio cuenta de que aquello había sonado demasiado desenvuelto—. Quiero decir que sus camisas requieren un buen planchado lo antes posible.

—No te preocupes, hermana. Todos sabemos qué quieres decir. — Todos, menos Cándido, rieron de buena gana.

\* \* \*

Al finalizar la comida, los dos policías se quedaron solos en el despacho de Melitón Rechi.

—Cándido, aunque no lo creas, quiero que sepas que no trataba de organizarte una encerrona con mi hija. Yo lo que pretendía era hablar contigo del asunto del padre Agullana.

—He pasado un mal rato, jefe.

—Vamos a ver: ¿tú tienes interés por mi hija? Ya sabes a qué me refiero...

—Jefe, no se moleste por lo que le voy a decir. Pero su hija es un ángel.

—¿Y por qué me va a molestar eso? En fin, hay un dicho que a veces es cierto. Me refiero a ese de que «dos hijas y una madre, tres diablos para un padre». No obstante, reconozco que, la mayor parte del tiempo, mi mujer y mis dos hijas son tres ángeles que me han cambiado la vida. Sin ellas, no sé quién sería yo. Pero que me digas que mi hija es un ángel no responde a mi pregunta.

—Quiero decir que su hija..., que yo... Vamos, que no he visto en mi vida una mujer como su hija y que yo estoy...

—¡Acabáramos! ¡Visto para sentencia! Porque a ella jamás la he visto reaccionar ante ningún joven como lo hace contigo. Me parece que los sentimientos son mutuos. Pero, como tú comprenderás, si no se lo preguntas a ella, no resuelves el caso.

—Lo haré. Solo tengo que armarme de valor y...

—Bueno. Lo tienes que hacer con su madre y conmigo delante. Es lo habitual en estos casos. Luego, si tu madre lo aprueba, será perfecto.

—A mi madre ya le he escrito varias cartas a Algeciras hablándole de Eulalita. Y me ha contestado que, si la cosa prospera, estaría encantada de conocerla.

—¡Estupendo, entonces! Vamos a cambiar de tercio antes de que pierdas el seso definitivamente y vamos a hablar, si es posible por última vez antes del juicio, del asunto del padre Agullana, ¿te parece?

—¡Venga, jefe! ¡Vamos a ello! Por cierto, echo de menos al padre José. Pensé que vendría para darnos sus valiosas opiniones.

—Ayer habló conmigo. Resulta que, precisamente para hoy, le ha citado el canónigo doctoral, que ha sido designado como juez. Me ha dicho que, si terminaba a tiempo, se pasaría por aquí. Está preocupado porque teme que el canónigo le proponga intervenir como secretario en el expediente y que su amistad con nosotros sea malinterpretada por algunos.

—Jefe, con nosotros no tendrá problemas.

—Desde luego que no. Bueno, Cándido, ¿qué opinas de todo el caso que nos ha tenido trabajando durante las últimas semanas, ahora que todo parece que está tocando a su fin?

—Jefe, me pregunto si puede tener algún significado el hecho de que la última víctima, el asesinado por medio del garrote vil, fuese un carpintero. Todos en Cádiz saben que Juan Gil, o «Juanillo» como lo solían llamar, hacía trabajos de carpintería para algunos conventos y en particular para el de Santo Domingo. Por si acaso, se me ocurrió ayer echar una ojeada al sillón donde ataron al señor Bohórquez. Vi algo que me llamó la atención. ¿Sabe qué?

—La pregunta es buena Pero no tengo la menor idea.

—Pues vi que el sillón había sido arreglado recientemente, porque tenía clavos nuevos. Sin óxido. No llego a entender cómo se me pasó este detalle al principio de todo este lío. También observé detenidamente las dos letras del respaldo y me sorprendió comprobar que esa zona está más pulida que el resto. Además, el barniz tenía un color ligeramente distinto, como más reciente.

—Pues eso podría significar que Juanillo era cómplice de Agullana y este lo asesinó porque, finalmente, le estorbaba o por otra razón que no sabemos ahora.

—O que colaboraba con alguien que quería incriminar a los dominicos.

—Ya... Pero en ese caso no tiene sentido que Agullana lo matase.

—A no ser que tengamos dos asesinos... Primero hay uno que mata al señor Bohórquez con la colaboración de Juanillo, para inculpar al padre Agullana, y luego este descubre al cómplice y se venga.

—Cándido, todo esto no nos conduce a ninguna parte.

—Yo, la verdad, siempre había tenido claro que el padre Agullana es el culpable de todo, pero su actitud el día que descubrimos al agarrotado me confunde. No cabe duda de que el anciano es un tipo con agallas. Se ha mantenido firme en todo momento.

—Cierto. Hay algo que mi instinto de policía... No sé..., algo que no cuadra en todo esto.

—Igual me pasa a mí. No tengo su experiencia, pero hay cosas que, cada vez que lo pienso, me encajan menos. ¿A qué se refiere usted en concreto, jefe? Podría ser que coincidamos.

—Me refiero, sobre todo, a los últimos acontecimientos. El hallazgo del cadáver en los sótanos de Santo Domingo me pareció algo definitivo para inculpar a Agullana. Pero estos días he estado pensando detenidamente en la actitud del dominico cuando hicimos el registro. Me pasa igual que a ti. Me parece prácticamente imposible que mantuviera la serenidad que mostró en todo momento mientras íbamos bajando a los sótanos en busca de pruebas. O es un loco o no me cabe en la cabeza su mueca irónica y su aire de suficiencia.

—¡Exacto, jefe! Es más, cuando descubrimos el cadáver, la cara de Agullana fue de completa sorpresa. Eso me parece algo muy difícil de fingir.

—Sus reacciones no correspondían a las de alguien que sabe que van a descubrir inminentemente sus crímenes.

—No obstante, cabe una posibilidad, jefe. Imagínese que la noche anterior, horas antes de nuestro descubrimiento, el padre asesinó a Juanillo

por los motivos que fueran. Supongamos que hay un tercer cómplice que se quedó con el encargo de deshacerse del cadáver y que, por algún motivo, no lo hizo. Todo eso justificaría la serenidad del dominico y su sorpresa posterior.

—Puede ser eso... Me parece que, como yo, te has pasado algunas noches en blanco y de tanto pensar en el caso estamos complicando algo que es muy sencillo.

—Así es jefe. Tal vez todo está muy claro y le estamos dando más vueltas de lo necesario.

—Es lo más probable, Cándido.

—Jefe, aquí hay dos posibilidades. O el cerebro de los crímenes es Agullana o este tiene un enemigo que ha estado haciéndolo todo para implicarle. Yo, particularmente, veo que esta segunda posibilidad es poco verosímil, pero no puedo afirmar que sea imposible. Lo cierto es que el descubrimiento del cadáver de Juanillo es el cabo final que remata el caso. O Agullana encuentra una explicación o no hay quien lo salve de ser condenado.

—Así lo veo yo. Pero mi instinto me dice que algo se nos está escapando.

—Jefe, una cosa: ¿no le parece mucha casualidad que decidamos ir una mañana a inspeccionar los sótanos de Santo Domingo y precisamente ese día aparezca un cadáver que solo lleva horas allí?

—Yo a eso le llamo un golpe de suerte, Cándido.

—Supongo que sí. Solo nos faltaría una cosa para estar más seguros. Averiguar si alguien sabía que íbamos a ir ese día a Santo Domingo.

—Mira, Cándido, no vamos a pensar en esto. Los únicos que lo sabían eran el gobernador, el obispo y el canónigo doctoral. ¡Y no me vas a decir que son sospechosos!

—Nosotros colaboraremos con el canónigo doctoral cuando nos llame como testigos y que él decida. Cada uno cumple con lo suyo.

—¡Bien dicho, Cándido! ¿Sabes qué te digo? Si no se nos ocurre algo nuevo sobre el caso durante esta semana que entra, damos el tema por

zanjado.

—A sus órdenes, jefe. Le voy a dar al tarro todo lo que pueda y le prometo que esta madeja la damos por desmadejada del todo antes del sábado que viene.

—Eso. Y ahora vamos a despedirnos de las mujeres y nos tomamos un café en el Apolo, ¿te parece?

—Claro que sí, jefe. Pero esta vez invito yo.

—De acuerdo. ¡Ah! Atento a lo que dices ahora. No me falles.

—No le entiendo, jefe.

—Tú, atento...

Ambos entraron en el comedor. La señora de la casa y su hija mayor estaban haciendo punto; Cristina, leía una vieja revista de modas.

—Eulalia, voy a salir un rato con Cándido a tomar un café.

—Con esas pintas no me sales...

—Claro que no, mujer..., trae la ropa que sea y asunto arreglado. Pero, antes, espera un momento, que aquí el amigo Cándido tiene algo que decir.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú, Cándido... ¿No tenías algo que declararle a mi hija Eulalia?

Cándido salió a la calle exultante y feliz. En ese momento solo pensaba en volver a ver a Eulalita y en que no podía dejar de traerle todas sus camisas envueltas en un paquete.

## EL SECRETO

El padre Agullana, retenido en dependencias del obispado en calidad de preso preventivo, fue desposeído de todas sus prerrogativas como presbítero por el obispo durante el tiempo que durase la causa eclesiástica; por otra parte, dejó de ser capellán de Santo Domingo, siendo sustituido por otro dominico.

Respecto al beneficiado Lebrón, no pudo negarse a desempeñar el cargo de secretario de la causa y ello le obligó a revelar un secreto que llevaba muchos años guardado en su interior:

—¿Qué? ¿Se ha decidido usted a ejercer como secretario?

—Siento decirle que no...

—¿Que no se ha decidido o que no lo desea?

—Lo último, don Leto. Lo último.

—La verdad es que no entiendo el porqué de su decisión.

—Ya se lo dije. Mi amistad con el jefe de policía...

—Pero eso no es un obstáculo. Usted no tiene que hablar ni opinar nada. Le pondré dos escribientes y solo tendrá que comprobar que todo lo que hablen los testigos o yo determine en las distintas diligencias se refleja fielmente. Mi intención es que las actuaciones se desarrollen durante las mañanas. Por la tarde usted se encargaría de que todo se pase a limpio y al día siguiente me iría pasando la firma de todo. Es así de sencillo.

—Pero...

—¡Nada! No le acepto un no por respuesta.

—Usted me dijo que me lo pensase. Creía que podía decidir.

—Es lo más conveniente para usted y para mí. Le he estado ayudando en su carrera eclesiástica desde hace años y creo que es justo que usted me corresponda ahora.

—Ya que parece no tengo opción, le voy a contar algo que le hará comprender mi negativa. Es algo que va mucho más allá de lo que hasta ahora le había expresado como excusa para no intervenir.

—Dígame lo que sea sin ningún problema.

—Solo le ruego, don Leto, que lo que le voy a contar no salga de esta habitación. Es muy importante para mí.

—Salvo que fuese algo que mi moral o nuestra santa religión no me lo permita, le puedo asegurar que lo que me diga quedará entre nosotros. Si duda usted, puede decírmelo en confesión...

—No es necesario, porque no se trata de ningún pecado, don Leto.

—Pues hable con toda confianza, se lo ruego..

—Padre, yo cursé mis estudios para ser ordenado sacerdote aquí, en el seminario de San Bartolomé. Cuando la guerra con los franceses, justo finalizando el año en que se trasladaron las Cortes desde San Fernando al oratorio de San Felipe Neri de Cádiz, fui ordenado y me hice cargo de la capellanía de la casa de expósitos, al lado de las Puertas de Tierra.

—Yo estaba por entonces de párroco en Gerona. Malos tiempos aquellos...

—Sí... Cádiz era por entonces un hervidero de gente venida de todas partes de España. Era difícil alojar a tantas personas en la ciudad. Quien más quien menos tenía a algún forastero acogido, pero no eran pocos los que tenían que dormir al raso.

—Me imagino las dificultades. Y más con los franceses a pocos kilómetros, empeñados en tomar la ciudad. En Gerona también tuvimos muchos forasteros hasta que se tuvo que rendir la plaza.

—Pues bien, un día ocurrió algo que, siendo bastante habitual, ha



influido poderosamente en mi vida: apareció un recién nacido en las puertas de la casa de expósitos. El chico estaba en muy malas condiciones; era muy poquita cosa; muy delgaducho y pequeño. Las monjas lo tomaron bajo su protección, como es natural. A los dos días, apareció por la casa una chica muy joven. Se ofrecía para hacer de nodriza del niño, pero las monjas no aceptaron; su extrema delgadez y su claro estado de desnutrición no la hacían apta para amamantar un niño en el estado en que se encontraba nuestro pequeño.

—¡Cuántos dramas con los hijos abandonados! Creo que sé por dónde va la cosa. La chica era la madre... ¿o me equivoco?

—No. Está usted en lo cierto, padre Leto. La chica pidió hablar conmigo y yo accedí. Me contó su historia: hacía unos meses que había llegado sola huyendo desde Extremadura. Cuando llegó a Cádiz ya estaba embarazada de unos cuantos meses. La habían violado unos soldados franceses y sus padres habían muerto. No tenía a nadie. Estuvo varios meses pasando hambre y durmiendo en las calles de Cádiz. Tuvo al niño ella sola y enseguida comprendió que, si se lo quedaba, el pequeño moriría sin remedio. Por eso lo dejó en la puerta de la casa de niños expósitos.

—Un verdadero drama, padre Lebrón; Aunque, de momento, no veo la relación de todo esto con el tema que nos ocupa...

—La tiene, padre; y mucha. La madre amamantó al niño porque accedí a ayudarla. Yo tenía, una casa cerca de la parroquia de Nuestra Señora del Rosario. Una herencia de mis padres. Como usted sabrá, los dominicos mantienen en su convento varias habitaciones destinadas a los frailes de su orden que marchan o vuelven de América. Por ciertas amistades, conseguí que me permitieran habitar en uno de esos dormitorios. Y a la madre, que se llamaba María, la acogí en mi casa.

—Un buena obra de misericordia por su parte.

—Eso pensaba yo, padre Leto. Pero —Dios me perdone por mis palabras—, a veces la intransigencia y la intolerancia humanas no ven más que pecados y maldades allá donde no los hay.

—Ya le veo venir... Ahí entra el padre Agullana, supongo.

—Así es. Pasaron los años. Yo me había tomado como algo personal el

caso del chico. De vez en cuando, iba a mi propia casa a comprobar que la madre estaba bien. Le daba dinero para que siguiera sobreviviendo e incluso llegué a llevarle el niño con cierta frecuencia después de que este ya no estuviera en edad de ser amamantado. Cuando el padre Agullana llegó a Cádiz, en 1824, yo era capellán del hospicio y seguía ayudando a la madre y vigilando de cerca la educación del muchacho. Desde el principio, todos, seculares o clérigos, fuimos tenidos por el dominico recién llegado como grandes pecadores indignos del perdón de Dios. Tengo entendido que fue enviado aquí desde Sevilla por haber intentado instituir en la sede de la archidiócesis un tribunal de fe.

—Conozco al padre Agullana, no es necesario que me explique su carácter. Por otra parte, me he informado bien de todos los antecedentes referidos a él. El obispo me ha comentado que desde el principio le advirtió de que se abstuviese de hacer nada contrario a la ley civil.

—Entonces sabrá que el padre Agullana había sido miembro de la Inquisición con anterioridad y nunca pareció darse por enterado de que el Santo Oficio no había sido reconocido por el rey don Fernando cuando consiguió acabar con el régimen liberal impuesto por Riego y los demás liberales intransigentes. Cuando llegó a Cádiz continuó dedicándose a espiar y a amenazar a diestro y siniestro. Supongo que nadie se atrevía a hablar con el obispo temiendo las represalias del padre Agullana.

—Y usted fue uno de los espíados y amenazados...

—Exacto. Me conocía por estar viviendo en una de las habitaciones de su convento y le dio por seguirme a escondidas y atosigarme diciendo que yo estaba amancebado con María y que lo iba a denunciar al obispo. Me asusté. Vi perdida mi capellanía y mi honra como sacerdote. Y no se me ocurrió otra cosa que reconocer lo que no era cierto a cambio de que el padre Agullana callase mi supuesta falta y no me denunciase ante el obispo.

—Ya veo... Debió usted ser más fuerte y enfrentarse a él.

—Yo no tenía ni el carácter ni la experiencia que tengo hoy, padre Leto. Y el padre Agullana es una persona terrible. Sabía muy bien cómo amedrentar a alguien. Creo que disfruta persiguiendo supuestas maldades ajenas. Ya sabe: lo de la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio... Llegué incluso a reconocer que el chico era mi hijo, con tal de darle la razón y evitar

mayores problemas.

—Lo hizo usted bastante mal, padre Lebrón, pero no le culpo. Lo importante es que su conciencia esté tranquila y estoy seguro de que lo está.

—No sé, padre. No he cometido el horrible pecado que me achacó el padre Agullana, pero no sé si hice bien. Me obligó a que dejara de ayudar a la pobre chica y, desde entonces, me ha estado vigilando en lo que se refiere a mi supuesto hijo.

—No está usted obligado a contestarme. Pero, ¿sigue usted en relación con el chico y la madre?

—Con el chico, sí. Usted lo conoce. Es el hermano Roque Expósito, el franciscano descalzo que acogí en la catedral como guarda cuando la exclaustación. Él no sabe nada de todo esto. Solo que soy alguien que siempre le he estado ayudando.

—¿Y la madre?

—Dejé de verla. Fue la condición que me puso el padre Agullana para no denunciarme.

—Entonces, ¿no supo más de ella?

—No. Supongo que, al ver que yo no podía mantenerla ni llevarle a su hijo, se fue de Cádiz, seguramente llevada por la necesidad. Era una buena persona.

—Padre Lebrón, le agradezco la confianza que ha puesto en mí al contarme ese secreto. Solo puedo decirle que es usted un gran sacerdote, digno de elogio y que comprendo sus escrúpulos para hacer de secretario.

—No son solo escrúpulos. Reconozco que no quiero estar cerca de ese hombre, padre. Es algo superior a mis fuerzas. No sé si llamarlo temor. Imagínese que ese malvado —lo digo pidiendo perdón al Señor por mis palabras— se entera de que soy amigo del jefe de policía y que he estado hablando con él acerca del caso del Tribunal Negro. Podría pensar que, como venganza por su comportamiento y sus amenazas, he sido el que les he puesto sobre su pista. Le puedo asegurar que no ha sido así, aunque finalmente tuve que reconocer que era el único sospechoso.

—Ahora le comprendo...

—Por eso no he querido hablar con mi amigo el jefe de policía desde la detención del padre Agullana. No quiero que nadie piense que yo...

—¡Por Dios, padre! No hay nada que pensar. Ese hombre es, como usted dice, un malvado indigno de ser sacerdote. Estando avisado, como estoy, no tiene usted nada que temer.

—Lo creo capaz de inventarse cualquier cosa contra mí si piensa que he maquinado algo en su contra.

—No se preocupe más. Ya estoy al tanto de todo. Nadie conocerá nada de esto, pero ese hombre no hará nada contra usted.

—Pues, en esas condiciones, me quedo tranquilo y acepto el cargo, don Leto.

—Una cosa: creo que sería conveniente que pusiera usted en antecedentes a su amigo el jefe de policía. Si sale algo en alguna declaración y él no está al corriente, podría ser perjudicial en algún sentido. Es algo que dejo a su decisión.

—Lleva usted razón, padre. Lo haré.

## UN TESTIGO INESPERADO

El jefe de policía y su agente estaban sentados en el despacho del primero. Había poco que hacer en la calle, por no decir nada, y el aire frío, acompañado de frecuentes lluvias torrenciales, no invitaba a salir, salvo que surgiera algo que obligase a ello.

Cándido llevaba toda la mañana tomando notas y jurando en voz baja, cosa muy poco frecuente en él; Melitón andaba casi igual, solo que tomaba menos notas y juraba en voz bastante más alta. El jefe de policía se quedó mirando a su amigo y subordinado y rompió su concentración.

—Cándido, no hay más que rascar. Yo no veo qué más podemos aclarar. Para mí que todo el caso es meridianamente claro.

—Yo tampoco veo mucho por hacer ya, jefe. Solo nos falta declarar ante el juez cuando se nos llame para ello y que él decida. Nuestra misión ha terminado.

—Tal vez habríamos podido adelantar algo contando con el punto de vista de mi amigo el beneficiado, pero eso no va a ser posible.

—¿Y eso?

—Me ha enviado una nota esta mañana. Te lo iba a comentar, pero, como te he visto tan concentrado, he preferido esperar. Me dice que se ha visto obligado a aceptar el cargo de secretario en la causa eclesiástica que se ha abierto contra el padre Agullana. Dadas las circunstancias y su conocida condición de amigo, me ha comunicado que no considera adecuado que nos

veamos mientras dure esta situación.

—Me parece lógico, jefe.

—Sí que lo es. Pero es posible que nos pudiera haber aportado algo. Cándido, esto ya me cansa y estoy deseando que cerremos carpetas y pensemos en otra cosa.

—Eso va a ser lo mejor. Ya me imagino situaciones que me parecen casi ridículas. La cosa es que, por llevarlo todo a un extremo y terminar de trillar todas las posibilidades, me he planteado una hipótesis.

—¿A qué te refieres?

—Algo que reconozco desde el principio que es descabellado. El otro día, en su casa decíamos que la única posibilidad de que Agullana no hubiese sido el asesino sería que algún enemigo lo hubiese realizado todo con la intención de se le atribuyeran a él los crímenes. Algo así como una venganza.

—Dificilillo lo veo, Cándido.

—Y yo. Solo es una hipótesis, ya le digo. Pues bien. Si eso fuera así, cosa muy improbable, alguien tendría que haber sabido que el día anterior al segundo crimen nosotros íbamos a ir a Santo Domingo, ¿no le parece?

—Sí...

—Ya hablamos el otro día de que los únicos que lo sabían eran el obispo, el gobernador y el canónigo doctoral.

—Así es. Pues de los tres el único que, remotamente, podría ser sospechoso es el canónigo. Estaría bueno que el juez eclesiástico de la causa fuese precisamente el culpable de todo.

—Desde luego, es algo que, en principio, resulta poco probable. Pero no perdemos nada por investigar si hay algún asunto turbio que relacione al canónigo con el dominico o alguna cosa que hubiera dado lugar a una grave enemistad entre ambos.

—No se pierde nada con intentarlo. El problema es que tal vez el único con el que podríamos hablar con confianza de esta cuestión es nuestro amigo el beneficiado Lebrón. Y, tal como está la cosa, no va a ser posible durante la tramitación de la causa.

—Ya veo, jefe.

Ambos se quedaron callados. Los dos parecían haber llegado a la seguridad de que ya era el momento de dar por zanjada la investigación.

—¡Un momento, jefe! —A Cándido parecía habersele ocurrido algo—. Al beneficiado Lebrón no le podemos preguntar nada directamente, eso está claro. Pero podemos hacerlo indirectamente.

—No te entiendo...

—Jefe, ya sabe que el beneficiado suele estar con Roque. Tienen una relación muy estrecha.

—Sí, claro.

—Bien, pues cabe la posibilidad de que el hermano Roque sepa algo sobre el tema porque el beneficiado se lo haya contado. Puede que no sea así, pero digamos que sería el último cartucho. Y si falla lo dejamos.

—De acuerdo, Cándido. Vamos a quemar el último cartucho. Ojalá el hermano Roque supiera algo sobre algún asunto que relacione al canónigo doctoral con el padre Agullana o nos pudiera indicar alguien que lo sepa.

—Y si no es así, damos definitivamente al dominico como autor de todo. Y sobre los cómplices, o confiesa él o me temo que jamás llegaremos a conocerlos.

\* \* \*

El hermano Roque estaba sentado ante el jefe de policía y su agente. Se mostraba más inquieto de lo que parecía razonable, teniendo en cuenta que se hallaba entre personas de confianza y amigos de su benefactor.

—Roque, no te preocupes que solo vamos a hacerte algunas preguntas —comenzó Melitón—. Y lo hacemos tan solo porque no estamos en disposición de hacérselas directamente al padre Lebrón.

—Supongo que sabrás que el beneficiado ha sido designado secretario en una causa eclesiástica —preguntó Cándido.

—Sí. Hace unos días volví al antiguo puesto de guarda de día en la catedral. He estado pasando muchas horas con el padre José a partir de las seis o las siete de la tarde. Me ha dicho que se ha visto obligado a aceptar ese cargo y que, mientras dure su cometido, no dormirá en su casa sino en las dependencias del obispado, para no hablar con nadie de fuera y para no hacer algo impropio.

—Por eso queremos hablar contigo. Tú lo conoces muy bien y él sabe muchas cosas sobre la vida y relaciones de sus compañeros beneficiados y los prebendados de la catedral, igual que sobre muchos religiosos.

—¿Y en qué puedo yo ayudarles?

—Solo queremos hacerte una pregunta muy concreta —aclaró el jefe de policía—: si alguna vez el beneficiado te ha hecho algún comentario sobre el padre don Arsenio Agullana.

—¿Comentario? ¿A qué se refiere en concreto, don Melitón?

—Pues, sobre todo, si te ha hablado de alguna persona que no lo quiera bien o que tenga motivos para intentar vengarse o hacerle algún mal por algún motivo.

Roque se mostraba preocupado; como si tuviera miedo a decir algo inconveniente.

—Don Melitón, puedo decirle que, por lo que sé de boca del padre José, el padre Agullana cae mal a casi todo el mundo. Desde que llegó a Cádiz en el año veinticuatro, no eran pocos los religiosos y sacerdotes que hablaban de que el padre Agullana habría organizado un tribunal de fe si el obispo fray Domingo no lo hubiera atado corto.

—Eso ya lo sabemos. Pero, ¿te comentó el beneficiado si había alguien en concreto que tuviera algún asunto pendiente con el padre Agullana?

—¿En concreto...? No... El padre José siempre me ha dicho que tenga mucho cuidado con el padre Agullana. No le cae nada bien.

—¿A qué te refieres?

—El padre José siempre me dice que el padre Agullana es justo lo contrario a lo que debe ser un buen sacerdote. Que es cruel y malvado, y que es una persona muy peligrosa de la que me tengo que alejar.



—No me extraña que te haya dicho eso. Pero lo que me importa saber es si alguna vez te ha comentado de alguien concreto que tenga algo en contra del padre Agullana. Alguna cuenta pendiente. No sé si me explico...

—Ya le digo, don Melitón, en concreto no. Me ha dicho que cae mal a muchos sacerdotes y frailes, pero nada más.

—Te ha comentado si uno de los sacerdotes a los que cae mal es el canónigo don Leto?

—¿El canónigo doctoral? ¡Qué va! Al contrario. El padre José siempre dice que don Leto es un hombre incapaz de hablar mal de nadie.

—Bueno, hermano Roque —comenzó a hablar Cándido—, vemos que no puedes aclararnos nada. La verdad es que pensábamos que tal vez alguien quisiera vengarse del padre Agullana y tenderle una trampa que le hiciera parecer culpable. Pero vemos que no. O al menos que no nos puedes ayudar en ese sentido.

—Yo... —Roque se puso de repente ostensiblemente nervioso y dubitativo.

—¿Qué pasa, Roque?

—No sé si...

—Dinos lo que sea, Roque. No te preocupes.

—Verán..., tengo algo más que decir sobre este caso. Algo que no tiene nada que ver con lo que el padre José me haya dicho o me haya dejado de decir. No sé...

—Suéltalo sin miedo, hombre —le dijo el jefe de policía poniéndole una mano sobre el hombro—. Ya sabes que aquí estás entre amigos...

—La noche anterior al asesinato de Santo Domingo vi algo...

—¿Dónde?

—Todavía estaba haciendo de guarda nocturno de la catedral. A eso de las tres de la mañana salí a dar una vuelta, porque no podía dormir, y me encontré con un encapuchado en la misma puerta del convento. Llevaba unos hábitos de monje de color negro y me dijo que tuviera cuidado con el Tribunal Negro.

—¿Qué nos estás diciendo?! ¿Viste la cara del encapuchado?

—No...

—¿Podría tratarse del padre Agullana?

—¿Del padre Agullana?

—Sí, hombre. Tranquilo...

—Pues... No lo puedo decir. A mí me pareció alguien más alto, pero estaba aterrorizado y no se veía muy bien. Hacía niebla...

—¿Y la voz?

—¿La voz?

—Sí, hombre, la voz. Que si te pareció la voz del padre Agullana.

—Podría ser... No estoy seguro...

—A ver, si estuvieras ante un juez y te preguntara si la voz que oíste era la del padre Agullana, y estuvieras bajo juramento, ¿qué dirías?

—No estoy seguro... Estaba muy asustado...

—Piénsalo bien.

—Creo que diría que sí..., que era su voz.

—Pues eso es muy importante. Podría ser definitivo para resolver todo esto, Roque.

—Solo le he dicho que lo creo, don Melitón. Pero hay algo más...

—Habla, Roque. Anda, a ver si terminamos con esto y te invitamos a un café.

—Salí corriendo cuesta abajo y estuve a punto de tropezar con alguien que venía en dirección contraria. Hacia el convento.

—¿Y?

—Le vi la cara. Al principio ni lo pensé; pero después caí en que lo conocía. Era Juanillo, un amigo que fue compañero del hospicio durante muchos años. Ahora trabaja de carpintero.

—Roque, esa información es muy importante —dijo Cándido—. Estabas, sin saberlo, ante un crimen a punto de cometerse. Porque te cruzaste con la víctima.

—¿Era Juanillo la persona a la que mataron esa noche?

—Exacto, Roque. Ya no te molestamos más por el momento. Vamos a tomar ese café. Te lo has ganado con creces.

## EL ASESINO

Todo se llevó a cabo con una eficacia y prontitud inusitadas. El padre Agullana rehusó los servicios de un abogado defensor y se prestó a defenderse a sí mismo. Según él, un inocente no necesitaba más que exponer la verdad para demostrar que lo era. Su posición no varió un ápice durante todo el proceso: lo negó todo. Sin embargo, las declaraciones del jefe de policía y su agente mostraban claros indicios de culpabilidad.

El dominico miraba al beneficiado con desdén y desconfianza a partes iguales. Al final, cuando todo parecía estar llegando a su fin, ocurrió lo que se temía el último.

—¿Tiene usted algo que alegar antes de que se dicte sentencia?

—Sí...

—Pues proceda. Diga lo que desee.

—En primer lugar, tengo que afirmar, aunque sea por última vez, que no he asesinado a nadie ni sé qué Tribunal Negro es ese del que se me acusa de haber sido el creador. Confieso, eso sí, que soy firme partidario del funcionamiento de la Santa Inquisición y que una de las peores cosas que han podido ocurrir en esta católica nación ha sido su prohibición. Pero eso no quiere decir que yo haya hecho nada de lo que usted me acusa.

—Eso ya lo ha dicho usted varias veces y consta en el expediente. No obstante, se anotará como declaración final. ¿Algo más?

—Pues sí: quiero que conste que me resulta muy extraño que el

beneficiado Lebrón forme parte de esta causa. Hay ciertas cuestiones del pasado, acerca de él y de su conducta como sacerdote, que me veo obligado a declarar, antes de que se dicte sentencia, para que conste que el beneficiado tiene motivos para haber actuado en mi contra y haberme tendido una trampa con el fin de hacerme parecer culpable de crímenes que jamás he pensado cometer ni he cometido.

—Puede usted declarar lo que le venga en gana; pero le advierto que, tanto yo como los dos señores de la policía que se encuentran presentes en estos momentos para conocer la sentencia, están perfectamente al corriente de todo el asunto que concierne a usted y al padre Lebrón. Puede usted ahorrarse la declaración o no; haga lo que considere oportuno. La actuación de usted en aquellos momentos, personalmente, me parece más que reprochable, pero no tiene ninguna relación con este caso.

El padre Agullana no se esperaba aquello y dudó.

—Señor juez —intervino Melitón Rechi—, antes de que el padre Agullana decida qué tiene que declarar sobre la supuesta conspiración del beneficiado Lebrón en su contra, quería decirle que tenemos un testigo que aportar. No lo he comentado hasta ahora porque se ha estado negando a venir hasta ayer. Creo que su testimonio puede ser fundamental para aclararlo todo.

—En ese caso, posponemos la finalización de la declaración del padre Agullana. Si el testigo se encuentra disponible, que entre.

Cándido Molina salió de la sala y entró acompañado de Roque Expósito. El padre Agullana se mostró sorprendido, aunque no tanto como el beneficiado Lebrón.

—Siéntese usted, hermano. Ahí tiene la sagrada Biblia. ¿Jura usted ante ella que dirá toda la verdad?

—Sí, señor canónigo. Lo juro.

—¿Sabe usted algo sobre los crímenes del Tribunal Negro?

—Creo que sí, señor canónigo.

—¿Lo sabe porque ha sido testigo de algo?

—Sí señor.

—Pues diga lo que sabe o ha visto.

—Pues... la noche en que se supone que se cometió el último crimen...

—¿Se refiere usted a la noche del 3 al 4 de noviembre?

—Sí. A esa noche. Pues yo estaba tratando de dormir en la catedral...

Roque contó todo lo sucedido. Todos estaban expectantes, incluso Rechi y Molina, ya que no sabían con seguridad si Roque, definitivamente, tenía claro que la voz que había oído era la del padre Agullana. De ahí que cuando el canónigo doctoral hizo la pregunta todos se inclinaron hacia delante, como tratando de oír mejor.

—¿Puede usted decirme si vio la cara de la persona que le habló o supo a quién pertenecía su voz?

—Yo... —Roque se puso tremendamente alterado. Su cuerpo temblaba y los labios parecían negarse a abrirse para dejarle hablar.

—Tranquilícese, hermano. Pero tiene que decir la verdad, sea la que sea.

—Yo... No vi la cara de la persona que llevaba los hábitos negros. Y la voz... no me pareció la del padre Agullana.

—¿No lo era? ¿Está usted seguro?

—Señor canónigo, yo... estaba muy asustado. Es posible que ahora mismo me esté equivocando. Pero yo no puedo jurar ante la Biblia que la voz que oí era la del padre Agullana. No puedo asegurarlo.

—¿Ha oído usted hablar a menudo al padre Agullana?

—A menudo, digamos que todos los días, no. Pero conozco su voz. Eso sí.

—Su testimonio se ha convertido en fundamental. Se lo voy a preguntar de otra forma: ¿podría tratarse de la voz del padre Agullana, tal vez algo cambiada porque este, al conocerle, tratase de cambiarla.

—No lo sé... No creo que me reconociera. Había una niebla bastante espesa. Aunque, al decirle que era el guarda nocturno de la catedral y tal vez por mi voz, sí es posible que supiera que era yo.

—Entonces, podría ser que alterase su voz para que usted yo no supiese que era él...

—Podría ser. Pero insisto en que si digo que era el padre Agullana estaría faltando a mi juramento.

El padre Agullana negaba, indignado, con la cabeza. Sin que nadie le preguntase, empezó a gritar.

—¡Lo que faltaba! Está claro que el beneficiado Lebrón ha enviado a este pobre muchacho para enfangarme más aún. Y no se atreve a jurar ante la biblia algo que sabe que no es cierto. ¿No ven cómo se encuentra? Si el chico supiera...

—¡Usted se calla ahora mismo! —Gritó el canónigo doctoral—. Hermano Roque, gracias por su declaración, si no tiene usted nada más que añadir la damos, de momento, por terminada. Se suspende el acto por hoy. Mañana, si no aparece algo nuevo, procederé a dictar sentencia. Quiero aclarar a los señores policías, como representantes que son de la autoridad civil, que esta será tan solo de inocente o culpable. Será la autoridad eclesiástica la que se encargue de la pena que corresponda en su caso. Quedan todos ustedes emplazados a las nueve en punto de la mañana, incluyendo el hermano Roque, que esperará afuera por si fuera necesario llamarle de nuevo.

—Antes de que salgamos querría comentarle una cosa, señor juez —dijo el jefe de policía—. Y, si es posible, que estén presentes mi ayudante y el beneficiado.

—De acuerdo. Los dos escribientes acompañen al padre Agullana a su habitación; usted, hermano Roque, puede salir. —El canónigo esperó a que salieran—. Diga, don Melitón.

—He estado pensando en que nos queda algo por hacer que podría ser definitivo para resolver este caso. Suponiendo que no esté realmente resuelto ya... A estas alturas, ya podemos dar por seguro que el padre Agullana no va a confesar sus crímenes. Pero hay una forma de conseguirlo; o, al menos, de intentarlo.

—Parece interesante lo que dice...

—Ya hemos comprobado que el padre Agullana tiene una especial

inquina contra el beneficiado Lebrón. Ha llegado a acusarlo de haberle tendido una trampa. Pues bien, tal vez ha llegado el momento de hacerlo de verdad. Si el secretario conversa a solas con el padre Agullana, es posible que este llegue a confesar lo que ha hecho llevado de su orgullo o de su rabia. Y mañana el beneficiado sería llamado como testigo. Reconozco que no es más que un intento, pero tiene probabilidades de éxito.

—Con todos los respetos, no me siento capaz de enfrentarme a solas con ese hombre. No es temor; es algo que me hace casi imposible estar junto a él. No sé cómo explicarlo...

—Padre José, la idea de don Melitón me parece muy buena. Debe usted sacrificarse en aras de lograr la verdad. Estoy seguro de que tendrá el temple y la habilidad necesarios para sacar en privado al padre Agullana una confesión que nunca hará en público y menos ante mí. Le ruego encarecidamente que lo intente.

—Siendo así, lo haré, don Leto. Lo haré y que Dios me dé fuerzas.

\* \* \*

—¿Se puede saber qué hace usted aquí?

—He venido a hablar con usted, padre Agullana. A título particular.

La habitación donde se encontraba el padre Agullana estaba a oscuras. Al fondo se adivinaban algunas estanterías con libros y un gran armario. El padre estaba sentado en una silla.

—Entre usted y yo no hay nada que hablar. Supongo que vendrá más bien a regodearse con mi desgracia. Estoy convencido de que usted está detrás de todo.

—Mire, padre Agullana, a mí no me engaña. Yo al principio pensé que era inocente. Pero usted es un intransigente y un mal sacerdote. Ha montado un tribunal para asesinar a quien le viene en gana y lo esconde todo dándoselas de buen cristiano. Fíjese: el primer asesinato fue justamente el que le amenazó a usted con un revólver el día que la milicia expulsó a todos los religiosos de los conventos; fue una venganza, no se engañe. Pero usted



no se conformó con haberle aplicado una cruel tortura: cuando supo que iba a declarar en su contra, lo ahorcó, o mandó que alguien lo hiciera.

—Todo falso...

—El segundo asesinado era un carpintero que hacía trabajos para ustedes, los dominicos. Estoy seguro de que se trataba de un cómplice; cuando le pareció oportuno, lo eliminó, tal vez para que no confesara sus horribles crímenes.

—¡Yo no he hecho nada de eso!

—¿Ah, no?

—¡¡No!!

—Pues debe saber que no le creo. Es usted una mala persona y se merece ser castigado. ¿Ha pensado a cuantos inocentes ha juzgado usted sin razón y les ha arruinado la vida?

—Cuando fui miembro de la Inquisición... tuve que cumplir con mis obligaciones. Pero eso no tiene relación con lo otro.

—¡No me haga reír...! ¿A cuántos arruinó la vida con sus persecuciones y su falsa religiosidad cuando llegó a Cádiz?

—¿Arruinar? No lo dirá por usted... A cambio de que rectificase, le permití que siguiera ejerciendo todas sus funciones pastorales y sacerdotales. Si yo hubiera querido, sí que le habría arruinado la vida; pero no lo hice. Yo solo he tratado de corregir a las personas descarriadas, pero jamás se me ha ocurrido crear un tribunal sin permiso del obispo y menos aún matar a nadie.

—¡Es usted un malnacido! ¿Corregir a las personas descarriadas? ¡Aquella mujer murió por su culpa! ¡Y era una buena persona! ¡Un Ángel!

—¡Aquella mujer era una furcia! Y murió porque usted, un mal sacerdote, se metió en su vida y terminó de hacerla perder su alma.

El beneficiado agachó la cabeza y se quedó un largo rato con la barbilla casi pegada al pecho. De repente, levantó la cabeza. Su expresión había cambiado. Incluso su voz era distinta. Los ojos parecían querer salirse de sus órbitas.

—Es usted un perfecto hijo de puta y tiene la cabeza podrida de tanto

pensar mal en los demás. ¿Sabe qué le digo? Que ahora le ha llegado a usted, como a todo cerdo, su San Martín. Mañana declararé en la última sesión como testigo y juraré que usted me ha confesado todos sus crímenes.

—Pues jurará en falso.

—Todo sea por hacer justicia. Hace años que usted se merece un escarmiento.

—¡Pero yo no he hecho nada! ¡Siempre ha sido usted un pusilánime! No supo comportarse como un hombre cuando sucedió lo de su hijo y su barragana. Y ahora, por lo que veo, es, además, un perjurio.

—¿Pusilánime yo? Se referirá usted al padre Lebrón que conoció hace años... Puede que él fuera un cobarde y un timorato; pero ahora soy otro, y estoy aquí para arreglar las cosas.

—¿Pero qué dice usted, hombre de Dios?

—Eso es lo que soy: un hombre de Dios ¡Y usted es un hijo de Satanás, que va a pagar por sus culpas! El padre Lebrón al que usted persiguió con saña no tuvo nunca una barragana ni un hijo. Usted lo enfangó todo con su alma podrida. Solo vio el mal donde nada más que había una buena obra.

—¿Pero qué habla? Usted estaba enamorado de aquella fulana...

—Claro que estaba enamorado de ella. Yo sí. ¿Fulana? ¡Es usted un hijo de la gran puta! ¡De buena gana lo mataría con mis propias manos! Pero no será necesario: ya lo castigará la justicia como se merece.

—Pero yo no he hecho nada...

—Ahora no... Pero ha estado mucho tiempo ganándose a pulso lo que se le viene encima. Hace años que vengo jurándome que se lo haría pagar bien caro. Y la expulsión de los conventos me vino como al pelo. Usted es el responsable de la muerte de María. Se sintió abandonada y no encontró otra salida. Sabe que, ¿hijo de perra?: yo maté a esos dos hombres y usted pagará por ello.

—¿Usted?!

—¡¡Sí, yo!! No entraba en mis planes matar a nadie. Solo quería darle un escarmiento. Pero la cosa se complicó. No le diré que me alegro de hacer

matado a esos dos hombres; pero ya sabe el refrán: «No hay mal que por bien no venga».

—Usted se condenará por sus fechorías...

—No: el beneficiado Lebrón confesará todos sus pecados y Dios me perdonará. Será el padre Agullana quien sea condenado, aquí, en la tierra, donde ha hecho tanto daño; y también arriba, en el cielo, porque sé que nunca se arrepentirá de todo lo malo que hizo.

—Está usted loco...

—¿Loco? Piense en todo el daño que ha hecho y no juzgue a los demás como siempre. Y ahora me voy de aquí; no soporto su presencia ni un minuto más. Mañana me estaré riendo por dentro mientras trata de convencer al canónigo doctoral de que el asesino es el beneficiado Lebrón.

\* \* \*

Al día siguiente, a las nueve en punto, estaban reunidos ante el canónigo Leto Gómez el padre Agullana, el secretario Lebrón con sus dos escribientes y los dos policías.

—Señores, antes de dictar sentencia, tengo que advertir que tenemos un nuevo testigo y que se encuentra presente. Padre Lebrón...

—Sí, señor juez.

—¿Jura usted ante la Sagrada Biblia decir toda la verdad?

—¡Lo juro!

—Bien. ¿Estuvo usted hablando ayer con el padre Agullana?

—Sí, señor juez. Así es.

—¡Esto es una encerrona! —Interrumpió el dominico— Acabemos ya...

—Haga el favor de callarse. Ya hablará cuando le llegue el turno, padre Lebrón.

—¿Sobre qué hablaron ustedes?

—Sobre los crímenes recientes.

—¿Y qué le dijo el padre Agullana?

—Que había sido él. Que se lo tenían merecido por herejes y que iba a declarar que yo le había confesado ser el verdadero asesino. Siento decirlo, pero el padre Agullana parece haber perdido la razón.

—Con esto, en principio parece estar todo claro. No obstante, aunque el padre Lebrón y el padre Agullana lo desconocen, hay un testigo de la conversación que sostuvieron ambos. —Tanto el beneficiado como el dominico quedaron estupefactos.

—¿Un testigo? —preguntó Lebrón con la respiración agitada.

—Sí, señores. Hay un testigo. El agente don Cándido Molina entró por una puerta trasera y se escondió en un armario de la habitación contigua, que se comunica con el lugar donde se produjo la conversación. Después salió con el mismo sigilo con el que entró. El agente está en condiciones de corroborar o desmentir la declaración del señor secretario, beneficiado Lebrón. Yo, como juez de esta causa eclesiástica, no he querido saber nada sobre el contenido de su declaración hasta este momento. Por favor, agente, proceda usted a jurar ante la Sagrada Biblia.

—Juro decir toda la verdad, señor canónigo.

En ese momento, el beneficiado se levantó de su silla, cogió la pluma a uno de los dos escribientes y se dirigió directamente hacia el padre Agullana, clavándosela en la barriga.

—¡¡¡Sí!!! ¡¡¡Yo les maté!!! ¡¡¡Pero el culpable es ese hijo de perra!!!

Luego, miró a todos con los ojos enloquecidos y, con una carcajada espeluznante, se dirigió directamente hacia una ventana, arrojándose de cabeza al hueco y atravesando los cristales.

## LA VERDAD

El lugar donde se desarrolló el juicio contra el padre Agullana, estaba en un primer piso. Esto fue lo que salvó al beneficiado Lebrón de morir en el acto. Cayó de muy mala manera y se golpeó fuertemente la cabeza. Un reguero de sangre fue recorriendo, lentamente los intersticios del empedrado.

El beneficiado sobrevivió. Fue ingresado en el hospital de San Juan de Dios, con una escolta policial permanente reforzada con guardias municipales, y estuvo dos semanas sin recuperar el conocimiento. Desde que ingresó en el hospital, Roque no se separó de su lado ni un solo instante.

La declaración de Cándido Molina no dejaba lugar a dudas. El beneficiado había matado a dos personas como venganza contra el padre Agullana. El beneficiado Lebrón fue declarado culpable de los dos asesinatos y el expediente se entregó al obispo, el cual se prestó a enviar al canónigo doctoral al Gobierno Civil para informar del asunto y, sobre todo, para intentar llegar a ciertos acuerdos con el gobernador. Acuerdos que, según fray Domingo de Silos, redundarían en beneficio de la Iglesia y en el de la paz ciudadana

No obstante, cuando el canónigo doctoral y el jefe de policía pudieron tomar declaración al beneficiado, una pregunta inquietante se presentó ante ellos: ¿Quién era realmente el padre Lebrón, el que había saltado por la ventana y confesado sus crímenes o el que les hablaba ahora? Porque no parecían ser la misma persona.

El doctor Jiménez mandó llamar urgentemente a los dos policías y al canónigo doctoral. Todos habían estado varias veces en el hospital, esperando lo peor. Así que Melitón y cándido pensaron que había fallecido. Pero no era

así.

—Señores, el beneficiado se encuentra en una situación muy delicada. Aún no me explico cómo ha sobrevivido durante tantos días. Tiene un golpe muy fuerte en la cabeza y pensé que el derrame que debe tener no le iba a permitir recuperar el conocimiento. Hace dos horas que está despierto, aunque muy débil. Me ha insistido en que les llame.

—Vamos...

—Yo me quedo fuera —indicó el doctor— Si notan un empeoramiento, me llaman enseguida.

—De acuerdo, doctor.

Los tres hombres entraron en la habitación. El beneficiado parecía muy lúcido y se mostró muy alegre de verlos; Roque los saludó con una cara muy preocupada.

—¡Vaya! ¡Si están aquí mis mejores amigos! Siento que les he defraudado lo suficiente como para que hayan dejado de serlo...

—¡De eso nada, Pepe! La amistad siempre estará ahí —dijo Melitón con un nudo en la garganta.

—Roque, anda, sal un rato. Quiero hablar ciertas cosas con estos señores. —Roque salió de mala gana—. Amigos míos: os he hecho venir porque ahora os puedo contar toda la verdad.

—El doctor dice que aún estás muy débil...

—No importa. Lo veo todo muy claro ahora y no quiero esperar.

—Di lo que desees, Pepe.

—Será un poco largo, así que procuraré ser breve. Pero, antes que nada, quisiera comentaros que el pobre Roque está muy preocupado. Hace un rato me ha confesado que cometió una falta en la declaración como testigo. No perjuró, pero omitió decir que la voz que había oído cuando se topó con alguien en la puerta de Santo Domingo era la mía. Espero que se lo perdonéis. Desde la noche que me reconoció en la puerta del convento de Santo Domingo lo ha estado pasando francamente mal.

—Por eso no se preocupe, padre Leto. No se tomarán medidas contra

él. Al fin y al cabo, contestó correctamente a las preguntas que se le hicieron y no mintió —argumentó el canónigo—. Usted cuéntenos lo que desee.

—Ya habíamos notado que Roque estaba tratando de ocultar algo cuando declaró —explicó Rechi—. No fue capaz de jurar que reconoció la voz del padre Agullana, con lo cual no consiguió despejar nuestras dudas. Además, supongo que instintivamente, miraba constantemente hacia ti, y eso nos hizo sospechar. Cándido tuvo la idea de organizar un careo entre el dominico y tú y mantenerse escondido.

—Bueno, voy a confesar todo lo que sé. Ya digo que es un poco largo. Espero que no se me vaya la cabeza y pueda terminarlo. La primera parte ya la conoce don Leto, aunque no algunos detalles:

Yo acababa de terminar mis estudios en el seminario y de ser ordenado sacerdote a finales de 1810. Cádiz era un hervidero de gente venida de todas partes de España. Las Cortes aún estaban en San Fernando, aunque ya faltaban pocos meses para que llegaran a Cádiz. Los franceses bombardeaban la ciudad día sí y día también. Mejor dicho, lo intentaban, pero con muy poco éxito. Me encomendaron la capellanía de la casa de expósitos. Había muchos niños pequeños abandonados y poco alimento para todos. Afortunadamente, no faltaban nodrizas, desde señoras de clase alta hasta pobres infelices, que se prestaban a amamantar a aquellos pequeños.

Un día apareció uno en la puerta de la casa. Lo recogió una monja. Al día siguiente vino una mujer muy joven diciendo que el crío era suyo, que lo había dejado allí porque le era imposible sobrevivir con él ya que estaba durmiendo en la calle y no tenía casi nada que llevarse a la boca. Quería amamantarlo. Yo se lo concedí, aunque las monjas decían que no era conveniente y que no estaba en condiciones de dar de mamar al pequeño.

Ella había huido de algún pueblo de Extremadura. Unos soldados franceses la habían violado y sus padres habían fallecido. Un drama. Sin decir nada a nadie, la llevé a mi casa para que tuviera un techo y le fui dando algo de dinero para que pudiera alimentarse. Era un ángel. Lo confieso: me enamoré perdidamente de aquella mujer.

Hasta catorce años después, estuve viviendo en una habitación del convento de Santo Domingo. El chico había crecido y llevaba tiempo en el hospicio. Se lo traía a menudo a su madre; otras veces iba a verla solo. Nos

reíamos y éramos felices. Nunca he tenido la sensación de haber cometido un pecado con ella. Simplemente, la quería. Y no por ello se perdió en ningún momento mi vocación de sacerdote. Creo que aumentó, si digo la verdad.

Respecto al chico, ya os he dicho que no es hijo mío. Eso sí, lo quiero como si lo fuera. A la madre no se lo podía entregar. Ya lo sabéis: una mujer sola con un niño es considerada lo peor que se puede decir de una mujer. Y ella lo aceptó. El chico, que no es otro que el hermano Roque, no sabe casi nada de todo esto. Sabe que había una mujer que lo quería y poco más.

Pues bien, llegó el padre Agullana y todo cambió. Estaba obsesionado con los demás sacerdotes. Veía paja en todos los ojos ajenos y no la viga que tenía en los propios. A mí me estuvo siguiendo hasta que descubrió que frecuentaba una casa en la calle del Rosario en la que había una mujer a la que le llevaba a menudo a un chico.

Me amenazó con hacer público todo. Yo le juré que no era lo que él pensaba, que aquella era mi casa y yo no estaba amancebado. Que por eso vivía en el convento de Santo Domingo. Todo le dio igual: me dijo que tenía que renunciar a ir a ver a aquella mujer o haría público ante el obispado mi amancebamiento. Yo por entonces ya era beneficiado de la catedral. Lo vi todo perdido: mi honra de sacerdote y mi puesto en la catedral, fueron más fuertes que todo lo demás. Fui un cobarde y dejé de verla. No hubo explicaciones; fue algo radical. Cuando podía le enviaba dinero, pero el padre Agullana se enteró y me lo prohibió. Ella debió pensar que la había abandonado.

—José, entiendo que todo aquello daría lugar en ti a un gran odio hacia el padre Agullana —dijo Melitón.

—No. Realmente, me sentía culpable de lo que había ocurrido. Me convencí de que el padre Agullana tenía razón, aunque fuera una persona muy intransigente e intolerante en asuntos religiosos. El odio vino después. Y tampoco puedo decir exactamente que fuera yo quien le profesó ese odio.

—No entiendo, padre —dijo el canónigo.

—Reconozco que no es fácil de entender. Yo no lo he entendido hasta ahora. Os diré todo lo que sé y espero que lo comprendáis. Varios meses después de haber dejado de ver a María, que era el nombre de aquella desgraciada mujer a la que tanto he querido y quiero, me decidí a ir a su casa.



Quiero decir a mi casa. Una vecina salió mientras yo llamaba a la puerta y me contó algo espantoso: María se había ahorcado hacia más de un mes.

Volví a Santo Domingo. Tenía un dolor de cabeza terrible. El padre Agullana estaba por allí. Le conté lo sucedido y me dijo que era de esperar en una mujer descarriada y que estaba dispuesto a denunciarme, ya que no había cumplido mi promesa de no verla más. Le supliqué que no lo hiciera y el terminó por acceder diciéndome que ya que la causante de todo había fallecido, lo dejaría correr. Y ahora viene lo más inexplicable. Ya os digo que yo lo he comprendido ahora.

—¿Qué pasó, padre? —preguntó el canónigo.

—En aquel momento oí una voz que venía de mi interior. Me decía que tenía que hacer callar al malnacido de Agullana. No sé si lo entenderéis, pero esa voz no era imaginaria; era completamente real.

—La voz de tu conciencia, que te estaba tentando a pecar —afirmó el canónigo.

—Es difícil de explicar. Era yo mismo, pero no era yo. Quiero decir que hasta entonces yo había sido el beneficiado Lebrón, un sacerdote con vocación y temor de Dios, un tanto apocado y buena persona; sin embargo, la voz interior que me hablaba era de alguien capaz de todo. No era un sacerdote, sino un hombre que odiaba y era capaz de matar.

—Pero no ocurrió nada ¿O sí?

—Nada. Durante mucho tiempo, todas las noches, la voz me despertaba sugiriéndome que cometiera un crimen atroz. «Mata a ese hijo de perra; se lo merece», me decía; y yo le contestaba que no podía hacer eso. Entonces él me decía que yo era un cobarde y que no me atrevía a reconocer la verdad: que mi mayor deseo era vengarme del malnacido de Agullana. Así estuve meses, luchando contra aquella voz. Hasta que, un día, sin saber cómo, desapareció y no me volvió a molestar más.

—Y hace poco volvió, ¿no? —Preguntó Cándido.

—Así es. Cuando los religiosos fueron expulsados de los conventos de Cádiz vi una oportunidad para tener cerca de mí al hermano Roque y me lo llevé a mi casa. Desde que se suicidó María no podía entrar en la casa que fue de mis padres. Hace años que la vendí y me compré otra cerca de la capilla

del Pópulo. La que vosotros conocéis, Melitón. Yo era muy feliz con la situación. Era como si un padre que nunca ha podido convivir con su hijo lo hiciera por primera vez. Durante esos días, descubrí que Roque, de alguna manera, aunque es físicamente muy distinto, se parece muchísimo a su madre. En el fondo, es tan inocente como ella.

Sé que el chico estaba muy bien en casa. Recordábamos su niñez y hablábamos de todo. Llegué a pensar que Roque se quedaría conmigo para siempre. Pues bien, el padre Agullana, siempre atento a las cosas de los demás y poco preocupado por sus propias faltas, me obligó a que Roque dejara de estar en mi casa.

—Pero ¿por qué? —preguntó Melitón.

—Según él, era inconcebible que un sacerdote se trajera a su hijo a vivir a su casa.

—Pero no es tu hijo...

—No. No lo es. Aunque el padre Agullana me hizo firmar un papel reconociendo que sí lo era. La cuestión es que, a raíz de la prohibición de que Roque viviera en mi casa, la voz volvió de nuevo. Le llamaré «el Otro», porque era como otro yo dentro de mí. Me decía constantemente que había llegado el momento de vengarme del padre Agullana. Me recordaba que yo había oído en el palacio episcopal cómo el dominico contaba a varios amigos que un capitán de las milicias le había amenazado con un arma y que todos sabían que él padre Agullana deseaba con todas sus fuerzas que se restaurase la Inquisición. Si yo hacía algo contra el capitán, la supuesta venganza del padre contra su amenazador sería creíble por todos y eso le serviría de escarmiento.

—Así que se te ocurrió la idea de torturar al señor Bohórquez para que se culpase a Agullana.

—Bueno, no se me ocurrió a mí, sino al otro. Ahora, después de despertarme, sé que no es así; pero entonces una persona era yo, el que os hablo ahora, y otra la voz. Es como si hubiese dos personas, completamente diferentes, en un mismo cuerpo. A veces, el otro hacía cosas que yo recordaba vagamente. Pero los crímenes yo no los recordaba. Era él quien me los contaba después de haberlos cometido.

—¿La decisión de secuestrar al señor Bohórquez, fue suya o del otro?  
—Preguntó Cándido

—Del otro. Yo me negaba a implicar al padre Agullana en algo de lo que no era culpable.

—Es cierto; lo recuerdo —aceptó Melitón—: al principio al menos, cuando hablabas con nosotros, negabas que el padre Agullana pudiera estar implicado en el secuestro y tortura de Bohórquez.

—En el fondo, era «el otro» el que lo negaba. Si lo hubiera hecho precipitadamente podríais haber sospechado de su prisa por señalar al dominico.

—Pero, Pepe, no hay un «otro»; eres tú.

—Eso lo sé ahora, Melitón. En aquel momento yo creía que la persona que había decidido secuestrar al señor Bohórquez era el otro. Es como si estuviera convencido de no era yo el que tomaba las decisiones más bajas o reprochables, sino otro yo distinto. —Melitón miró preocupado al canónigo; ambos pensaban que al beneficiado se le había ido la cabeza—. Cuando hablo del otro, sé que soy yo. Pero eso lo sé ahora. Es muy importante que entendáis eso para que me comprendáis.

—De acuerdo, padre José. Usted cuéntelo todo.

—A eso voy. No me guardaré ni un solo detalle. El problema fue que el señor Bohórquez parecía haber reconocido la voz de su secuestrador cuando fue torturado. Lo supe por vosotros, Melitón. Siento haberos utilizado en todo esto, pero quisiera decir en mi descargo que no me daba cuenta de que lo hacía.

—Ahora no te preocupes por eso.

—Yo, es decir, lo que yo entendía que era el otro, tenía un cómplice, alguien al que pagó una buena cantidad para que le ayudara a montar un supuesto tribunal que juzgase al señor Bohórquez.

—Juanillo

—Exacto, Cándido. Era la persona perfecta para ayudarle. Trabajaba como carpintero para los dominicos y labró unas iniciales en el sillón donde atamos al señor Bohórquez. Ya sabes Melitón: La famosas O y P...

—Ya...

—El otro me dijo que nos iban a reconocer. Que, tarde o temprano, el señor Bohórquez oiría nuestra voz y nos reconocería. Y entonces se vendría abajo nuestro plan.

—Y, entonces, el otro decidió matar al señor Bohórquez. ¿No es así? —preguntó Cándido.

—Exactamente. Me dijo que el señor Bohórquez era una víctima necesaria; que eliminaríamos la posibilidad de que nos reconociera y, al mismo tiempo, el crimen serviría para implicar todavía más al padre Agullana. Yo no estaba de acuerdo. Me parecía algo horrible. Días después del asesinato del pobre Bohórquez, el otro me lo contó todo. Juro por Dios que, hasta ahora, yo no recordaba nada de lo que ocurrió.

—Pero, padre José... Usted sabe que ese que llama el otro es usted...

—Ahora sí lo sé, padre Leto... Pero él actuaba por su cuenta. Quiero decir que yo no recordaba haber ahorcado al pobre Bohórquez. Me lo contó el otro. Ahora sí lo recuerdo todo. Es como si ese otro yo haya vuelto a ser yo mismo. Ahora lo recuerdo todo y por eso estoy confesándolo, antes de que sea incapaz de hacerlo. No quiero quedarme con este cargo antes de morir.

—¿Y por qué mató usted al carpintero? —Preguntó el canónigo— ¿No era suficiente con una muerte para hundir al padre Agullana?

—El pobre Juanillo no tuvo otra ocurrencia que intentar chantajearnos. Quiero decir chantajearme. Dejó una nota en la puerta de las oficinas policiales. Tú me la enseñaste, Melitón, y el otro terminó por saberlo. La cuestión es que Juanillo sabía que yo era amigo vuestro y ese fue el motivo por el que puso el papel en la puerta de vuestras dependencias: sabía que yo me enteraría de que él estaba dispuesto a hablar con vosotros. Una noche, el otro se puso a hablarme de nuevo. Me decía que había que acabar con Juanillo o nos seguiría extorsionando toda la vida. El carpintero era nuestro cómplice, mi cómplice; pero tenía tanta avaricia que decía que estaba dispuesto a confesarlo todo si no le dábamos dinero. Yo hablé con él y no hubo forma de convencerlo. Así que el otro urdió un plan que decía era perfecto: citar a Juanillo en la puerta del convento de Santo Domingo con la excusa de que le pagaría el dinero que pedía si le hacía un último trabajo: entrar con él en el convento y dejar pruebas falsas de la culpabilidad del

padre Agullana. Lo que no sabía el pobre Juanillo es que él, en persona iba a ser la prueba. Después de que Roque me encontrase en la puerta, llegó Juanillo, entramos en el convento y llegamos a las habitaciones que habían sido sede de la Inquisición.

—Te aprovechaste de nuevo de la información que te suministramos respecto al día que íbamos a inspeccionar el convento...

—Así es Melitón. No te puedes imaginar cuánto lamento ahora haberos utilizado en todo esto.

—¿Cómo pudo abrir la puerta del convento? —Preguntó Cándido.

—Muy sencillo: en la sede episcopal hay copias de todas las llaves de las iglesias. Cogí las de Santo Domingo y al día siguiente las devolví a su lugar.

—Entonces, quedamos en que bajaste con el carpintero a las habitaciones de la antigua Inquisición. ¿Y después?

—Lo dormí con cloroformo, lo até a la silla del garrote vil y lo maté. Pero eso lo he recordado hoy, a poco de haberme despertado. Igual ha sucedido con la conversación con el padre Agullana, cuando nos quedamos solos y Cándido se enteró de todo. Al despertarme, hace unas horas, solo recordaba la primera parte. De repente, todo lo he visto claro, tal como sucedió, hasta el momento en que me tiré por la ventana.

—Ahora sabes que todo lo has hecho tú...

—Sí, Melitón, lo sé; os juro que entonces no lo sabía. No recordaba los crímenes que cometía y todo lo sabía por la voz del otro; ahora sé que me sucedió algo extraño. Supongo que el odio, la venganza y el crimen no entraban en mi conciencia de sacerdote. Se me debió nublar la mente o enloquecí. No lo sé. Sin saberlo, creé un personaje en mi interior que me hacía el trabajo sucio. Cuando me he despertado hace unas horas lo he visto todo claro. Y estoy completamente arrepentido.

—Padre Lebrón, eso es lo más importante.

—Sí, don Leto. Si no le importa, me gustaría quedarme un rato con usted y confesarle mis pecados.

—Por supuesto...

—Pero antes quiero pedirles a mis amigos Melitón y Cándido un favor muy grande.

—Lo que quieras, Pepe...

—No me dejéis solo a Roque. Creo que lo mejor es que no le contéis nada de todo esto. Pero haced lo que creáis que sea mejor. Lo único que os pido es que estéis a su lado para que siga siendo un buen hombre y que sea lo más feliz que se puede ser en su desgraciada vida. Por otro lado, ya que no he podido hacer testamento, quiero aprovechar que estáis aquí como testigos de que cedo mi casa y los pocos bienes que están en ella a Roque. En una caja hay algo de dinero que he ahorrado. Todo es para él.

—Te juro que no lo dejaré ni un momento, Pepe. Como si fuera mi hijo. Te lo juro.

—Yo digo lo mismo, padre José. Aquí tiene Roque a un amigo. Además digo yo, jefe, que un celador como Roque no vamos a encontrar en la vida. ¿No le parece?

—Pues tratándose del futuro yerno de mi amigo Melitón, que te quiere como si fueras su hijo —trató de bromear el beneficiado— me hago a la idea de que Roque tiene un hermano. Bueno, dejadme un rato con don Leto, que tengo ganas de reconciliarme con Dios.

## EPÍLOGO

El padre Lebrón falleció dos días después. Se había quedado dormido de nuevo y murió mansamente, con Roque a su lado. El informe condenatorio del canónigo doctoral se modificó, expresando la convicción —corroborada por los dos policías— de que el beneficiado había cometido los crímenes en estado de completa enajenación mental. Igualmente apuntaba que la caída desde la ventana no podía considerarse como suicidio por el mismo motivo. Gracias a ello, el obispo pudo determinar, junto con los prebendados de su cabildo, que se hiciera una función en su honor en la catedral de Santa Cruz, con el mismo ritual que si se tratara de un canónigo, y que fuese enterrado en lugar sagrado.

El padre Agullana fue repuesto por el obispo en su cargo de capellán, pero renunció. Pidió que se le permitiese quedarse en una habitación del convento de Santo Domingo. Nunca volvió a ser el mismo. Hablaba poco y contestaba, distraído, con monosílabos. A veces preguntaba por el beneficiado, a pesar de recibir siempre la misma respuesta.

Melitón y su familia —con Cándido cogiendo del brazo a Eulalita y Cristina— asistieron a las honras fúnebres y al entierro. Roque, al lado del jefe de policía, no paraba de llorar. La asistencia de público fue impresionante. En las naves de la catedral se apiñaban pobres de solemnidad, meretrices, jornaleros, comerciantes de todo tipo, desde los más pobretes a los más adinerados, liberales, serviles, niños y mayores.

El carro fúnebre fue acompañado por tal cantidad de coches de caballos y personas a pie que aquello parecía más la fiesta del Corpus que un entierro. Y es que todos en Cádiz coincidían en la opinión de que el beneficiado Lebrón era un santo.

La familia de Melitón Rechi regresó del cementerio dando una plácida caminata por el paseo de Extramuros en dirección a las Puertas de Tierra. Mediaba el mes de diciembre, pero la tarde era soleada. Roque iba a un lado de Melitón y Eulalia al otro, cogiéndolo del brazo. Cándido iba detrás con Eulalita y Cristina cogidas de sus brazos. Todos marchaban pensativos y en silencio. La pequeña rompió el silencio.

—¡Anda que vaya ropas te has traído al entierro, cuñadito!

—¿Y qué tienen mis ropas, si se puede saber?

—Ya te lo contará mi hermana. ¿Es que no tienes una levita en condiciones para un acto como este?

—Anda, Cristina, deja a Cándido... Ya hablaremos de eso en otro momento.

Roque no se despegaba de Melitón. Llevaba una cara lastimosa.

—¡A ver, celador Roque! Vamos a animarnos un poco... Te vas a adelantar a las oficinas de la policía y me vas a comprobar que todo está en regla y no ha llegado ningún aviso.

—¡Ahora mismo me acerco, don Melitón!

—¡Don Melitón, don Melitón...! Mientras estemos con personas que no sean de confianza, me vale. Ahora bien, en los demás casos, con que me digas jefe ya me sobra. ¿Entendido?

—¡Pues ahora mismo voy..., jefe!

—Y luego te pasas por mi casa, que doña Eulalia ha preparado pescadito frito y sé lo mucho que te gusta.

—¡Voy como un rayo..., jefe!

\* \* \*

Pocos días después Melitón Rechi y Cándido Molina estaban sentados en el despacho del primero.



—Jefe, traigo aquí el último ejemplar del *Eco del Comercio* que ha llegado a Cádiz. Ver, o leer, para creer... Habla de los crímenes del Tribunal Negro. O mejor sería decir, que da una versión de «apaga y vámonos».

—¿A ver? Léela:

—Allá voy:

### *ECO DEL COMERCIO.*

#### *NOTICIAS DE PROVINCIAS.*

##### *CÁDIZ.*

*Hemos sabido de fuentes bien informadas procedentes del Gobierno Civil y Obispado de Cádiz, que todo el asunto que corrió como la pólvora en la prensa nacional relativo a un supuesto tribunal de fe, constituido en Cádiz con el nombre de el Tribunal Negro, ha sido una patraña inventada por aquellos que solo pretenden alterar el orden, con fines políticos, más allá de lo justo y razonable.*

*Todo lo que se ha escrito en la prensa sobre supuestos crímenes relacionados con la religión en la ciudad es absolutamente falso. El Tribunal Negro nunca ha existido. Los serviles trataron de atribuir la muerte accidental de un reputado miliciano de la ciudad y un humilde carpintero, a los liberales más radicales y exaltados; y los enemigos del orden, quisieron hacer lo propio con un anciano dominico y un beneficiado que cayó accidentalmente por una ventana de la catedral y falleció como consecuencia del golpe.*

*Es indigno de buenos ciudadanos buscar tres pies al gato y pretender encender la mecha del fuego político a base de propagar falsedades. Y tanto o más indigno es tratar de convertir en chivos expiatorios a un anciano religioso o a un hombre de fe como el beneficiado don José Lebrón, conocido en Cádiz por su excelente conducta con los niños expósitos, con los pobres del hospicio y con todas las personas necesitadas de la ciudad. ¡Ojalá todos los sacerdotes pudieran dar un ejemplo de santidad como el finado beneficiado!*

*En resumidas cuentas, tanto el Gobierno Civil como el Obispado de Cádiz lo confirman sin lugar a dudas: en Cádiz no ha ocurrido nada.*

San Fernando, Enero de 2018

## NOTA DEL AUTOR

Cada vez que termino una novela enmarcada en un determinado contexto histórico me asalta la duda sobre si el lector sabrá distinguir la ficción de lo que es historia contrastada. Uno de los fines por los que escribo novela histórica es el de difundir de forma amena el conocimiento de la historia. Pero siempre se corre el peligro de que se confundan las cosas. Por eso me parece importante aclararlo aquí.

La idea de escribir *El Tribunal Negro*, la novela que acabas de leer, me vino cuando me puse a releer una ya antigua investigación histórica inédita, en la que analizaba los inicios del anticlericalismo decimonónico en España y más concretamente en la ciudad de Cádiz. En aquella investigación usé como fuentes documentales principales las actas de la Junta de Gobierno de Cádiz de 1835, que se encuentran en el Archivo de la Diputación Provincial de Cádiz, y el *Boletín Oficial de la Provincia de Cádiz* de aquel tiempo. De ahí se puede deducir fácilmente que es absolutamente histórico todo lo relativo al alzamiento liberal de 1835, que se inició en Cádiz y se extendió por todo el territorio español. Este levantamiento inició la expulsión de frailes y monjes de prácticamente todos los conventos de España, y dio lugar, ya fuera del contexto temporal de la novela, a la supresión de órdenes religiosas y a la desamortización eclesiástica de Mendizábal, ocurridas entre 1836 y 1837.

Los tribunales de fe, que surgieron con la suspensión de la Inquisición en 1823, son un hecho contrastado, al igual que la condena a muerte de un supuesto hereje en Valencia. Tengo que aclarar que en Cádiz nunca hubo —o no me consta su existencia— tribunales de este tipo.

Las fechas en las que se constituyeron las diferentes juntas gaditanas, así como sus miembros, responden a lo que ocurrió. Igual sucede con el número de religiosos que moraban en cada convento y con la situación jurídica que se relata respecto al de Santo Domingo, que nunca fue desamortizado. La matanza de frailes de Madrid en agosto de 1834 fue, también, un hecho histórico.

El obispo fray Domingo de Silos y el gobernador Hore, son personajes reales, al igual que los antecedentes biográficos que se relatan sobre los mismos. Algo semejante sucede con fray Félix María de Arriete —el joven capuchino que aparece brevemente—, cuya forma de expresarse y su manera de entender la religión he tratado de reflejar de la forma más precisa posible, basándome para ello en sus propios escritos, sobre todo pastorales e instrucciones a los fieles de Cádiz, que redactó más tarde, siendo obispo.

Las opiniones que emiten algunos personajes de la novela responden, en mi opinión con bastante rigor histórico, a las diferentes posiciones que se daban en aquellos momentos respecto a la que se conoce como «cuestión religiosa», esto es, el problema que se ha dado en España —y en otros países— entre los sectores ideológicamente más reaccionarios, desde el punto de vista religioso, y los poderes públicos, cuando estos últimos han tratado de adaptar a la Iglesia como institución a los cambios sociales, políticos y económicos.

Todo lo demás es pura ficción.

## OTROS LIBROS DEL AUTOR PUBLICADOS EN AMAZON

—*Cádiz y el Conflicto religioso durante el Sexenio Democrático.*  
Basado en su tesis doctoral. (Solo en formato electrónico).

—*Barricadas y Partidas. Los Voluntarios de la Libertad de Cádiz.*  
Breve libro de historia que relata la visión de los miembros del Partido Democrático de Cádiz sobre los inicios de la revolución española de 1868.

—*Indomable. El condenado del Rif.*  
Libro de historia, contado con apariencia de novela, sobre la condena la primera condena a prisión que sufrió Fermín Salvochea Álvarez.

—*Dicen que era yo.*  
Los recuerdos que le quedan al autor acerca de un niño que vivió una época muy cercana y, al mismo tiempo, muy diferente a la actual.

—*La guarida del raposo.*  
Novela histórica ambientada en los primeros años del reinado de Alfonso XII